





ADVERTENCIA:

ESTE LIBRO NO TE SALVARÁ LA VIDA

Existe actualmente una próspera industria del malestar y del descontento. Dicha industria está formada por empresas que te instan a comprar ciertos productos que describen ese malestar y predicán contra ese descontento; en verdad, sin embargo, se lucran con tus miserias. De este modo, la economía del intercambio busca espacios incluso para sus enemigos: al perpetuar tanto la industria como el descontento mismo –mientras intentamos, cada uno a su manera, mitigarlo penosamente– la noria sigue girando vendiendo cada vez más mercancías. Como en todos los demás aspectos de nuestras vidas, nuestros deseos para intentar cambiar algo son dirigidos hacia el consumo: y nuestro potencial y nuestras habilidades quedan desplazadas, proyectadas en los productos “*revolucionarios*” que adquirimos.

Este libro podría formar parte de ese proceso. Por mucho que deseemos utilizar nuestro producto para “*vender*” revolución, puede ocurrir que sólo estemos utilizando “*la revolución*” para vender nuestro producto. Ni siquiera nuestras mejores intenciones pueden protegernos de ese riesgo. Pero nos embarcamos en este proyecto porque pensamos que, además de otras actividades no tan alegremente consentidas, valía la pena darle una última oportunidad a ese viejo experimento: queríamos comprobar si se puede crear un producto que ofrezca más de lo que vale.

Para que este libro tenga la más mínima oportunidad de alcanzar tan improbable objetivo, nadie debiera adentrarse en él de modo pasivo: con su sola lectura no funcionará. Se debe considerar como una simple herramienta, nada más. Este libro no te salvará la vida; eso, colega, es cosa tuya.

Una vez dicho esto, ¡¡ALLÁ VAMOS!!

Primera edición: Mayo 2011

Título: “Días de amor, noches de guerra”

Traducción:

Ilustración de portada y maquetación: Calavera

Edita: SOROLL

<http://distrisoroll.blogspot.com/>

distrisoroll@gmail.com

Texto original: “Days of War, Nights of Love” , Crimethinc SA

El contenido de esta obra puede ser distribuido y copiado libremente,
siempre y cuando su uso no sea comercial.



*Dias de amor,
Noches de guerra*



ÍNDICE:

A de Anarquía	9
B de Burguesía	37
C de Capitalismo y de Cultura	49
D de Domesticación y Muerte	87
F de Furiosa Libertad	101
G de Género	107
H de Historia, Hipocresía e Higiene	111
I de Identidad, Ideología e Imagen	133
L de Lujurioso Amor	151
M de Medios y de Mito	161
P de Plagio, Política y Producción	175
S de Sexo y Espacio	195
T de Tecnología y Robo	213
T de Trabajo	233
¿Qué es Crimental SA?	240
Epílogo : “Luchando en el Nuevo Terreno..... Qué ha cambiado desde el S.XX”	241
Bibliografía	265





DE ANARQUÍA

*Los dioses mueren
dos veces;*

*una vez en la tierra,
y otra en el cielo.*



NI DIOS NI AMO

**BREVE INTRODUCCION
A LA IDEA DE PENSAR
POR UNX MISMX**

Sin Dios

En cierta ocasión, hojeando un libro de psicología infantil, di con un capítulo sobre la rebeldía adolescente. Apuntaba que en la primera fase de rebeldía contra los padres, la joven podía intentar diferenciarse de sus progenitores acusándolos de no vivir según sus propios valores. Por ejemplo, si le enseñaban que la amabilidad y el respeto son importantes, les podría acusar de que no eran especialmente respetuosos ni compasivos con ella. En este caso, la niña todavía no habría definido ni su identidad ni su escala de valores y aceptaría las ideas y la escala de valores que sus padres le legarían, siendo ella incapaz de afirmar su identidad en esa situación. Más adelante, sin embargo, cuando empezara a interrogarse sobre esas creencias y esa moral presentadas ante ella como pura verdad, sería el momento en que podría dar sus primeros pasos en su desarrollo como persona individual y libre.

Muchos de los que nos llamamos revolucionarios y radicales mostramos indicios evidentes de ser incapaces de superar esa primera etapa de rebelión. Criticamos las acciones de la mayoría y los efectos de esa sociedad sobre individuos y animales, rebatimos la ignorancia y la crueldad del sistema, pero raramente nos paramos a pensar sobre la naturaleza de lo que damos en llamar como “moral”. ¿Podría ser que esa “moral”,

por la que nos creemos capaces de juzgar sus actos, fuera algo que pudiéramos criticar en su esencia? Cuando argüimos que la explotación animal es algo “*moralmente perverso*”, ¿a qué nos referimos exactamente? ¿No será que quizás estemos aceptando su escala de valores para atacarles con esos mismos valores en vez de crear estándares morales propios?

Tal vez tú ahora me refutes murmurando “*¿a qué te refieres con lo de crear estándares morales propios? Las cosas son moralmente correctas o no lo son. La moral no es algo que se pueda inventar de la nada, no es una cuestión de meras opiniones.*” En ese momento, estarías aceptando uno de los principios básicos de la sociedad en la que creciste: que el bien y el mal no son valoraciones personales sino leyes fundamentales universales. Esa idea, herencia de la difunta cristiandad, late en el centro de nuestra civilización. Si uno ha de cuestionar el sistema establecido, primero se ha de preguntar:

¿De dónde viene la idea de Ley Moral?

Hace no mucho tiempo, casi todo el mundo creía en la existencia de Dios. Ese Dios ordenaba el mundo, y tenía poder absoluto sobre todo lo que ocurría en él; Él mismo había dictado las leyes que todo ser humano debía obedecer. Si no lo hacían, sufrirían los más terribles castigos. Evidentemente, casi todo el mundo obedecía esas leyes, resultando el miedo a los eternos sufrimientos más potente que el deseo por lo prohibido. Dado que todos vivían según las mismas leyes, era fácil ponerse de acuerdo sobre lo que era “la moral”: era la escala de valores decretada en las leyes de Dios. Así el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto era decidido por autoridad divina, autoridad aceptada mayoritariamente por puro miedo.

Un día, la gente empezó a darse cuenta de que, al fin y al cabo, Dios no existía. Era difícil encontrar pruebas irrefutables que demostraran su existencia y algunos repararon en la incongruencia de poner toda su fe en algo irracional. Dios, más o menos, desapareció del mundo y ya nadie parecía temerle, ni a él ni a sus castigos.

Pero ocurrió algo extraño. Aunque toda esta gente tuvo el va-

lor para poner en duda la existencia de Dios e incluso para negarlo ante los que todavía creían en él, nadie osaba refutar la moral adscrita a Sus leyes. Tal vez ni siquiera se les había ocurrido; todo el mundo había sido educado según las mismas creencias morales y habían acabado por determinar lo que era correcto de lo que no de la misma manera, así que finalmente parecían asumir lo que era bueno y lo que era malo por mucho que Dios ya no existiera para alentar esa distinción. O quizás la gente estaba tan acostumbrada a vivir según esas leyes que te mían siquiera llegar a plantearse si esas leyes se habían desvanecido tal como lo había hecho Dios.

La humanidad quedaba, por tanto, en una extraña situación: por más que ya no existía una autoridad para decretar lo que era el bien de lo que era el mal, todavía se aceptaba que ciertas cosas eran buenas o malas por naturaleza. Aunque se había extinguido la creencia en la divinidad, todavía se creía en un código universal de conducta que todo el mundo debía respetar. Por mucho que ya no creyeran en Dios, no tenían el valor suficiente para dejar de obedecer a Sus mandatos; habían abolido la idea de un legislador divino pero no la divinidad de Su código ético. Esta sumisión incuestionable a las leyes de un amo celestial ya difunto representa una larga pesadilla de la que la raza humana parece que empieza a despertar.

Dios está muerto, y su ley moral también.

Sin Dios, no existe ya ningún criterio objetivo mediante el cual dilucidar el bien del mal. Comprender este hecho fue muy problemático para los filósofos durante décadas, si bien sus descubrimientos parecen no haberse difundido precisamente. A mucha gente le cuesta creer que se pueda fundar una moral universal distinta a las leyes de Dios: que se pueda fundar, por ejemplo, según lo que es bueno para la gente, o para la sociedad, o según lo que cada cual considere necesario. De cualquier modo, es difícil discernir la explicación por la cual estos criterios necesariamente constituyen “*la ley moral universal*”. Por lo general, los argumentos en pos de la existencia de una ley moral son más emocionales que racionales: “*¿Pero de verdad no crees que la violación es algo incorrecto?*”, se preguntan los

moralistas, como si una opinión compartida fuera prueba incontestable de la verdad universal. “*¿No crees que la gente necesita creer en algo que esté por encima de ellos?*”, se preguntan, como si la necesidad de creer en algo lo convirtiera en verdad. A veces, incluso acuden a la amenaza: “*¿qué ocurriría si todo el mundo decidiera que no existe ni el bien ni el mal? ¿No acabaríamos por matarnos los unos a otros?*”

El verdadero problema con la idea de una moral universal es que reafirma la existencia de algo de lo que es imposible saber nada. A aquellos que creen en el bien y en el mal, les gustaría hacernos creer a los demás que “las verdades morales” existen: que hay cosas en este mundo que son moralmente verdaderas del mismo modo que podemos afirmar que el cielo es azul. Se exaltan afirmando que el asesinato es moralmente malo y que eso es igual a decir que el agua se congela a cero grados. Pero sobre la temperatura de congelación del agua podemos investigar, hacer cálculos y resolver finalmente entre todos que hemos llegado a cierto tipo de verdad “objetiva”, si se puede hablar de algo así. Sin embargo, ¿a qué parámetros podemos concurrir para investigar si el asesinato es moralmente condenable? No existen tablas de la ley moral en lo alto de una montaña para consultarlas ni mandamientos escritos en el cielo. No podemos más que fiarnos de nuestros instintos y de los sermones de cuatro curillas y demás especialistas en moralidad, muchos de los cuales ni siquiera se aclaran entre ellos. Y respecto a las palabras de predicadores y demás expertos; si no pueden ofrecernos ninguna evidencia palpable en este mundo, ¿por qué extraña razón íbamos a creerlos? Y en cuanto a nuestros instintos sobre lo que es bueno o no, ¿con qué razones trasladar esos baremos a lo universalmente correcto o incorrecto? La idea de que existe una ley moral universal no es más que una superstición: no es más que vindicar que hay cosas en este mundo que no se pueden experimentar, ni aprender nada de ellas. Y, de este modo, es mejor no perder el tiempo haciéndose vanas preguntas sobre algo imposible de analizar o conocer.

Cuando dos personas están en franco desacuerdo sobre lo que está bien o está mal, no hay manera posible de resolver la discusión. No hay nada a lo que se puedan agarrar para

validar sus razones, porque no existe una ley moral universal sino, más bien, meras evaluaciones personales. La verdadera cuestión es de dónde proceden los valores de cada cual: si uno los crea, o si obedecen a sus deseos, o se aceptan lo de los demás... ¿De alguien, tal vez, que ha investido sus opiniones de “verdades universales”?

¿No existen razones suficientes, de cualquier modo, para sospechar de toda verdad moral universal? El mundo está lleno de grupos e individuos que quieren convertirte a su religión, a sus dogmas, a su agenda política o a sus opiniones. Evidentemente todos afirman que sólo una escala de valores es válida para todo el mundo, y que justamente la suya es la adecuada. Una vez logran convencerte de que sólo existe un criterio sobre el bien y el mal, es más fácil hacerte ver que precisamente su criterio es el moralmente justo. ¡Por eso toda precaución es poca al acercarnos a estas personas de tan rígidas leyes morales! Afirman que su punto de vista moral debiera ser un punto de partida con la intención de que aceptes su credo sin llegar a forjarte otros criterios que puedan entrar en conflicto con los suyos.

Así que para protegernos de las supersticiones de los moralistas y las proclamas de los evangelistas, acabemos de una vez por todas con la idea de una ley moral. Avancemos a una nueva era en la que todos podamos crear nuestros propios criterios en vez de aceptar otras leyes morales nacidas del miedo y de la obediencia. Sea este nuestro nuevo credo:

“No existe ningún código moral universal que debiera regir el comportamiento humano. A nada se le podría atribuir una intrínseca maldad o bondad, no existe ningún criterio universal de lo correcto y lo incorrecto. Nuestra moral, nuestros valores nacen de nosotros mismos y nos pertenecen, nos guste o no; por lo tanto, deberíamos reclamarlos como propios, con orgullo, como algo creado por nosotros, en lugar de buscar justificaciones externas a su existencia”.

Pero si no existe ni el bien ni el mal, si nada tiene un intrínseco valor moral, ¿cómo saber lo que tenemos que hacer?

Crea tu propio bien y tu propio mal. Si no existe una ley moral a la que enfrentarnos, entonces somos libres: libres para hacer lo que nos dé la gana, para ser lo que queramos ser, para satisfacer nuestros deseos sin sentir vergüenza ni culpa alguna. Hay que pensar en lo que se quiere ser en la vida, y luchar por ello; crear los criterios que cada cual crea conveniente, y vivir según esos criterios. No será fácil, de ningún modo: los deseos se dirigen a veces en direcciones opuestas, van, vienen y se desvanecen sin razón aparente, así que vivir de acuerdo a ellos, prefiriendo éste o aquél otro es una tarea complicada: evidentemente es mucho más fácil obedecer y seguir unas directrices. Pero si uno vive según las instrucciones impuestas, las posibilidades de tener una vida feliz son más bien escasas, pues cada persona es diferente y tiene diferentes necesidades. ¿Cómo iban a funcionarnos bien a todos las dichas “verdades morales”? Si cada uno se responsabiliza de sí mismo e intenta completar un criterio propio, entonces sí que tendrá alguna posibilidad de luchar por una vida mínimamente feliz. De cualquier modo, aquellos días en que vivíamos en aterrada sumisión observando las viejas leyes morales de un dios inexistente ya pasaron; y no más nos queda que liberarnos de la cobardía, del sometimiento y de la superstición con la que fecundó nuestro pasado.

Algunos malinterpretan la llamada al intento de satisfacer nuestros deseos y se entregan a un vago hedonismo. Pero no nos referimos aquí a los deseos caprichosos e insubstanciales del típico libertino sino a los profundos y potentes deseos del individuo: sus pertinaces aspiraciones y sus odios acérrimos son los que debieran moldear sus criterios. Y el hecho de que no exista Dios alguno que nos exija amarnos los unos a los otros o actuar con justicia no significa que no debamos hacerlo si lo creemos adecuado (y casi todos así lo creemos). Pero hagámoslo por nosotros mismos y nuestras creencias, no por pura

obediencia.

¿Cómo podemos justificar nuestras acciones en una ética si no podemos fundamentarlas en verdades morales universales?

La moral se ha justificado de manera extrínseca durante tantísimo tiempo que nos es difícil hoy en día concebirla de alguna otra manera. Hemos de acreditar que nuestros valores proceden de una fuente externa a nosotros, porque fundamentar nuestros criterios en nuestros propios deseos estaba considerado (¿cómo decirlo?) como una perversión por los profetas de la ley moral. Aún hoy, tendemos a pensar instintivamente que nuestras acciones deben estar justificadas en base a algo ajeno a nosotros, algo “más importante” que nosotros mismos: si no a Dios, entonces a cierta ley moral o estatal, o a la opinión pública, a la justicia, o “al amor por el hombre”, etcétera. Llevamos tantos siglos condicionados por la obligatoriedad a pedir permiso para sentir o para actuar, por la prohibición de fundamentar nuestras decisiones según nuestras necesidades, que todavía nos gusta pensar que obedecemos a una autoridad de mayor rango aun cuando actuamos siguiendo nuestras creencias y nuestros deseos. De alguna manera parece más fácil defender que actuamos obedeciendo a alguna autoridad que vivir al servicio de nuestras inclinaciones. Tan avergonzados nos sentimos de nuestras aspiraciones y nuestros deseos que es más fácil atribuir nuestro proceder a algo de “mayor enjundia”. Pero, ¿qué podría existir que fuera más potente que nuestros deseos, que mejor coartada proveer para justificar nuestras acciones? ¿Tal vez debiéramos servir a alguna causa externa, quizás incluso en contra de nuestros deseos en vez de lanzarnos en su defensa, o al menos, preguntarnos por ellos?

La cuestión en torno a esta justificación es donde muchos otros individuos y grupos radicales han fracasado. Atacan lo que consideran como una injusticia no basándose en que son cosas que desearían que desaparecieran, sino tildándolas como

“moralmente erróneas”. De esta manera, buscan el apoyo de los que todavía creen en el cuento de la ley moral, y finalmente acaban por creerse Guardianes de la Verdad. No deberían, sin embargo, aprovecharse de las falsas ilusiones de las masas para subrayar sus verdades sino más bien poner en duda las suposiciones y cuestionar la tradición de todas sus acciones. Cualquiera mejora, por ejemplo, conseguida en los derechos de los animales en base a la justicia y a la moral implica de hecho un paso atrás: resuelve un problema pero reproduce muchos más, reforzándolos. Sin duda que hay que luchar para conseguir esas mejoras pero basándose en que son deseables (a nadie que lo razonara sinceramente le gustaría que se maltrataran y asesinaran animales, ¿no es así?) no en base a viejas tácticas cristianas ancladas en la superstición. Desgraciadamente, tras siglos de acondicionamiento, uno parece sentirse bien al justificarse en “altos propósitos”, obedeciendo a “leyes morales”, promoviendo “la justicia” y luchando contra “el mal” y no parece difícil que la gente se adapte a ese rol de guardianes morales sin atender a la cuestión de si esa ley moral, para empezar, tiene sentido alguno. Ciertos sentimientos de poder derivan de la creencia de que uno sirve a una autoridad más elevada, de ahí el atractivo popular del fascismo. Resulta muy tentador revestir cualquier conflicto como lucha del bien contra el mal, bondad contra perversión. Pero se trata, sin duda, no sólo de una torpe simplificación sino de una absoluta falsificación: pues ni el bien ni el mal existen.

Uno puede comportarse compasivamente con los demás porque así lo desee no porque se lo dicte moral alguna. No necesitamos de elevadas justificaciones para preocuparnos por nuestros semejantes o por los animales, o para protegerlos de algún posible peligro. Simplemente hay que sentir que es lo correcto, lo que es justo para nosotros, como razón más que suficiente para actuar. De esta manera podemos argumentar nuestras acciones siguiendo nuestra propia ética, sin acudir a verdades morales, simplemente no avergonzándonos de nuestros deseos: más bien enorgulleciéndonos de ellos y aceptándolos por lo que son, como fuerzas que nos guían como individuos. Y sin duda nuestros valores puede que no se adecuen a todo el mundo pero son todo de lo que disponemos para seguir

adelante, y deberíamos ser valientes para actuar en consonancia en vez de desear alguna imposible justificación más elevada o más digna.

¿Qué ocurriría si todos decidiéramos que no existe ni el bien ni el mal? ¿No acabaríamos matándonos los unos a los otros?

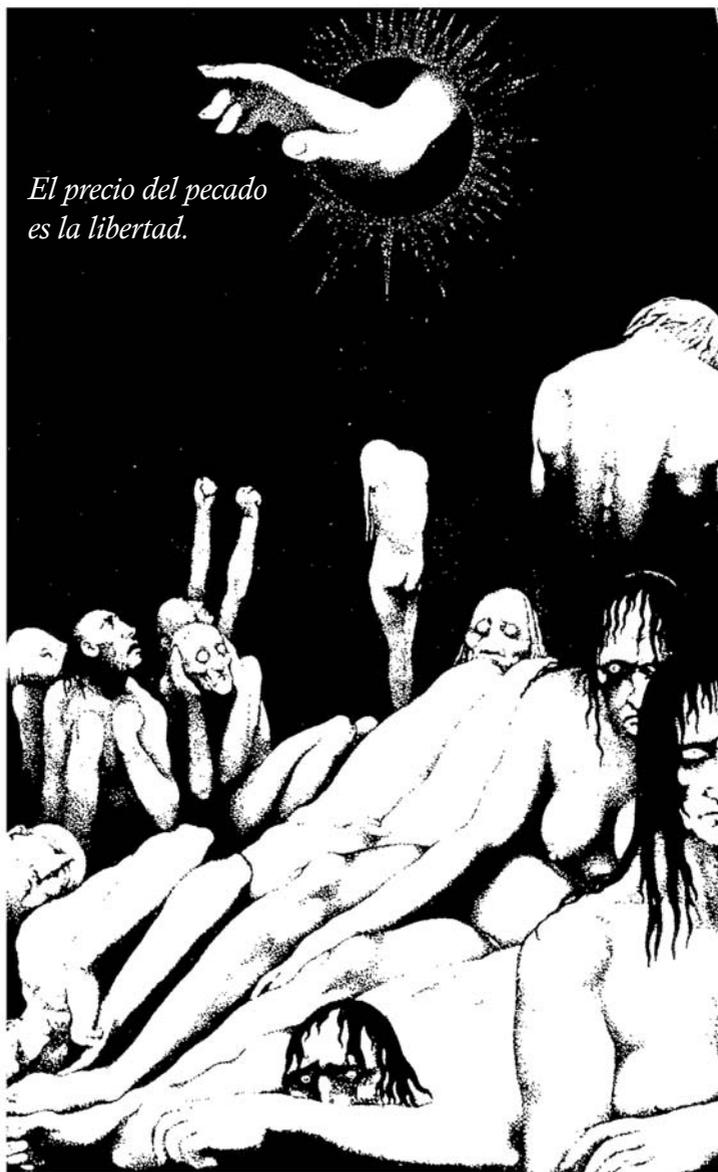
Esta pregunta presupone que realmente nos abstenemos de matarnos los unos a los otros sólo porque nos han enseñado que hacerlo es algo perverso. ¿Es realmente la humanidad tan sanguinaria y tan depravada que si no fuera por ciertas cortapisas supersticiosas andaríamos todos matándonos y violándonos? A mí me parece que, cuanto menos, todos deseamos llevarnos bien del mismo modo que a veces nos da por ser destructivos: en general, sin embargo, es más satisfactorio ayudar a los demás que hacerles daño. Hoy en día, la mayoría de la gente admite creer que la justicia y la compasión son algo moralmente bueno, cosa que poco ha contribuido a hacer de este mundo un lugar más justo o compasivo. ¿No sería cierto que actuaríamos más a gusto atendiendo a nuestra vocación a la decencia humana si no creyéramos que la caridad y la justicia son obligatorias? ¿Valdría de algo, verdaderamente, si todos cumpliéramos con nuestro “deber” de ser buenos los unos con los otros si sólo lo hiciéramos para obedecer a ciertos imperativos morales? ¿No sería mucho más razonable tratarnos bien los unos a los otros porque lo quisiéramos y no por sentirnos forzados a ello?

Y si la abolición del mito de la ley moral provocara, de alguna manera, más conflicto entre seres humanos, ¿no sería eso aún mejor que vivir como esclavos de la superstición? Si realmente nos decidiéramos a pensar en nuestros criterios vitales y a vivir en consonancia con ellos, por lo menos tendríamos la oportunidad de combatir por nuestros deseos y tal vez de disfrutar de la vida, aun por mucho que tuviéramos que entrar en conflicto con nuestros iguales. Pero si decidimos vivir según las

reglas que otros imponen, sacrificamos la oportunidad de pronunciarnos por nuestro destino y pugnar por nuestros sueños. Por mucho que pudiéramos zafarnos en parte de las cadenas de la ley moral, ¿tiene sentido intentarlo en aras de abdicar de nuestra autodeterminación? Yo no sería capaz de mentirle a un ser humano y decirle que ha de ceñirse a cierto mandato ético, ya sea por su bien o no, por mucho que esa mentira nos evitara a los dos un conflicto. A mí me importan las personas, y por eso quiero que sean libres para decidir sobre lo que les conviene o no. ¿No es eso mucho más importante que la paz mundial? ¿No es la libertad, incluso la más peligrosa, preferible a una esclavitud acomodada, a una paz comprada con ignorancia, cobardía y sumisión?

Y no hay más que mirar la historia. Tanto derramamiento de sangre, tanta decepción y opresión han sido perpetuas en nombre del bien y del mal. Las guerras más sangrientas se han librado entre rivales que pensaban que combatían por la causa de la verdad moral. La idea de una ley moral no nos sirve para llevarnos bien, más bien nos enfrenta unos con otros, para resolver qué ley moral es la “buena y verdadera”. No puede haber un verdadero progreso en las relaciones humanas a menos que sea reconocida la visión de todo el mundo en cuanto a valores y ética. Una vez conseguido esto, podremos finalmente trabajar sobre nuestras diferencias y aprender a convivir, sin tener que luchar por el dichoso tema de qué valores y deseos son “los adecuados”. ¡Por nuestro bien, y por el bien de la humanidad, hay que librarse de las obsoletas nociones de bien y mal y crear cada cual su propia escala de valores!

*El precio del pecado
es la libertad.*





Ni Amo

Si te gustó el colegio, te encantará el trabajo. El abuso de poder, cruel y absurdo, la solazada autoridad ejercida por los profesores y el equipo directivo, la intimidación y las burlas de los compañeros no se acaban con la graduación. Todas estas alegrías continúan en el mundo adulto, sólo que amplificadas, si cabe. Si sentiste cierta falta de libertad, imagínate cuando tengas que hacer frente a jefazos, jefecillos y subordinados, dueños y propietarios, acreedores, prestamistas y recaudadores de impuestos, alcaldes, militares, jueces, fiscales y policías. Cuando uno sale del colegio escapa de la jurisdicción de ciertas autoridades pero entra en un terreno de dominación aún más agobiante. ¿A quién le gusta ser controlado y vigilado por personas que no le entienden ni se preocupan por sus deseos ni necesidades? ¿Qué recompensa se obtiene de obedecer a las instrucciones del patrón, a las restricciones del casero, a las leyes de los magistrados y, en fin, a toda esa gente que tiene poder sobre nuestras vidas sin que nosotros nunca se lo diéramos? ¿De dónde obtienen tanto poder al fin y al cabo? Sólo hay una respuesta: la jerarquía.

La jerarquía es un sistema valores en el cual el valor de cada persona se mide según el número de gente o de propieda-

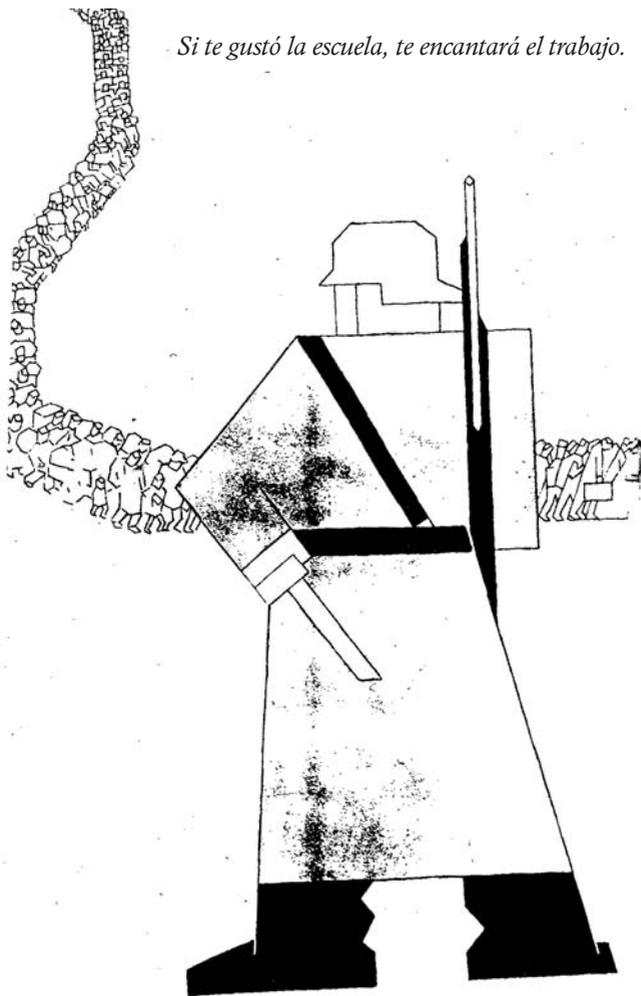
des que controle, y según la obediencia de cada uno a los poderes que lo someten. La fuerza se ejerce de arriba abajo a través de la estructura de poder: *todo el mundo queda obligado a ajustarse y a aceptar el sistema, instado y requerido por los demás*. Uno teme desobedecer a los que están por encima porque ellos pueden ejercer su poder empleando todo y a todos los que están por debajo. Uno teme abdicar de su poder sobre los que están por debajo por miedo a que esos mismos acaben por trepar hacia arriba. En nuestro sistema jerárquico, estamos todos tan ocupados tratando de protegernos de los demás, que nunca tenemos la oportunidad de parar y preguntarnos si esta es la mejor manera de organizar la sociedad. Si pudiéramos detenernos a pensarlo, casi todos estaríamos de acuerdo en que no: sabemos, al fin, que la felicidad proviene de controlar nuestras propias vidas, no la de los demás. Y mientras competimos, atolondrados, por el control de los demás, podemos ser igualmente víctimas de que otros nos controlen.

Es nuestro sistema jerárquico el que nos enseña desde la infancia a aceptar el poder de toda figura de autoridad, ya sea en nuestro beneficio o no. Aprendemos a postrarnos instintivamente ante cualquiera que demuestre tener más poder que nosotros. Es precisamente este sistema jerárquico el que, por ejemplo, agita la homofobia entre las clases más bajas de los EE.UU.: justamente entre quienes harían cualquier cosa por sentirse mejores que alguien, más importantes que alguien. Es la jerarquía la que manda cuando doscientas personas van a una disco (primer error) a ver tocar a una banda punk rock y el dueño se niega a que toquen (por no se sabe qué mierdas) y la gente se achanta a pesar de ser doscientos contra uno, que es mayor y dueño del local (es decir, tiene mayor poder económico, y por tanto, legal). Son los valores jerárquicos los que instigan el racismo, el clasismo, el sexismo, y miles de otros prejuicios profundamente arraigados en nuestra sociedad. Por razones jerárquicas, los ricos miran a los pobres como si ni siquiera fueran humanos, y viceversa. La jerarquía enfrenta al empleado contra el jefe, al gerente contra el subordinado, al profesor contra el alumno, provocando una lucha continua en vez de conciliar un mutuo entendimiento; así segregados, nadie puede beneficiarse de las ideas y de las habilidades de los

demás, sino vivir en perpetua envidia cuando no miedo. Es, sin duda, la jerarquía lo que permite al jefe insultar a alguien o proponerse sexualmente y no hay nada que se pueda hacer, al igual que nada se puede hacer cuando la policía se excede en su trabajo. Es el poder lo que convierte al humano en un ser cruel y desalmado, y es la sumisión lo que crea seres cobardes y estúpidos: casi todas las personas en un sistema jerárquico, de hecho, toman parte de ambos lados. El sistema jerárquico es responsable de la destrucción del ecosistema y de la explotación de los animales: liderado por el Occidente capitalista, nuestra especie aspira a controlar todo lo que se mueva, al precio que sea. Y justamente son los valores jerárquicos los que provocan las guerras, que nos empujan a que luchemos todos contra todos, inventando armas cada vez más poderosas hasta el punto de poner al planeta al borde de la aniquilación nuclear.

Pero, ¿qué hacer con la jerarquía? ¿No es esa la única manera en la que el mundo puede funcionar? ¿O existen otras formas de relacionarse e interactuar, otros valores con los que vivir?

Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo.



Jerarquía...y Anarquía

Resucitar el anarquismo como propuesta vital

Hay que dejar de pensar en el anarquismo como otro “orden mundial”, como otro sistema social. Desde donde estamos, en este mundo tan exhaustivamente dominado y controlado, es imposible imaginar la vida sin la autoridad, sin leyes o gobierno. No es de extrañar pues que el anarquismo nunca sea tomado en serio en cuanto a programa social o político a gran escala: es difícilísimo imaginarse cómo sería un mundo así, por no hablar de qué es lo que habría que hacer para lograrlo. (Ni siquiera los anarquistas pueden llegar a imaginárselo).

Sin embargo, cabe pensar en el anarquismo como orientación individual de cada uno y con los demás, como una propuesta vital personal. Eso no es tan difícil de imaginar. Así concebido, ¿cómo sería en verdad el anarquismo? Consistiría, por ejemplo, en pensar por uno mismo en vez de obedecer ciegamente. Se trataría de rechazar toda jerarquía, y negarse a aceptar “la autoridad divina” de todo estado, ley o cualquier otra fuerza más poderosa que uno mismo. Cabría pues desconfiar instintivamente de todos aquellos que blandieran cierto estatus o rango sobre los demás, y jamás admitir ese poder o estatus uno

mismo. Más que nada, radicaría en negarse a ceder a manos de otros la responsabilidad de uno mismo: es decir, la exigencia de cada uno para elegir su propio destino, e intentar hacerlo realidad.

Siguiendo esta definición, hay muchos más anarquistas de lo que parece: aunque muchos jamás se juzgarían como tales. A la mayoría de la gente, si lo piensa con detenimiento, le gustaría tener derecho a vivir siguiendo sus propios deseos; y poder pensar y actuar según les conviniera. De hecho, casi nadie confiaría antes en la autoridad que en uno mismo para saber qué es lo que se debería hacer. Y a nadie parece gustarle el tener que batallar contra un poder inhumano, anónimo e impersonal.

A nadie le gusta estar a merced de los gobiernos, la burocracia, la policía o poderes externos semejantes. ¿O sí? Por lo menos a nadie le chifla que le impongan cómo hay que vivir. ¿No hacemos justo lo que queremos, lo que creemos que queremos, siempre que podemos? En nuestra vida cotidiana, todos somos anarquistas. Siempre que tomamos una decisión por nosotros mismos, siempre que cargamos con la responsabilidad de nuestras acciones en vez de delegarlas en alguna autoridad superior, estamos poniendo en práctica parte del ideario anarquista.

Así que si todos somos anarquistas por naturaleza, ¿cómo es que al final siempre acabamos aceptando la dominación e incluso creando instancias superiores que nos regulen? ¿No sería mejor pensar en un modo de convivir con nuestros semejantes tendiendo acuerdos directamente con ellos en vez de confiar en regulaciones externas? El sistema que ellos aceptan es ése que a todos nos somete: si uno desea la libertad, no puede permitir desentenderse de si otros reclaman o no un mayor control sobre sus vidas.

¿Realmente necesitamos amos que controlen y dirijan nuestras vidas?

Durante miles de años, en Occidente, hemos sido educados para aceptar la autoridad de un Estado centralizado y su correspondiente jerarquía. Nos han vendido la idea de que sin policía, por ejemplo, nos mataríamos los unos a los otros; que sin jefes, nadie trabajaría; y que sin gobierno, la civilización misma se desmoronaría. Pero, ¿son ciertas todas estas premisas?

Lo que seguro es cierto es que a día de hoy, tal como están las cosas, poca gente trabaja si el jefe no vigila, que el caos reina cuando se desmorona un gobierno y que a veces irrumpe la violencia cuando la policía no aparece. Sin embargo, ¿se puede afirmar libremente que éstos son indicios infalibles de que no se puede organizar la sociedad de otra manera?

¿No será que los trabajadores no rinden a no ser que estén vigilados porque en realidad están acostumbrados a producir sólo si se les acosa? ¿No será más bien que no hacen nada que no sea obligatorio porque lo que les molesta es ser inspeccionados, adiestrados y tratados con absoluta condescendencia? Tal vez si trabajaran en grupo para conseguir un objetivo común en vez de recibir un sueldo por acatar órdenes, si no tuvieran que trabajar para alcanzar objetivos sobre los que no tienen voz ni opinión, entonces sí que podrían tomarse su trabajo con mayor interés. Y tampoco es de fiar el argumento de que, en nuestros tiempos, nadie está dispuesto ni se siente capaz de hacer nada si no es siendo instigado; nuestra pereza es aprendida más que natural, y en un entorno diferente, podríamos descubrir que nadie necesita jefes ni amos para ponerse a hacer cosas.

Y en cuanto a que la policía sea necesaria para mantener la paz, no hace falta recordar la manera en la que “los cuerpos de seguridad” logran sacar a la luz los aspectos más brutales del ser humano, ni cómo la brutalidad policial no contribuye exactamente a preservar la paz social. ¿Y qué se podría decir de los civiles que viven en “un estado policial”? Llegado el momento en que la policía ya no existe como manifestación de los

deseos de la comunidad a la que sirve —y eso ocurre enseguida, en cuanto las fuerzas policiales se establecen: se convierten en una fuerza externa al resto de la sociedad, en una autoridad al margen—, existe como poder que actúa coercitivamente sobre la gente de esa sociedad. La violencia no se limita a la coerción física: cualquier relación establecida por la fuerza, como la existente entre policía y la población civil, es una relación violenta. Cuando se actúa sobre alguien con violencia, esa persona aprende a reaccionar violentamente. ¿No es posible, por tanto, que la amenaza implícita de la policía en cada calle y en cada esquina —o la casi omnipresencia de representantes impersonales y uniformados de las fuerzas del Estado— contribuya, más que a su remisión, a la erupción de la tensión y de la violencia? Si alguien no piensa así, especialmente si se es blanco y/o de clase media, pregúntese entonces a cualquier pobre negro, hispano o gitano, cómo se siente ante la presencia policial. Así que dado que la base formal de toda relación humana se resuelve en torno al poder jerárquico y que a menudo esas relaciones se reducen a dar o recibir órdenes (en el trabajo, en el colegio, en la familia o en los tribunales), ¿cómo se puede esperar que ésta sea una sociedad no violenta? La gente está acostumbrada a utilizar la fuerza contra los demás, la fuerza del poder autoritario; por lo tanto, acudir a la violencia física no debiera resultar algo sorprendente en un sistema como éste. Tal vez si estuviéramos más acostumbrados a tratarnos como iguales y a crear relaciones basadas en la preocupación mutua por las necesidades del otro, no veríamos a tanta gente recurriendo a la violencia física contra los demás.

Sin duda, las cosas serían muy diferentes a lo que ahora son si no existieran los gobiernos: pero, ¿es eso necesariamente algo nocivo? ¿Son nuestras sociedades modernas el mejor de los mundos posibles? ¿Realmente vale la pena ofrecerle a nuestros amos y gobernantes tantísimo control sobre nuestras vidas sólo por miedo a probar algo diferente?

Además, sería un tanto ingenuo afirmar que necesitamos cierto control gubernamental para prevenir grandes derramamientos de sangre si precisamente los gobiernos son los que cometieron las mayores matanzas de la historia: mediante guerras, holocaustos, mediante la esclavitud; la destrucción, al

fin, profusamente organizada de todo tipo de pueblos y culturas. No se puede negar que, en ocasiones, cuando un gobierno cae, mucha gente muere a causa del consecuente caos, de los disturbios y de las luchas intestinas. Pero esas luchas, la mayoría de veces, enfrentan a facciones jerárquicas hambrientas de poder, a futuros gobernantes y legisladores. Si todos rechazásemos servir a fuerza alguna, las guerras a gran escala y los holocaustos finalizarían. Sería una responsabilidad de la que todos debiéramos hacernos cargo por igual, negarnos colectivamente a reconocer la servidumbre a ningún poder y pactar alianzas con nosotros mismos y con los demás seres humanos. Si probáramos a hacer eso, nunca más veríamos ninguna guerra mundial.

Resulta evidente que, por muy posible que fuera un mundo sin ningún tipo de jerarquía, no debemos hacernos ilusiones de que alguien pudiera vivir lo suficiente para verlo así realizado. Aun así, no debiera eso significar una preocupación: pues no es sensato ordenar la vida en torno a algo que uno jamás ha de experimentar. Deberíamos, sin embargo, reconocer los patrones de sumisión y de dominación en nuestras propias vidas y, en la medida de lo posible, desembarazarnos de ellos. Deberíamos poner en práctica el ideal anarquista —*ni amos ni esclavos*— en nuestra vida cotidiana, fuera como fuera. Cada vez que uno de nosotros se niega tajantemente a aceptar el valor de la autoridad, sea ésta cual sea, y cada vez que uno de nosotros se las ingenia para evadirse de este sistema de dominación aunque sea un momento (ya sea desatendiendo las prohibiciones del profesor o del jefe, o relacionándose de igual a igual con miembros de un diferente estrato social, etcétera), salimos victoriosos como individuos y le asestamos un duro golpe a la jerarquía.

Aun así, mucha gente todavía considera que una sociedad desjerarquizada es imposible. Y eso a pesar de los innumerables ejemplos a lo largo de la historia humana: los bosquimanos del desierto del Kalahari todavía viven sin necesidad de autoridades, sin intentar obligar a nadie ni imponer voluntades, sino trabajando en grupo otorgando a cada individuo su libertad y su autonomía. Evidentemente, su sociedad

está siendo destruida por la nuestra, mucho más belicosa: pero eso no significa que no pudiera existir una sociedad igualitaria que fuera hostil a los invasores poderes externos y pudiera protegerse bien de estos mismos poderes. William Burroughs, en su libro *“Ciudades de la Noche Roja”* describe un bastión de piratas anarquistas de hace unos cientos de años que funcionaban exactamente así. Es innegable que se trata de un propósito complicado pretender que la sociedad funcione así pero debemos ser valientes y no conformarnos sino con lo que nos pueda parecer lo mejor para nuestras vidas.

“Anarquismo” *es esa idea revolucionaria que dicta que nadie mejor que uno mismo sabe lo que debe decidir sobre su propia vida.*

—Significa que uno debe imaginar cómo trabajar colectivamente para resolver sus necesidades individuales, y cómo trabajar juntos en vez de “para” alguien o “contra” alguien. Y cuando esto sea imposible, significa preferir el conflicto a la dominación o a la sumisión.

—Significa no juzgar positivamente ningún sistema o ideología que esté por encima de la gente a la que pretende servir ni respetar ningún aparato teórico que se sitúe por encima de las cosas reales de este mundo. Significa permanecer leal a los seres humanos (y a los animales, etc.), luchando por nosotros mismos y por los demás, y no a causa de cierta “responsabilidad” o en respuesta a ciertas “causas” o demás conceptos intangibles.

—Significa no deformar los deseos para que se ajusten a cierto orden jerárquico sino aceptarlos y dejarse llevar por ellos, aceptándose uno mismo. Significa no intentar forzarse uno mismo para tolerar leyes externas, ni intentar limitar las emociones según lo predecible o lo práctico ni clasificar los deseos o instintos: no hay clasificación lo suficientemente específica para restringir el alma humana con todos sus desvaríos, recovecos y abismos.

—Significa negarse a dejar la responsabilidad de nuestra felicidad en manos de otros, ya sean los padres, los amantes, los jefes, o la sociedad misma. Significa enfrentarse a una búsqueda activa de la alegría y del sentido de la vida con todas sus consecuencias.

Porque al fin y al cabo, ¿qué deberíamos andar buscando sino la felicidad? Si hay cosas que no nos dan placer alguno ni les encontramos el sentido posible, ¿por qué debieran esas cosas ser importantes? ¿Cómo puede ser que abstracciones como “la responsabilidad”, “el orden” o “la propiedad” lleguen a ser más importantes que las necesidades básicas de la gente que inventó esos conceptos? ¿Deberíamos servir, antes que a nosotros mismos, a nuestros padres, a nuestros jefes, al Estado, a Dios, al capitalismo, a la ley moral, a la Causa, o a la sociedad? ¿Quién nos ha enseñado, de todos modos, a pensar así?



Siglo XVII

Los Reyes Pobres del Mar

En el siglo XVII, la ciudad portuaria de Salè en la costa de Marruecos se convirtió en un santuario para piratas de todo el mundo, llegando a ser, a la larga, un estado proto-anarquista que atraía, entre otros, a todo tipo de desheredados y descarriados europeos que acudían en manada para empezar una nueva vida como piratas, asaltando barcos de mercancías de sus propios países. Entre estos renegados europeos sobresalía el Terrible Capitán Bellamy; su zona de caza y pillaje era el Estrecho de Gibraltar, por donde todo barco con comercio legítimo viraba de rumbo ante la sola mención de su nombre. Cierta capitán de uno de los barcos capturados tuvo que escuchar el siguiente discurso de Bellamy tras rechazar una invitación para unirse a los piratas:

“Lamento mucho tener que privarle de su navío, pues jamás me agradó hacerle daño a nadie: a no ser que ese daño revistiera en mi provecho. En fin, al diantre con el navío; aun si lo hundiéramos podría servirle de algo. Pues usted no es más que un cachorrillo asustado, como lo son todos aquellos que se someten al gobierno de leyes diseñadas, para bien propio, por hombres adinerados. Y como niño asustado y cobarde no tiene usted el coraje de defender lo que consigue por bellaco. Yo a todos os maldigo: a ellos, por ser una cuadrilla de opulentos listillos y a usted, por servir a esa panda de gallinas timoratos. Además nos vilipendian, los muy sinvergüenzas, cuando existe entre nosotros sólo una notable diferencia: ellos roban a los pobres amparándose en la ley y nosotros saqueamos a los ricos con la única protección de nuestra propia valentía. ¿Cómo no preferiría usted formar parte de nuestra partida en vez de ir humillándose ante esos indeseables por un sueldo?”

Cuando el capitán replicó que su conciencia no le permitiría desobedecer las leyes de Dios y de los hombres, el pirata Bellamy prosiguió:

“Usted es un pusilánime y su conciencia es la de un pobre diablo; yo

soy el príncipe de la libertad y poseo tanta o más autoridad para hacerle la guerra al mundo como aquel que dispone de una flota de cien barcos y una ejército de cien mil hombres, y esto es lo que mi conciencia me dicta. Parece obvio que no se puede discutir con subordinados tan pacatos como usted, que permitiría que sus jefes le tiraran por la borda sin pestañear siquiera.”



B

DE BURGUESIA



¡Aprovéchate de la doble moral en la vida!

La Ley Marcial de la Opinión Pública

La opinión pública ejerce como valor absoluto entre los burgueses porque saben bien que viven en manada: manadas de animales asustados que se revuelven contra todo aquel a quien no reconozcan como igual. Tiemblan de miedo mientras meditan qué opinión les deparará a “sus vecinos” el nuevo peinado de su hijo. Conspiran para parecer todavía más normales de lo que son ante amigos y compañeros de trabajo. Jamás se olvidan de conectar los aspersores ni de vestir adecuadamente informal los viernes en el trabajo. Cualquier cosa que les pudiera alejar de sus rutinas es considerada, al menos, como sospechosa. El amor y la lujuria son considerados como enfermedades, posiblemente mortales, como toda aquella pasión que provoque actos que pudieran merecer la expulsión del rebaño. Actos que quedarán confinados a meros tonteos adolescentes o, más adelante, a secretos adulterios o a ocasionales visitas a bares de strippers – y, por favor, quédense allí y no nos contaminen. Vuélvase loco cuando “su” equipo de fútbol gane, beba hasta perder el conocimiento los fines de semana, alquile alguna película ‘guarra’ si el cuerpo se lo pide pero no se le ocurra cantar o bailar o hacer el amor ahí fuera, en plena calle. Procure jamás confesar ningún sentimiento ‘raro’ en las cenas de empresa ni en las comidas familiares. Ni se le ocurra tampoco

admitir que quiere 'algo más' o 'algo diferente' a lo que todo el mundo quiere.

Evidentemente sus hijos también han aprendido bien todo esto. Aun después de las rivalidades a muerte en el horror de los institutos, incluso entre los más radicales, rebeldes e inconformistas, las mismas reglas pueden ser aplicadas: no se debe intentar confundir a nadie respecto a la posición que uno ocupa. No se debe utilizar cierto léxico ni subscribirse a los códigos no pertinentes. No hay que bailar cuando se está posando, no hay que hablar cuando se está bailando, y hay que llevar cuidado con los géneros o con la manera de moverse. Hay que asegurarse de que uno dispone del suficiente dinero para tomar parte en los diversos rituales. Para mantener virgen la identidad, hay que dejar claro con qué subcultura o estilo uno se alinea: la música, la moda o la ideología a la que uno desea ser asociado. Nadie debería poner en peligro su identidad, ¿no es así? Es la armadura identitaria, personal, la única protección que podría salvarnos de ser asesinados por 'nuestros' amigos. Sin identidad, sin fronteras que definan el contorno de uno mismo, nos disolveríamos en el vacío... ¿no?



El Salto Generacional

Las generaciones de más edad de entre los burgueses no tienen nada que ofrecer a las nuevas porque, para empezar, no tienen nada. Sus patrones morales no sirven, su riqueza no es más que un premio de consolación, y ni uno solo de sus valores contiene referencia alguna a la felicidad verdadera o a la satisfacción. Sus hijos lo saben, lo sienten y por eso se rebelan contra ellos, si le es dada la oportunidad; es decir, los que no son obligados a aceptar una atemorizada sumisión.

Pero, ¿cómo entonces se han perpetuado los burgueses durante tantísimas generaciones? Pues absorbiendo esta rebelión como parte del ciclo natural de la vida. Dado que casi cada niño, en cuanto tiene edad o conocimiento, se rebela, entonces esta rebelión se presenta como parte integral de la adolescencia; y, por tanto, quien pretende continuar con la susodicha rebeldía hasta la edad adulta es considerado como un ser infantil o inmaduro. Cabe apuntar que con un breve estudio a otras culturas enseguida se descubre que esta “*rebeldía adolescente*” no es inevitable ni “*natural*”.

La rebeldía perpetua de la juventud también crea ‘saltos’ profundos entre las diferentes generaciones de burgueses, lo cual resulta un motivo crucial en el mantenimiento de la existencia

de la burguesía como tal. Como los adultos siempre parecen ser los guardianes del status quo, y como la juventud no tiene la perspectiva para ver cómo la rebelión se absorbe en ese mismo status quo, generación tras generación, los jóvenes cometen el error de identificar a las generaciones anteriores como causantes de sus desgracias en vez de darse cuenta de que esas desgracias son el resultado de un sistema integral de miseria y mezquindad. De esta manera, crecen y se convierten en burgueses ellos mismos, incapaces de reconocer que simplemente están reemplazando a sus enemigos, y aun así, también incapaces de '*dar el salto generacional*' para aprender de las experiencias de aquellos de más edad... por no hablar de crear grupos de resistencia junto a esas personas. De este modo, las diferentes generaciones de burgueses mientras aparentemente batallan entre ellos, en realidad trabajan juntos en perfecta armonía como componentes de una enorme maquinaria social que pueda asegurar una alienación máxima para todo el mundo.

El Mito de lo Normal

El burgués depende de la existencia mítica de '*lo normal*' para justificar su modo de vida. La necesidad de esta corriente de normalidad responde a que sus instintos sociales están diseñados de la misma manera que su concepto de democracia: piensan que se ha de ser, de hacer y de pensar lo mismo que la mayoría, que siempre salvaguarda la razón. No hay pensamiento más terrorífico para el burgués que el que apunta, cada vez con mayor nitidez, que no existe ninguna mayoría, y que probablemente, nunca existió.

Nuestra sociedad está fragmentada, y es tan diversa, que en la actualidad es absurdo hablar de "*normalidad general*". Es éste un mito creado en parte por el anonimato de las grandes ciudades. Casi cada persona de las que vemos pasar por la calle es un desconocido: por lo que uno tiende a asociar esas

figuras anónimas con la masa informe designada como '*gente normal*'. A estos desconocidos se les atribuye ciertas supuestas propiedades: al ufano vendedor se le envidia por ser aún más respetable que uno mismo al igual que se desapruera al bohemio rebelde e inseguro por no seguir el canon de la mayoría. Todos deben formar parte de la silenciosa mayoría, esa fuerza invisible que promueve que las cosas sean tal como son; finalmente, uno acaba por pensar que son la misma '*gente normal*' que aparece en los anuncios. La cuestión, y no podía ser de otra manera, es que esos anuncios aluden a un ideal inalcanzable, con el propósito de que todo el mundo se sienta imperfecto e insuficiente. La normalidad permanece análoga a ese ideal, pues ofrece una pauta para todo el mundo sin aparecer jamás, y posee el mismo grado de realidad que la familia perfecta en el anuncio de dentífricos.

A nadie le preocupa más esta masa ausente que a los hijos bohemios de las familias burguesas. Meditan sobre cómo orquestar sus protestas para ganar "*el apoyo de las masas*" para sus ideas, como si todavía existiera una masa a la que interpelar. Hoy en día, la sociedad en la que viven ha quedado fragmentada en diferentes comunidades y la cuestión es a cuál de ellas deberían dirigirse... Probablemente, ir bien vestido y hablar con corrección, no es la mejor manera de interpelar a los elementos con mayor potencial revolucionario de esta sociedad, piensan. Siguiendo este análisis, la mayoría del supuesto público revolucionario '*normal*', que se imagina vistiéndose como para ir a sus manifestaciones o a sus actos políticos, no hace sino perseguir el espectro de sus padres burgueses, grabado profundamente en su inconsciente colectivo (*¿psicosis colectiva?*) como símbolo de la inseguridad adolescente y de la culpa nunca expiada. De otro modo, les iría mucho mejor si cortaran sus lazos burgueses completamente sintiéndose libres para actuar, vestirse y hablar de la manera que les pareciera oportuna, sin preocuparse por quienes les están mirando, y por mucho que defiendan éste o cualquier otro ideario político: ningún objetivo político alcanzado por activistas camuflados podría ser más importante que seguir con la lucha por un mundo en el que la gente no se tenga que disfrazar para que la tomen en serio.

Esto no es excusa para aquellos bohemios inseguros que utilizan su activismo no como una manera de tender lazos con los demás, sino más bien para separarse y sentirse únicos: en su carrera desesperada por adquirir una identidad, creen que deben pagar por ello definiéndose contra los demás. Se les puede reconocer por sus aires de superioridad, por la pomposa jactancia de sus certidumbres ideológicas, y por la ostentación con la que se declaran “activistas” cuando tienen oportunidad. Su esfera, casi exclusivamente, es el “activismo” político, y ese “exclusivamente” es la palabra a estudiar... Hasta que esto cambie, el mundo no cambiará.

El Matrimonio... y otros sucedáneos del amor y la comunidad

La reproducción es un asunto vital para las parejas burguesas. Sólo pueden tener hijos en circunstancias muy precisas; cualquier otra cosa es “irresponsable”, “fruto de la inmadurez” o “una decisión infortunada para el futuro”. Deben, por tanto, prepararse para rendir cualquier vestigio de su libertad egoísta y juvenil para criar niños, pues la movilidad que sus empresas exigen y las diferentes subordinaciones de competitividad feroz han arrasado las redes comunitarias que antiguamente compartían las labores de crianza. Actualmente cada unidad familiar es como un pequeño cuartel militar, cerrado a cal y canto al mundo exterior tanto a nivel sentimental como debido a la paranoica planificación urbanística de los suburbios, con aisladas economías emocionales cerradas sobre sí mismas en las cuales el concepto clave es la escasez o la precariedad. El padre y la madre han de abandonar sus identidades para ejercer, según prescripción, de cuidador/a o de ganapán (ganarse el pan, vaya), pues no hay otra manera posible de cuidar de un niño. Así la propia fertilidad de la pareja burguesa se

convierte en una amenaza a su libertad, y así una parte natural de la vida humana se ha convertido en un mecanismo de control social.

El matrimonio y “la familia nuclear” (o “atomizada”) como cuerda de presos ha sobrevivido como resultado de estas calamidades, y a menudo para desgracia propia de potenciales amantes de todo el mundo. Pues como bien sabe el joven aventurero, que mantiene armada su lujuria y su apetito vivo con peligros constantes y soledad, el amor y el deseo sexual no pueden sobrevivir a la sobreexposición: especialmente en el marco hastiado y cansino en el que muchas parejas casadas comparten su tiempo. El marido burgués se ve consentido como amante sólo bajo las peores circunstancias: es decir, después de que toda fuerza y tarea en el mundo haya tenido la oportunidad de cansarle y de enfurecerle durante todo el día. La esposa burguesa aprende a castigar e ignorar como “ilusorios” y “poco prácticos” sus deseos románticos de espontaneidad y sorpresa. Juntos pues, viven un infierno de insatisfacciones. Lo que de verdad necesitarían sería una verdadera comunidad de gente cariñosa en torno a ellos, de modo que la paternidad no les obligara a acogerse a posturas de respetabilidad y decencia no deseada, y así poder gozar de la suficiente libertad individual (con sus aventuras) para mantenerse alegremente juntos y no sentirse tan perdidos y desesperanzadamente solos.

Del mismo modo, de poco les aprovecha el constante suministro de comida, comodidades, seguridades y diversiones. Pues como todo autoestopista, terrorista o héroe sabe, estas cosas ganan todo su valor con su ausencia, y sólo pueden ofrecer verdadero gozo como lujos hallados en la búsqueda de algo mayor. El acceso constante al sexo, a la comida, al calor y al abrigo desensibilizan al hombre respecto a estos placeres. El hombre burgués ha perdido su oportunidad de perseguir objetivos más emocionantes en la vida a cambio de la garantía de estas aménidades y seguridades; sin embargo, sin estos objetivos vitales, estas conveniencias no pueden proporcionarle más verdadera alegría que la compañía de sus colegas de celda.

Los Placeres del Vivir Sucedáneo

Uno puede hacer una rápida visita de todos los deseos latentes de los burgueses simplemente encendiendo el televisor o acudiendo a cualquier sala de cine. El burgués invierte todo el tiempo que puede entre estas diversas realidades virtuales porque instintivamente piensa que le pueden ofrecer mayor diversión y satisfacción que la habida en el mundo real. Lo peor de todo es que, mientras el burgués permanece como tal, esto puede ser cierto. Y mientras acepte que el desplazamiento de sus deseos hacia el mercado, pagando por imitaciones de su satisfacción, siempre se verá atrapado en el personaje vacío que finalmente desarrolla.

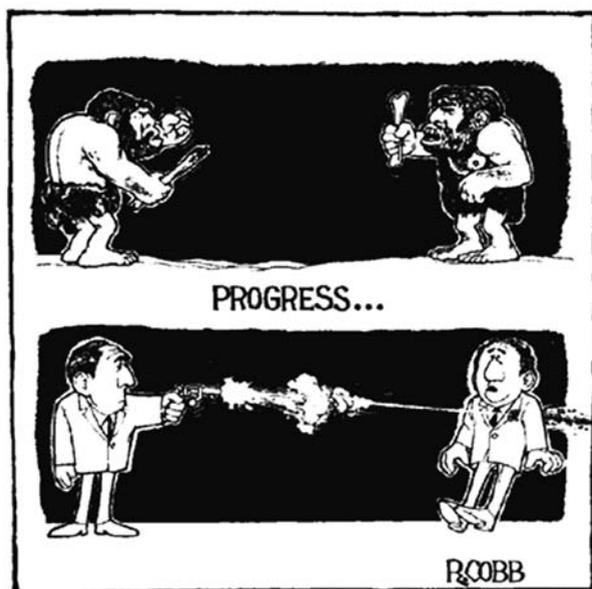
Todos estos susodichos deseos no siempre son agradables de ver en Technicolor y sonido estéreo: los apetitos y sueños del hombre burgués están tan infectados por el fetichismo de poder y control como su propia sociedad. Lo más parecido a una expresión de deseo libre y sin trabas que ofrece es la recorrida fantasía de súper-destrucción que aparece una y otra vez en lo más profundo de su enfebrecidos sueños cinematográficos. Y tiene sentido: al fin y al cabo, en un mundo infinito de centros comerciales y parques temáticos, ¿qué otra cosa decente se podría hacer sino destruir?

El burgués no está preparado sino para ver sus deseos como malhadadas debilidades que deben ser atacadas con placebo, pues su vida nunca versó sobre la búsqueda del placer: de hecho, lleva años en la búsqueda de más altos modos de vida, y al precio que sea. Hoy día se sienta en su salita rodeado de ordenadores, abrelatas, detectores de radares, aparatos audiovisuales de ocio, corbatas originales, comida ultra-congelada y teléfonos móviles, sin saber exactamente qué es lo que no va del todo bien.

Un hombre así sólo es capaz de existir gracias a las orejeras que le previenen de imaginar que son posibles otros modos de vida. Por lo que él sabe, todo el mundo, desde los tra-

bajadores inmigrantes hasta los monjes budistas de Tíbet serían también burgueses si se lo pudieran permitir. Y hace lo posible por mantener esa ilusión; sin ella, tendría que hacer frente a la manera en cómo ha tirado su vida a la basura a cambio de nada.

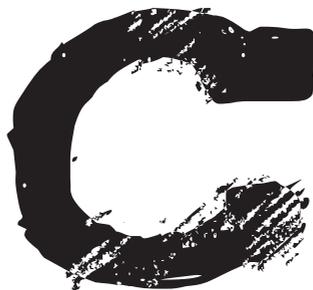
El hombre burgués no es un individuo, no es una persona real. Es un cáncer que todos llevamos dentro. Pero hay buenas noticias: tiene cura.



Percy Shelley y Mary Godwin se fugan

Percy Bysshe Shelley, un joven anarquista que pasaría a la historia como uno de los poetas más grandes del Romanticismo, fue a visitar a William Godwin, un escritor de filosofía proto-anarquista ya de cierta edad, y acabó fugándose con su hija demostrando de una vez por todas que *hasta un poeta es mucho más capaz que un filósofo de llevar a la práctica ciertas teorías.*





**DE CAPITALISMO
Y CULTURA**



[Este artículo apareció originariamente en forma de cómic y fue distribuido entre estudiantes de empresariales de universidades públicas por toda la geografía estadounidense. Ciertos pasajes, los más escandalosos, fueron reeditados para la versión del manual COINTELPRO del año 98 y publicados, entre otros, por el Wall Street Journal.]

Pero, a fin de cuentas, ¿qué es el capitalismo?

Capitalismo. Eso es algo parecido a la **democracia**, ¿no? (*¿Y no son los enemigos del capitalismo los que se oponen a la democracia? ¿Y no acabamos con ellos durante la Guerra Fría?*)

De cualquier modo, el capitalismo y la democracia son cosas muy diferentes. En un sistema democrático, en esencia, que la gente debería tener el control sobre sus propias vidas, y el poder debería ser algo compartido entre todos en vez de estar concentrado en manos de unos pocos. El capitalismo, sin embargo, es algo totalmente diferente.

En los Estados Unidos (y en otras naciones occidentales) estamos acostumbrados a oír que vivimos en sociedades democráticas. Nuestros gobiernos, ciertamente, se definen como democráticos (aunque también habría que preguntarse si nuestra voz sirve de algo en estas atrofiadas y abotargadas “democracias representativas”), lo cual no quiere decir de ningún modo que nuestra sociedad lo sea. El gobierno encarna sólo un aspecto de la sociedad, eso es evidente; y este aspecto no es, en absoluto, el más importante, si lo consideramos en relación a nuestra vida diaria. El sistema económico de una sociedad tiene muchísima

más influencia sobre la vida cotidiana que cualquier congreso o juzgado: pues es la economía la que decide quién tiene el control sobre ciertas tierras, recursos y herramientas para la sociedad, qué es lo que tiene que hacer la gente para sobrevivir y “echar p’alante” y finalmente de qué forma interactúa esa gente y cuál es la visión que tienen del mundo.

El capitalismo es, de hecho, uno de los sistemas económicos menos democráticos del mundo. En una economía “democrática”, cada miembro de la sociedad debería tener voz sobre cómo se utilizan esos recursos y sobre cuál es la manera en la que se trabaja. Pero dentro de la economía capitalista, en la cual todos los recursos son propiedad privada y hay una guerra sin cuartel por controlarlos, la mayoría de esos recursos acaban en manos de unos pocos (hoy en día, léase: empresas). Esa es la gente que puede decidir cómo van a trabajar los demás, ya que casi nadie puede ganar dinero si no trabaja para ellos. Son también los que van a establecer el paisaje físico y psicológico de la sociedad, dado que son dueños de casi toda la tierra y controlan la práctica totalidad del poder mediático. En el fondo, tampoco ellos tienen el control, pues si bajarán la guardia y dejarán de trabajar en pos del beneficio, se hundirían rápidamente hacia la base de la pirámide junto a todo el mundo; lo que significa que nadie es libre en el sistema capitalista: todo el mundo queda a merced de las leyes del mercado competitivo.

CAPITAL: riqueza (dinero, propiedades o mano de obra) que pueda ser utilizada para crear más riqueza. Ejemplo: los dueños de una fábrica que se benefician vendiendo bienes creados por la fuerza de trabajo de sus trabajadores y que acaban comprando más fábricas.

CAPITALISMO: “el libre intercambio de bienes y servicios” a través del cual los que poseen el capital son capaces de almacenar más a expensas de los desposeídos.

¿Cómo funciona el capitalismo?

Así es cómo se supone que funciona el capitalismo: la gente tiene libertad de elección en cuanto a cuál es la mejor manera de buscar fortuna, y los que trabajan más duramente y proveen de mayores valores a la sociedad son recompensados con mayores riquezas. Pero este sistema exhibe un error crucial: no todo el mundo tiene las mismas oportunidades. El éxito en “el mercado libre” depende casi enteramente de cuánta riqueza se dispone antes de empezar.

Cuando el capital está en manos privadas, las oportunidades de un individuo para aprender, trabajar y ganar dinero están directamente relacionadas con la cantidad de riqueza que posee. Por muchas becas que se estipulen esto no lo compensa nadie. Se necesitan recursos, de cualquier tipo, para producir algo de valor, y si una persona no dispone de esos recursos está a merced de aquellos que sí que los tienen. Mientras tanto, aquellos que sí disfrutan de dichos recursos pueden crear más y más riqueza, por lo que finalmente casi toda la riqueza de la sociedad acaba en manos de unos pocos. Todo esto provoca que casi nadie disponga de capital suficiente aparte de su propia fuerza de trabajo, la cual debe ser vendida a los capitalistas (aquellos que controlan la mayoría de los medios de produc-

ción) para sobrevivir.

Sí, suena algo confuso pero en realidad es muy simple. Una empresa como Nike dispone de todo el dinero extra necesario para abrir nuevas fábricas de zapatillas, contratar nueva publicidad, y vender más zapatillas, ganando de este modo más dinero para futuras inversiones. Un desgraciado como tú, querido lector, no tienes más que para abrir un puestecito de limonadas, y por muy bien que te fuera serías superado por empresas de mayor peso como Pepsi, que cuentan con mucho más dinero para dedicar a la promoción de sus productos. (Existen historias de humildes empresarios que triunfan y logran competir, pero parece claro que eso no ocurre con demasiada frecuencia.) Lo más probable es que acabes trabajando para ellos para ganarte “un sueldo”.

Y trabajar para ellos es lo que les da la fuerza: por mucho que te paguen por tu trabajo, de lo que puedes estar seguro es que no te pagan su verdadero valor: si no, no podrían obtener beneficios. Si trabajas en una fábrica y produces mil dólares diarios de maquinaria, probablemente recibirás unos cien dólares al día por tu trabajo. Eso significa que alguien se lucra con tu esfuerzo; cuanto más tiempo te empleen, más riqueza y oportunidades obtienen a tu costa.



¿Y cómo afecta esto al ciudadano medio?

Lo peor de todo esto es que significa que ellos te compran tu tiempo y tu energía creativa. Cuando lo único que puede ser vendido a cambio de medios para la supervivencia es el propio trabajo, entonces surge la obligación de vender la vida en aumentos de sueldo sólo por poder seguir existiendo. Se termina por gastar la mayor parte de la vida haciendo lo que esté mejor pagado, en vez de hacer lo que se desea: se canjean los sueños por un salario y se vende la libertad de acción a cambio de posesiones materiales. En el “tiempo libre” se puede volver a canjear lo que se obtuvo durante las horas de trabajo (a beneficio del patrón, claro); pero jamás se devuelve el tiempo que se pasa en el trabajo. Esa parte de la vida no nos es devuelta y lo único que se pueden presentar son las facturas con las que hubo que lidiar. Poco a poco, se empieza a pensar en las habilidades creativas y en la fuerza de trabajo como cosas fuera del control de cada uno, pues se acaba asociando cualquier actividad que no sea “relajarse” (es decir, recuperarse del trabajo) con el suplicio de hacer lo que le mandan a uno en vez de lo que uno quiere. La idea de actuar por propia iniciativa o de alcanzar objetivos propios se relega para las aficiones.

Es cierto que hay algunos pocos que consiguen que

les paguen por hacer exactamente lo que siempre les gustó hacer. Pero, ¿cuántas gente conoces que realmente trabajan en lo que les gusta? Estos escasos y afortunados individuos son mostrados como prueba de que el sistema funciona y a todos se nos exhorta a trabajar sin descanso para, algún día, llegar a tener tanta suerte como ellos. La pura verdad es que no hay suficientes puestos de trabajo para que todo el mundo sea una estrella del rock o un dibujante de tiras cómicas en el diario; alguien tiene que trabajar en las fábricas para producir discos y periódicos en masa. Si no llegas a ser el próximo Michael Jordan y, más bien, acabas vendiendo zapatillas de su marca en un centro comercial, tal vez se debe a que no te has esforzado lo suficiente... Así que es culpa tuya y sólo tuya el que te haya tocado un papel tan aburrido, ¿no? A lo mejor, nunca se te había ocurrido que deben de haber unos mil vendedores de zapatillas por cada baloncestista profesional. Así, si se te pudiera culpar de algo, sólo sería de apostar en un envite en el que las posibilidades de ganar fueran tan escasas. En vez de competir contra todos por ser el campeón de las pirámides corporativas o el que gane la lotería del millón, deberíamos intentar hacer posible que todos pudiéramos hacer lo que nos diera la gana con nuestras vidas. Pues por mucho que uno tenga la suerte, por las razones que sean, de llegar a la cima, ¿qué pasa con los miles de desgraciados que no lo consiguen? ¿Qué será de todos esos tristes oficinistas, de los artistas fracasados, de los lánguidos cocineros y las desconsoladas camareras? ¿A quién le interesaría vivir en un mundo ahído de gente infeliz, de gente sin apenas sueños que cumplir, o que sencillamente no tienen ninguna razón por la que seguir viviendo?

¿Qué es lo que la gente valora en un mundo capitalista?

Tal como Jeannette escribe en el apartado P sobre '*Procesos de Producción*', bajo el capitalismo nuestras vidas se revuelven en torno a los objetos, como si la felicidad se hallara, no en la libertad y en los deseos, sino en las posesiones. Aquellos que acumulan riqueza deben pasar mucho tiempo pensando cómo esquilmar a los demás. Aquellos que apenas tienen nada, pasan casi toda la vida trabajando para poder sobrevivir, y todo el consuelo que les queda a cambio de sus vidas de duro trabajo y pobreza son los pocos objetos que pueden permitirse: ya que han tenido que vender sus vidas mismas. Entre esas dos clases sociales quedan los miembros de la clase media, que son bombardeados desde su nacimiento con anuncios y propaganda que proclama que la felicidad, la juventud, el sentido de la vida y todo lo demás se puede hallar en objetos materiales y en símbolos de prestigio. Aprenden a vivir la vida trabajando duro para conseguirlos, en vez de aprovecharse de su situación ventajosa para buscar la aventura y el placer.

De este modo, el capitalismo concentra todo el valor en lo que se tiene, y no en lo que se hace, obligando a todo el mundo a luchar y competir por las cosas que necesitan para sobrevivir y para alcanzar cierto estatus social. Probablemen-

te, la gente sería más feliz en una sociedad que premiara la habilidad para actuar libremente y para hacer lo que a uno le agradara por encima de cualquier otra cosa. Para crear una sociedad nueva, deberíamos dejar de competir por la riqueza y el control, y empezar a compartir de manera más libre; sólo entonces gozaría la gente de mayor libertad para elegir la vida que quisieran, sin miedo a pasar hambre o a quedar marginado.

Pero, ¿no es la competitividad lo que estimula la producción?

Y sí, ese es el problema. La economía competitiva del “libre mercado” no sólo promueve la productividad a toda costa, sino que la convierte en imposición: aquellos que no resultan competitivos son pisoteados. ¿Y a qué precio, exactamente? Para empezar, están las largas jornadas de trabajo, cuarenta, cincuenta o incluso sesenta horas a la semana, siempre a disposición del jefe, para lo que usted mande, o de los clientes, currando hasta desfallecer en pos de quedar primero en la carrera competitiva. Luego, los sueldos ínfimos: a casi nadie le pagan lo suficiente para permitirse un poco de todo lo que la sociedad ofrece, por mucho que esas cosas sean posibles gracias a nuestro trabajo. Esto se debe a que en el mercado competitivo, a los trabajadores no se les paga lo que “merecen”: se les paga lo mínimo posible, teniendo en cuenta lo que le pueden ofrecer otras empresas. A eso se le llama “ley” de la oferta y la demanda. El empresario está obligado a hacer esto porque necesita ahorrar todo el capital extra que necesite para publicidad, expansión corporativa, y demás acicates competitivos. Si no fuera así, pronto dejaría de ser un empresario, y sus trabajadores acabarían por trabajar para un patrón más “competitivo”.

Hay una palabra que define muy bien esas largas jornadas de trabajo y esos sueldos bajos: explotación. Pero no es

ése el único coste de esta “productividad” que tanto estimula nuestro sistema. Los jefes, los patronos, tienen que ir limando costes a cualquier precio y de cualquier manera: por eso, muy a menudo, los lugares de trabajo no son seguros. Y si es necesario destruir el ecosistema para ganar dinero y seguir siendo competitivo, se destruye; pues un sistema económico que premia de semejante manera la productividad por encima de todo, no puede ofrecer razones a las empresas para que no se arramblen con los parajes naturales, la biodiversidad o con lo que sea con tal de ganar unas divisas de más. Así han ido desapareciendo nuestros bosques, así se deshace la capa de ozono, así acabaron cientos de especies de animales salvajes: por culpa de la competitividad feroz de la vida moderna. En vez de bosques, ahora tenemos gasolineras y centros comerciales, por no hablar de la contaminación ambiental; porque es más importante tener sitios en los que comprar y vender que preservar entornos de paz y de belleza. En vez de búfalos y águilas calvas, ahora disponemos de granjas de cría intensiva, con animales convertidos en máquinas cárnicas y lácteas... por lo que finalmente la cosa más parecida a un animal salvaje que podemos llegar a ver será alguno de los protagonistas de las películas de Disney. La competitividad de nuestro sistema económico nos obliga a reemplazar todo lo bello y lo gratuito, por lo eficiente, lo provechoso y lo uniforme.

Este proceso no se limita sólo al entorno de nuestros países y de nuestra cultura. El capitalismo y sus valores se han extendido por todo el mundo como una epidemia. Las empresas, si quieren mantener el nivel de competitividad, están obligadas a ampliar mercados, ya sea por medio de la razón o por la fuerza; y como consecuencia de esto uno puede tomarse tranquilamente una Coca-Cola en Egipto, y comer en un McDonald's en Tailandia. La Historia nos ofrece numerosos ejemplos de cómo las empresas capitalistas han entrado por la fuerza en un país tras otro, sin dudar jamás en utilizar la violencia cuando ha sido necesario. Hoy en día, seres humanos de todo los rincones del mundo venden su trabajo a empresas multinacionales, a dólar la hora, a cambio de entrar en la carrera por conseguir esas imágenes de riqueza y prestigio con las

que las empresas utilizan como señuelo. La riqueza creada por esta fuerza de trabajo va a parar directamente a los bolsillos de esas empresas, y como agradecimiento, esas culturas únicas son reemplazadas por la cultura única estándar del consumismo occidental. Por la misma razón, las gentes de esos países han de avenirse de cualquier manera para ser tan competitivos y productivos como las empresas que les están explotando. Por tanto, el mundo se estandariza bajo un único sistema, el sistema capitalista, hasta tal punto que es difícil imaginar que hay otra manera de hacer las cosas.

Así pues, nuestro sistema competitivo, ¿qué tipo de producción estimula? Estimula sólo la producción material: es decir, el beneficio a cualquier precio. Los productos a la venta, dicho esto, no son de la mejor calidad posible, ya que a los fabricantes les interesa, por encima de todo, que el consumidor vuelva a comprarles cuando el coche o el equipo de música deje de funcionar al cabo de unos años. No compramos los productos que nos son más indispensables para la vida o para la felicidad: más bien, los que son más fáciles de vender y los que arrojan un mayor beneficio al venderse. Esto es, tarjetas de crédito, ventas por teléfonos, correo basura y cigarrillos diseñados con sumo cuidado para que contengan toda una gama de productos químicos muy adictivos. Para que una empresa supere a otra, nosotros mismos nos pasamos la vida trabajando para desarrollar, producir en masa y finalmente adquirir artículos como teléfonos móviles o desodorantes, que elevan nuestro nivel de gasto sin mejorar realmente nuestra calidad de vida. Más que una nueva licuadora, papas de distintos sabores o juegos de ordenador, lo que necesitamos en nuestras vidas es significado y placer; pero andamos tan atareados compitiendo que ni siquiera tenemos tiempo para pensar en ello.

Sin duda alguna, en una sociedad menos competitiva, podríamos seguir produciendo todo lo que necesitamos, sin vernos obligados a producir todas las frivolidades innecesarias que abarrotan nuestros vertederos. Y, de ese modo, tal vez pudiéramos concentrarnos en aprender cómo producir lo más importante de todo: **la felicidad humana.**

La competitividad significa que no nos reunimos para deliberar qué sería lo mejor para nosotros y para el mundo en general; y que tampoco tomamos decisiones como individuos. Por el contrario, los proyectos en los que se embarca nuestra especie y los posibles cambios quedan en manos de las leyes del mercado, es decir, en manos de quienes VENDEN más y mejor.

*Te están comprando tu felicidad.
¡Róbasela tú a ellos!*



¡No me vengas ahora con que el sistema soviético era mejor y más libre!

Pues no, claro que no. La economía de la Unión Soviética no era más democrática que la de los Estados Unidos. En los Estados Unidos, la mayor parte del capital está en manos de las grandes corporaciones que, a su debido tiempo, tienen la capacidad de ejercer el control sobre la vida de sus empleados (y hasta cierto punto, sobre la de sus clientes y sobre la de casi todo el mundo). En la Unión Soviética, la mayoría del capital estaba controlado por una sola fuerza, el gobierno, que tenía a todos los habitantes a su merced. Y aunque no existiera la intensísima competitividad interna que conduce a las empresas occidentales a tales

extremos de brutalidad, el gobierno soviético aun así sí que intentaba competir con otras naciones en cuanto a poder económico y productividad se refiere. De este modo, también alcanzaban los mismos niveles de destrucción ecológica y explotación laboral tan extendidos en Occidente. En ambos sistemas se podían observar los desastrosos resultados que acarrea la acumulación de la riqueza en los bolsillos de unos pocos. Lo que verdaderamente necesitamos es un sistema en el que todos podamos compartir equitativamente la riqueza de nuestra sociedad y tener la capacidad para decidir cómo queremos vivir y trabajar.

¿Y quién exactamente se queda con el poder en el sistema capitalista?

En un sistema en el que la gente compite por la riqueza y por el poder que emana de ella, la recompensa la obtienen aquellos que compiten de forma más despiadada. De este modo, el sistema capitalista fomenta el engaño, la explotación y la lucha a muerte, y quienes más al límite llegan en este tipo de actividades, son los que se llevan el premio: los que más poder obtienen y los que más capacidad de influencia en cuanto a cómo ha de funcionar nuestra sociedad adquieren.

Las empresas más exitosas son las que más hábilmente nos convencen de que necesitamos sus productos, sea esto cierto o no. Es así cómo una empresa como Coca-Cola, que fabrica uno de los productos más inútiles e innecesarios del mercado, ha sido capaz de obtener semejante posición de riqueza y de poder: no ofreciendo algo valioso a la sociedad sino promocionando sus productos de manera sublime. La coca-cola no es la bebida más deliciosa del mundo: es la más insistentemente publicitada. Aquellos que logran crear un entorno que les siga

comprando, ya sea mediante la manipulación de las campañas publicitarias u otros medios igualmente retorcidos, son los que más fondos recolectan para seguir haciendo lo que hacen; es así, finalmente, cómo van reuniendo cada vez más poder en nuestro propio entorno. Por esa razón nuestras ciudades abundan en carteles publicitarios y rascacielos corporativos y no en obras de arte, jardines y baños públicos. Por eso los periódicos y las noticias sólo cuentan lo que les interesa, en ocasiones, puras mentiras: los productores están a merced de los anunciantes, sobre todo de aquellos que más dinero invierten: es decir, aquellos que están dispuestos a cualquier cosa, ya sea a inventarse datos o a difundir falsedades con tal de seguir haciendo más y más dinero. (*Con poco que se estudie se pueden hallar miles de casos.*) El capitalismo garantiza pues que los que controlan la sociedad sean los más avariciosos, los más crueles y los más despiadados.

Dado que todo el mundo está en sus manos, y a nadie le gusta acabar en el pelotón de los torpes, todos nos vemos presionados a actuar de manera avariciosa, cruel y despiadada. Evidentemente, nadie es egoísta y ultra-competitivo a todas horas. O no hay tanta gente a quien le guste serlo, o les procure placer, si lo pueden evitar. Pero el entorno laboral medio está especialmente diseñado para que la gente se sienta extraña respecto a los demás. Cuando alguien entra en una franquicia de alimentación hambriento y sin dinero, la política de la empresa, por lo general, exigirá que se expulse a esa persona sin darle nada y no que se le permita llevarse algo sin pagar. (Por mucha comida que se lance a la basura al final del día, como normalmente ocurre.) Los pobres empleados acaban por percibir a esas personas hambrientas como una molestia, mientras los hambrientos acaban por culpar a los empleados de no ayudarles; nadie repara en que es precisamente el capitalismo lo que los enfrenta. Por muy triste que sea, probablemente los empleados que se valgan de estas reglas ridículas de manera más estricta son los que mejorarán de puesto con mayor celeridad. Aquellos que se pasan la vida haciendo cosas que no son provechosas, por lo general, jamás alcanzan ninguna posición de estabilidad ni de prestigio. Puede que sus quehaceres sean de

gran valor para la sociedad, como los artistas, músicos o trabajadores sociales. Pero si no pueden extraer ningún provecho de sus actividades, lo tendrán difícil para sobrevivir, por no hablar de reunir un modesto capital para ampliar sus proyectos; y dado que el poder proviene primera y principalmente de la riqueza, tendrán muy poca capacidad de influencia sobre lo que ocurre en sus sociedades. De esta manera, en una sociedad capitalista, las empresas cuyo único objetivo es acumular la mayor cantidad de riqueza y de poder posible siempre acabarán por ejercer mucho más poder que ningún artista ni ningún trabajador social. Del mismo modo, muy poca gente se puede permitir el lujo de pasar demasiado tiempo haciendo cosas que siendo valiosas no sean lucrativas. Las implicaciones de esto son fácilmente imaginables.

“Ser rico actualmente significa simplemente que se posee el mayor número de objetos inútiles; es decir, que se posee la mayor cantidad de pobreza”

DONALD TRUMP

ERES NUESTRO OBJETIVO

La juventud es la etapa en la que se deberían reevaluar las creencias y las tradiciones de las anteriores generaciones, cuando debería aparecer la voluntad de desviarse de lo antes conocido y el deseo de crearse una identidad propia.

Sin embargo, en nuestra sociedad, la “rebelión juvenil” se ha convertido en un ritual: se espera que cada generación se rebele contra el orden social durante unos años para luego “crecer” y “aceptar la realidad”. Así se niega la posibilidad real de cualquier cambio avistado con ilusión por la juventud; pues la revolución es algo “sólo para niños” y ninguna persona joven se atrevería a mantener su resistencia al llegar a la edad adulta por miedo a ser considerado “infantil”.

De este proceso se aprovechan con holgura ciertas empresas que comandan “el mercado juvenil”. ¿Adónde va el dinero que gastas en ese CD, en esa cartera con cadenita, en ese tinte de pelo, en esa chupa de cuero, en ese póster, en todos esos accesorios que te identifican como persona joven y rebelde? Pues directo a las empresas que componen el orden contra el que se supone que luchas. Sacan tajada de tus impulsos rebeldes vendiendo símbolos de una revolución que, de hecho, no hace más que contribuir a que la rueda del orden imperante siga girando. Tú les llenas los bolsillos de billetes, y ellos vacían los tuyos; ellos te dejan sin poder, y tú sólo pareces preocupado por intentar ajustarte a los moldes que tienen preparados para ti.

“El opio de una nueva generación”

¿Cómo afecta todo esto a nuestro mundo?

El sistema capitalista otorga al ciudadano medio muy poco control acerca de las capacidades colectivas y de las tecnologías que rigen su sociedad, por no hablar de los usos de dichas capacidades y tecnologías. Por mucho que sea precisamente su trabajo (y la de gente como él o como ella) lo que ha hecho posible la construcción de este mundo en el que vive, esa persona piensa que esa fuerza de trabajo, ese potencial, tanto el suyo como el de sus semejantes, es algo ajeno, que permanece fuera de su control, y que actúa sobre el mundo de modo completamente indiferente a su voluntad. No es de extrañar, por tanto, que esa persona se sienta frustrada, inerme, insatisfecha y agraviada. Pero no es sólo esta falta de control lo que convierte al capitalismo en algo tan hostil a la felicidad humana. En lugar del control democrático sobre nuestras vidas y nuestra sociedad, lo que hallamos es el dominio despiadado de la fuerza bruta.

La violencia no sólo acontece cuando un ser humano hace daño a otro. La violencia existe, aunque de formas más sutiles, cuando se utiliza la fuerza en la interacción con el otro. La violencia reside en la mismísima raíz del capitalismo. En el sistema capitalista, todas las leyes económicas gobiernan la

vida humana a través de la coerción: ¡Trabaja o muérete de hambre! ¡Domina o sé dominada! ¡Compite o muere! ¡Vende las horas de tu vida a cambio de los medios para sobrevivir, o púdrete en la pobreza, o en la cárcel!

La mayoría de gente va a trabajar no porque quieran sino porque *tienen que hacerlo*. Venden su tiempo para poder comprarse una casa o comida, y para abonar las facturas de todos los símbolos de prestigio y de todas las comodidades que se han visto obligados a adquirir, ya que la única alternativa que conocen es el hambre y el ostracismo. Es posible que algunas de las tareas que desempeñan en su trabajo sean de su agrado, pero seguro que las realizarían más a gusto si las pudieran hacer a su aire, cuando quisieran; además de todo el resto de cosas que podrían hacer si sus trabajos no les exigieran tanto tiempo y tanta energía. Para extraer la máxima productividad de gente que preferiría ausentarse del trabajo, las empresas emplean todo tipo de mecanismos de control: les diseñan los horarios de trabajo, les obligan a dejar constancia de sus idas y venidas y les mantienen en permanente observación. La relación entre jefes y empleados está basada en una coacción económica mutua, en una negociación jalonada de invisibles amenazas: unos apuntan a la cabeza con la amenaza del desempleo y la indigencia, y los otros agitan el fantasma de un servicio deficiente y de una posible huelga. La mayoría de la gente, sin embargo, aún siente cierta preocupación por las necesidades humanas de sus compañeros, jerifaltes o subordinados; pese a todo, la esencia de nuestra economía reside en la competitividad y en la dominación, y estos dos son factores siempre surgen en nuestra relación con aquellos que están por encima o por debajo en la jerarquía laboral.

No es difícil imaginar, por otra parte, cuánto más provechoso y divertido sería para todos si pudiéramos trabajar en función del deseo y del amor, y no por pura obligación. Si nos propusiéramos hacer lo que queremos y trabajásemos juntos para ello, ¿no sería mucho más placentero emprender las tareas necesarias para la supervivencia unidos en esfuerzo común? Y es que todo este clima de violencia inevitablemente también

intoxica otras facetas de la vida. Cuando se impone la costumbre de calibrar a las personas como objetos, como recursos que utilizar o como enemigos a los que temer y contra quienes luchar, resulta difícil desembarazarse de esa idea cuando se llega a casa. La jerarquía que la propiedad privada impone sobre las relaciones personales en el entorno laboral puede hallarse en muchos otros contextos sociales: en los colegios, en las iglesias, en las familias, en las amistades y allá donde la dinámica de la dominación y la sumisión surja efecto.

En una sociedad en la cual todo el mundo se afana en conseguir posiciones de superioridad resulta casi imposible concebir una relación verdadera e igualitaria. Cuando los chicos en la escuela se pelean, o las bandas rivales se arman en las calles, no hacen más que imitar los grandes conflictos existentes en las empresas y en las naciones para mejor servir a sus intereses; y esa violencia se cataloga de anómala cuando no es más que el reflejo del mundo competitivo y violento que los ha creado. Cuando amigos o amantes potenciales se evalúan en términos financieros o de estatus social en vez de acudir a cuestiones anímicas o sentimentales, no hacen más que ejemplificar con sus conductas las enseñanzas del “mercado de valores”: vivir en el reino de la fuerza obliga a observar a los demás seres humanos conforme a lo que tienen y a lo que valen.

Si viviéramos en un mundo en el que pudiéramos aspirar libremente a cualquier metas, sin miedo a morir de hambre, enajenados e ignorados como Van Gogh, o como tantísima gente en el mundo, nuestras vidas y nuestras relaciones no estarían moldeadas por la violencia. Tal vez de ese modo nos sería a todos más fácil apreciar lo que hay de bello y de especial en el otro, o contemplar y apreciar la naturaleza por lo que es... y, en definitiva, vivir y dejar vivir en vez de ir husmeando maníáticamente en busca del poder y del beneficio. Hay cientos de ejemplos en la historia de nuestra especie de otras sociedades que han vivido de esa manera. ¿O realmente es inútil pensar en cómo reorganizar la sociedad para que sea, al fin y al cabo, más democrática?



La razón de nuestro liderazgo

Puedes ver nuestras insignias y emblemas por todas partes. En tu ropa, en la televisión, en las paredes, en las calles, en las páginas de los periódicos y de las revistas. Están escritos a fuego en tu cerebro. Ves nuestro logo muchísimas más veces que ves la bandera nacional, y casi tan a menudo como la cara de tu madre.

Nosotros no invertimos en los medios de comunicación para informarte sobre nuestros productos; nuestro único objetivo es promocionarnos. Por eso no proporcionamos datos sino eslóganes y símbolos. No compartimos la información; más bien *pagamos* la mistificación. Somos los dioses de la nueva era; nos aceptas como somos, omniscientes y omnipresentes, porque puedes ver nuestro poder y nuestra presencia por todas partes. Tus amigos trabajan para nosotros, tus empresas familiares son en verdad nuestras, tus políticos responden a nuestras preguntas, nosotros *todo* lo dictamos, todo lo patrocinamos.

Somos los que lo controlan todo, nos alzamos sobre la humanidad como dioses eternos.

Cuando compras alguno de nuestros productos, no son unas zapatillas, unos vaqueros o un refresco lo que vas buscando, sino el aura del poder. Para los niños del ghetto en los EEUU, Nike representa la riqueza y el estatus por el que luchan cada día. Para los consumidores, por ejemplo, de Italia (que tienen una herencia alimentaria mucho más sabrosa y saludable), McDonalds simboliza esa nueva era, de la que tan desesperadamente quieren formar parte. Nosotros regimos tu vida porque te hemos convencido de que somos la mismísima divinidad.

Todos los dioses, no obstante, tiene una secreta vulnerabilidad: dejamos de existir cuando la gente deja de creer en nosotros. Tenemos una apariencia invulnerable, pero el hechizo podría dejar de surtir efecto en cualquier momento y podríamos ser borrados de la faz de la Tierra (como los dioses de la Antigua Grecia) si se nos reconoce por lo que somos: meros fantasmas. Tal vez por eso trabajamos día y noche, sin descanso, construyendo nuestros templos y erigiendo nuestras imágenes, pues sabemos que un día la humanidad podría despertar de esta larga y cansina pesadilla.

“¡Trabajamos por tu Dependencia!”

Si no mascas nuestros chicles, nadie querrá besarte. Si no te pones nuestro desodorante, ¿quién iba a querer tocarte? Nadie se fijará en ti, si no te pones sexy con nuestro pintalabios. Si no te compras nuestras zapatillas, nadie querrá ser tu amigo. Si no fumas nuestros cigarrillos, parecerás un pardillo. ¿Quién te va a acompañar a casa, si no te aplicas nuestro exfoliante? Si no les compras nuestros juguetes, tus hijos parecerán de aburrimiento. ¿Cómo se lo va a pasar bien ella, si no la llevas a una de nuestras películas? No eres ingenioso, sino con una de nuestras cervezas en la mano. ¿Cómo vas a sentirte vivo y libre, sino conduciendo uno de nuestros nuevos deportivos?

Piensa en tu ocio y verás: si no pagas, si no consumes, es difícil divertirse.

Jugamos con tus inseguridades, con tus miedos, con tus ansiedades. Tenemos productos para cada actividad humana, hasta para follar, porque todo lo que es natural y libre es siempre lo mismo, a no ser que cuentes con nuestros suplementos sintéticos. Y si lo que pretendes es salirte de nuestro sistema, vas a ver qué difícil te resulta vivir como un ser humano sin nuestros productos: tienes que pagar para comer, para dormir, para no morirte de frío y para tener un espacio y existir.



Vale, vale, pero ¿hay alguna otra opción?

La alternativa al capitalismo sería una sociedad consensuada en la cual pudiéramos decidir individualmente (y cuando fuera necesario, colectivamente) cómo debieran ser nuestras vidas y nuestro entorno, en vez de estar obligados a acatar las tan mentadas leyes de “la oferta y la demanda”. Si nosotros queremos, no serán más que eso: leyes. Por otra parte, se hace difícil imaginar una sociedad basada en la cooperación, dado que todas las sociedades en las que hemos vivido estaban regidas por la competitividad. Pero sociedades así son posibles: siempre han existido a lo largo de la historia de nuestra especie y si queremos, volverán a existir.

Para escapar de los grilletes de la competitividad, necesitamos desarrollar una economía basada no tanto en el comercio como en la dádiva; una economía del regalo y no del intercambio. En un sistema así, cada persona podría hacer lo que quisiera con su vida, y ofrecer a los demás lo que considerara mejor, sin miedo a morir de hambre. Los medios para hacer las cosas serían compartidos en vez de ser acaparados por los individuos más mezquinos, de modo que toda persona tuviera a su disposición todas las herramientas de la sociedad. Aquellos a quienes les agradara pintar, pintarían, a los que les interesara armar motores y máquinas, así lo harían, y a quienes

les entusiasmaran las bicicletas, podrían fabricar y reparar las de los demás. El llamado “trabajo sucio” quedaría repartido más equitativamente, y todo el mundo se beneficiaría de poder aprender a hacer varias cosas en vez de estar limitado, cual clavija en cadena de montaje, a hacer siempre la misma. “El trabajo” en sí mismo sería muchísimo más agradable, sin ceñidos horarios ni jefes exigentes apretando las tuercas. Y aunque pudiera verse disminuido el índice de producción, a cambio tendríamos un amplio arco de intereses creativos en los que refocilarnos, con lo que nuestras vidas serían más completas, más edificantes... Pues, al fin y al cabo, ¿para qué necesitamos todos esos artilugios, lujos y comodidades que tanto nos esclavizan?

Puede que suene un tanto utópico, y puede que lo sea, pero eso no significa que no podamos aprovechar nuestras vidas mucho más de lo que lo hacemos ahora. Y no hace falta recurrir a cada rato a los bosquimanos del Kalahari para buscar ejemplos de cómo puede ser la vida al margen del capitalismo: hoy en día, todavía nuestra misma sociedad nos ofrece miles de oportunidades para que comprobemos cuánto mejor se vive cuando nada tiene precio.

Cuando un grupo de amigas se reúne para coser y compartir consejos, experiencias, amistades, cuando la gente se va de acampada y se reparten las responsabilidades, cuando la gente coopera para cocinar o para tocar la guitarra o para hacer lo que sea por puro gusto y no por dinero, he ahí que la “economía del don” está presente. Una de las más partes más hermosas de estar enamorada o de tener una buena amistad es que, de una vez por todas, se le valora a uno por lo que es, no por lo que “vale”. Y qué sentimiento más precioso. el de disfrutar de las cosas de la vida que no tienen precio, sin tener que estar pendiente todo el rato de lo que te ha costado esto o aquello. Incluso en nuestra sociedad, el verdadero placer casi siempre proviene de más allá de los confines de las relaciones capitalistas. ¿Y por qué no deberíamos exigir aquello que tan bien nos funciona en nuestra vida privada? Si tanto gusto nos dan ciertas relaciones cuando ocurren libremente, lejos de la coerción de la propiedad privada y la competitividad, ¿por qué no deberíamos intentar librar de la coerción nuestras “relacio-

nes con el trabajo”?

Pero, ¿quién recogería la basura si todos hiciéramos lo que quisiéramos? Y bien, cuando unos amigos comparten piso, ¿acaso no se saca la basura? Puede que nadie la saca con tanta diligencia o regularidad como el portero en la oficina, pero quien la saca, lo hace voluntariamente, y no siempre la saca el mismo. Sugerir que no podemos cubrir nuestras necesidades sin que haya una autoridad que nos obligue es subestimar en gran manera e insultar a nuestra especie. La idea de que todos estaríamos tumbados en el sofá sin hacer nada si no tuviéramos jefes a los que obedecer para sobrevivir deriva del hecho de que, como para sobrevivir tenemos que trabajar obedeciendo al jefe, todos preferiríamos tumbarnos en el sofá sin hacer nada. Pero si pudiéramos disponer de nuestro tiempo y de nuestra energía, podríamos descubrir nuevas maneras de usar ese tiempo y esa energía tanto para fines prácticos como para otros no tan útiles: no hay más que ver a la gente a la que le entusiasma la jardinería, algo completamente prescindible para la supervivencia. Sin duda, en una sociedad en la que en vez de estar luchando entre nosotros todo el día, todos compartiéramos las decisiones y el poder, nadie se iba a abandonar y a morir de hambre. De hecho, que tantísima gente muera de hambre hoy día indica que el capitalismo es un sistema tan burdo como cualquier otro.

“Ya había aprendido cómo funcionaban las cosas. Era una guerra de todos contra todos, y el que más pudiera, se lo llevaba todo. No se invitaba a nadie a cenar, más bien había que esperar a que lo invitaran a uno. Se iba de aquí para allá, con el corazón envilecido, sospechando de todo el mundo; uno acababa por comprender que a su alrededor no había más que poderes hostiles intentando robarte el dinero, de la manera que fuese, con todo tipo de trampas y anzuelos. Los tenderos empapelaban sus comercios con todo tipo de mentiras, las vallas, los postes de la luz y del teléfono, todos embadurnados de puras mentiras. La enorme empresa que te contratava te mentía a ti, y a todo el país: no existía nada que no fuera un enorme, absoluta mentira.”

—Upton Sinclair, “La Jungla”

**¡Tú vas a
llegar lejos, nena!**



Nadie puede (ni debería) parecerse a la de la foto. No vale le pena, ni siquiera es saludable. Sin embargo, millones de mujeres de todo el mundo, se pintan, se matan e incluso se operan para ajustarse a ciertos patrones sociales de belleza. ¿Y quién marca esos patrones? Nosotros, los de la industria de la imagen y de la moda, con nuestras portadas en las revistas, nuestras dietas “milagrosas”, y nuestras famosas diseñadas y retocadas sintéticamente. ¿Y cómo sacamos tajada de todo esto? Pues para empezar: la inseguridad vende. Cuanto más inalcanzable sea el canon establecido, peor se sentirá consigo misma aquella que no se ajuste a esos cánones y más creerá que necesita de nuestros productos. Segundo: es importante que una piense en sí misma, como en un cuerpo, primer y principalmente. Todas las imágenes de la mujer como cuerpo, desde el arte clásico hasta los anuncios de perfume contemporáneos conspiran para que así sea. Si una piensa, se imagina y se valora a sí misma como cuerpo, acabará por creer que lo que necesita para ser feliz son accesorios corporales... y no una vida apasionada, o un proyecto creativo, o un mundo hermoso y tranquilo, etc.

En nombre de esos absurdos patrones “de belleza”, miles de mujeres mueren al año por anorexia, miles enferman de bulimia y malnutrición, otras pagan miles de euros en cirugía plástica o en infames implantes de pecho, otras ‘morenas’ gastan sin cesar en productos que blanquean la piel y que supuestamente les hacen parecerse a las bellezas ‘blancas’ de la tele, y en fin, millones de niñas y mujeres de todo el mundo se sienten inseguras y miserables con sus cuerpos y con sus vidas. También modelamos los gustos y los deseos de los hombres, por lo que ellos también acaban buscando una imagen glamorosa de la mujer que, en realidad, no existe. Lo que sí que existe, por otra parte, es la belleza real de sus compañeras y de sus mujeres en los hogares y en las calles, una belleza que esos hombres jamás sabrán ni podrán apreciar.

¿Por qué tenemos tantísimo poder? Es fácil: en este “mercado libre” competitivo, nuestra crueldad en nombre de los beneficios queda recompensada con mayores ventas, siempre por encima de aquellos competidores más humanos. Nuestro modelo, nuestras maneras triunfan en la economía capitalista, vendemos más, molamos más, y dominamos y conquistamos siempre en este sistema en el cual el dinero tiene mucho más valor que la felicidad humana.



Bienvenido a nuestro Anuncio. Para nosotros, los de los Grandes Negocios, siempre es alentador tener su mirada perpetuamente cautivada por imágenes de hermosas mujeres lamiendo objetos de forma fálica: así da gusto captar su atención, el trabajo es mucho más fácil. De hecho, una vez captamos su atención, quiere decir que ya estamos a puntito de venderle algo que ni necesita ni tiene dinero para comprar. En fin, utilice la tarjeta de crédito, y así le podremos tener sometido a un trabajo odioso, sólo para poder pagarnos. Y como está bien atrapado por ese trabajo ocho horas al día, cinco días a la semana, eternamente cansado, con fuerzas tan sólo para enchufar la tele y olvidarse de los dolores del mundo, nunca podrá hacer nada para cuestionar el hermoso equilibrio de este sistema que tanto trabajo nos cuesta mantener: ahí estamos, 24 horas al día, siete días a la semana.

Evidentemente, una vez se coloca usted frente del televisor, allí que salen otra vez esas hermosas mujeres chupando. Y lo mejor de todo, la belleza del asunto es que no sólo es eficiente, ¡es que casi es imprescindible! ¡Usted nos ayuda, y nosotros le seguimos dando vueltas a la noria!

A menudo se nos dice que la cuestión de la avaricia es inherente a “la naturaleza humana” y que por esa razón el mundo es como es. La existencia misma de otras sociedades y de otros modos de vida contradice ese postulado. Una vez se entiende que las modernas sociedades capitalistas no son más que una de las miles de maneras en las que el ser humano ha vivido e interactuado, se comprueba fácilmente que todos esos razonamientos sobre el “ser humano” no son más que tonterías. El entorno en el que crecemos es el que determina nuestra formación, y hoy día el ser humano tiene la capacidad para construir ese entorno. Si se tiene la suficiente ambición, se puede diseñar un mundo que nos reconstruya de la manera que deseen nuestros corazones. Y no se puede negar, es cierto: a todos nos azoran, consecuentemente, sentimientos de agresividad y de rapiña en este mundo materialista y violento. En entornos más amables, contruidos según valores diferentes, podríamos todos aprender a actuar de maneras más dadas a compartir el placer. De hecho, a todos nos gustaría ser más considerados y más generosos pero se hace difícil andar haciendo regalitos en un mundo en el cual para sobrevivir es necesario vender partes de uno mismo. Pese a todo, es increíble que aún sigámonos haciéndonos algún que otro regalo.

La gente que habla alegremente de “la naturaleza humana” lo hace, por lo general, para constatar que dicha naturaleza consiste meramente en un ansia de control y de poder. ¿Qué podemos decir, entonces, sobre el deseo de compartir o de las ganas de actuar por el mero placer de hacer algo? Sólo aquellos que reniegan de hacer lo que quieren se contentan en darle un sentido a lo que ya tienen. Casi todo el mundo entiende que es mucho más gratificante darle una alegría a una persona que robarle algo. El actuar libremente y el dar libremente son cosas que recompensan por sí solas. Aquellos que piensan que “cada uno según su capacidad; a cada uno, según sus necesidades” es un lema que beneficia injustamente a los que reciben no acaban de comprender en qué consiste la felicidad humana.

LA TELEVISIÓN APESTA!!



¿Se ha convertido usted tal vez en un cínico? ¿Duda de todo? ¿No se fía del gobierno, ni de la Coca-Cola, ni de los telediaris? A nosotros nos encanta parodiarnos, insultarnos, e incluso detallar nuestras perversas intenciones y nuestros planes maquiavélicos... con tal de que usted siga mirando. Disponemos de infinitud de programas, de anuncios, e incluso cómics para aquellos que ya no confían en nosotros. Cualquier cosa con tal de que usted mire, de que usted siga comprando.

Nosotros celebramos su cinismo, lo alentamos, le ponemos precio. Puede que usted haya perdido ya toda fe, pero mientras se sienta cautivado por la ironía y el auto-odio, estése seguro de que no podrá concebir otras alternativas. En vez de mantenerse firme en su idealismo para atacar el status quo, se alinearé usted en las filas de los nihilistas Dilbert, incapaz ya de creer en nada, pero aun poniendo de su parte en este sistema de dolor y desesperación.

“Usted es audiencia cautiva”

¡Basta de abstracciones! Hablemos de la vida real

¡testimonio real de un miembro real de la clase obrera proletaria!

¿Qué se siente cuando uno nunca es tratado como una persona adulta? ¿Cómo se siente cuando uno jamás puede librarse de reglas y estipulaciones diseñadas “por nuestro propio bien”, teniendo que obedecer y arrastrarse ante profesores, jefes y policías, sólo porque ellos sirven a nuestros amos, esos que tienen más dinero y más poder sobre nuestras vidas que lo que uno jamás podríamos llegar a imaginar? Cuando se tiene que rogar y confabular y mentir para conseguir librar una tarde, una sola, para hacer lo que a uno le plazca. Para responder al sonido de las alarmas, para estar a merced de máquinas, de relojes, de gente medio inútil y sin personalidad, vestido uniformado como si fuéramos todos bolsas de papas. Y ser requerido tan sólo para repetir una y otra vez las mismas frases, todo el día igual, programados como si fuéramos máquinas.

¿De verdad piensas que el hecho de que Coca-Cola se venda hasta en el último rincón del planeta es una casualidad? ¿Por qué se les confía tanto poder como para que puedan hacer de la tierra en la que vivimos lo que les venga en gana?

Cada vez que entro en la Red y veo mi correo lleno

de correos-basura, cada vez que una teleoperadora me interrumpe alguna cena íntima, me doy cuenta de que vivo en una sociedad en que las ventas importan más que la privacidad. Cada vez que alguien enciende la tele y un alud de anuncios nos asalta, reparo en cuán poca verdad, y qué poco les importa a los anunciantes la reflexión si pueden vender algo al precio que sea. Cada vez que paso con la bici por delante de las vallas publicitarias anunciando el poder y el sex-appeal de varios productos triviales, me enfurezco imaginándome las muchísimas mejores maneras que se le podría dar al espacio público. Si aunque sólo fuera tuviéramos —aparte del graffiti— una sola oportunidad para decidir lo que hay, lo que pasa en la calle.

Y cuando me llegan las facturas a fin de mes, se me recuerda qué es lo que de verdad cuenta en esta época dorada. Tengo que pagar el alquiler del piso a principio del mes, antes de pasar siquiera una sola noche en él; sin embargo, sólo me pagan tres semanas después de haber empezado a trabajar, pues la gente a la que alquilo y a los que les sirvo en el trabajo así lo han decidido, a su favor. Desde que empiezo a trabajar para ellos hasta el momento en que cobro el cheque semanas más tarde, les estoy concediendo un préstamo sin intereses en forma de trabajo; y lo mismo se podría decir del propietario de mi casa, a quien le pago un mes por adelantado. Por no hablar del Gobierno, que me descuenta los impuestos de mi trabajo con un año de antelación. Yo, por el contrario, sí que tengo que apagar la calefacción porque no me puedo permitir ciertos gastos, y tengo que comer menos, o hablar menos por teléfono con mis amigos... por lo que cuando tiemblo de frío, y me ruge el estómago, y me siento solo, no puedo más que sentirme furioso, pues por mucha tecnología que haya para guarecernos y alimentarnos, tengo que pagar hasta el último céntimo para que cuatro ricachones puedan ganar un poquito más a mi costa. Trabajo cuarenta horas al día para este sistema que nos concede todas estas posibilidades: ¿no merezco al menos estar tan calentito como el jefe, dado que soy yo el que hago el trabajo sucio? ¿De verdad no merezco ir a los restaurantes que él frecuenta sólo por negarme a trepar como cualquier chupaculos?

Aun así, algunos amigos míos lo tienen aún peor: tienen tarjetas de crédito y préstamos que devolver. Esas empresas podrán ejercer su poder sobre ellos por lo que les queda de vida: quieran o no quieran, el mes que viene o dentro de diez años, estarán a su merced. Eso significa unos cientos de euros de más al mes que tienen que ganar, y a menos que estén dispuestos a declararse en bancarrota, nunca podrán liberarse de la obligación de vender sus vidas. Me pongo de los nervios cada vez que recibo otra solicitud promocional de una tarjeta de crédito, pues sé que esos hijos de la gran puta harían cualquier cosa por engatusarme, por retenerme en la infinita servidumbre de la deuda. Y me quedo de piedra cada vez que veo a algún amigo mío comprarse otro trasto, en vano intento de consolarse: estoy seguro de que, con las vidas que llevan, harían cualquier cosa por divertirse o sentirse más libres, pero es evidente que no lo conseguirán con un nuevo 4x4 o un equipo de música. Gastar el dinero así es encadenarse todavía más a un sistema que les roba la vida. Algunos se pasan el año currando, con la cabeza gacha, para ahorrar dinero e irse a pasear por el monte, a esquiar, o nadar durante dos o tres semanas, actividades que ha no mucho eran gratuitas antes de que las grandes empresas lo convirtieran todo en cemento.

La alienación, la desconfianza y el cansancio que todos sentimos en esta sociedad multiplican nuestras necesidades, y nos afanamos en comprar productos de consumo (instituidos de un poder fetichista por los anunciantes) a la espera de que estos nos salven. Pero cada vez que compras alguna cosa en este sistema, compras el sistema en su totalidad: les das el dinero a las empresas otorgándoles más poder, y para conseguir tú ese dinero, también les tienes que ofrecer tu trabajo. Con tu trabajo se quedan para seguir manteniendo “los negocios como siempre”, y tú tienes cada vez menos libertad para contraatacar.

He resuelto salir de esta mierda al precio que sea. Voy a dejar de trabajar para ellos, a dejar de comprar sus productos, a dejar de creer en todos sus mitos sobre el hogar perfecto y el coche maravilloso y el “ir tirando” como (nunca mejor dicho)

“fuerza de trabajo”. Voy a crearme una vida en la que pueda vivir, en la que pueda divertirme o me moriré intentándolo. Pero por mucho que lograra escapar, *¿cómo iba a vivir la vida que quiero si toda la gente que quiero, toda la gente a mi alrededor y el mundo en general, siguen bajo el dominio de este sistema?* Me sentiría libre pero aun así solo si todos los demás siguieran metidos en las escuelas, en las universidades, en las oficinas y en las fábricas atendiendo a las instrucciones. Si de verdad quiero escapar de todo esto, debo de pensar una manera para sacar de aquí a todo el mundo. Ando por la calle, viendo todas chimeneas escupiendo humo y me compadezco por un mundo en el que es decisión nuestra que esa chimenea siga humeando o no.

¿Dónde están pues esos deliciosos jardines que podrían haberse erigido con todo esta fuerza de trabajo? ¿Dónde los bosques por los que perderse, los ríos de los que beber, los lagos en los que bañarse? ¿Dónde fueron las águilas y los ciervos, y las estrellas borradas en el contaminado cielo nocturno? En mis ensoñaciones viajo por hermosos parajes selváticos, me encuentro con gentes de diversas costumbres que jamás oyeron hablar de la Pepsi, y que se pasan el día haciendo lo que les place. Junto a ellos, urdo planes salvajes para tratar de exprimir todos los placeres de la vida hasta la última gota... y aunamos todos nuestros deseos y fantasías hasta enrollarlos en una gran bola que haremos rodar hasta aplastar con ella las mismísimas puertas del Paraíso.

“¿Cultura? Eso es lo que quieren que compremos a toda costa. Es lo que te hace pensar que realmente necesitas todos los demás productos”

--Marilyn Monroe en su nota de suicidio

“Cuando oigo la palabra cultura, enseguida echo mano a la cartera”
--Ayn Rand, explicando cómo alcanzó prestigio entre ciertas clases sociales

De la Cultura Comercial de Mostrador a los más angostos caminos del Underground

El problema de la cultura fue ya tratado en el diario dadaísta “*Ícaro tenía razón*” hace unos ochenta años.

*“**Cultura:** a) creencias normativas, hábitos sociales y rasgos materiales de determinado grupo racial, religioso o social. b) el conjunto de actitudes, valores, metas y prácticas comunes que caracterizan a un determinado grupo.”*

“Con un poco de suerte, es obvio después de leer la definición arriba expuesta que una cultura, cualquier cultura, es inherentemente mala y problemática. ¿Quién quiere tener que formarse y obligar a los otros a formarse según las creencias y los valores definidos por un grupo racial, religioso o social determinado?”

El autor del susodicho artículo trataba de elaborar una crítica sobre la manera en que las tradiciones modelan nuestras vidas. Una “cultura”, de cualquier tipo, está formada por tradiciones y patrones de acción e interacción transmitidos de una generación a la siguiente. Es decir, la cultura en sí misma consiste en una limitaciones prescritas sobre las acciones,

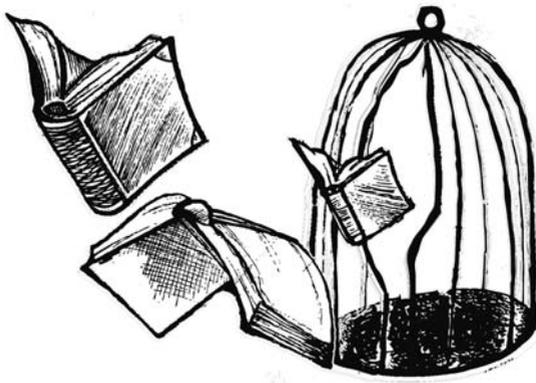
interacciones e incluso pensamientos que establecen los seres humanos. Estas limitaciones pueden ser beneficiosas –por ejemplo, las que informan de cosas prácticas, como recetas de cocina – o pueden limitar o coaccionar de manera asfixiante o peligrosa. La cultura, por tanto, como parte fundamental en muchas de nuestras sociedades, puede ser tan deliciosa como la cocina italiana o tan horrorosa como el sexismo o el racismo. De este modo, bajo estos parámetros, no es difícil atisbar cómo la “cultura” puede resultar abiertamente hostil respecto a la felicidad humana.

Igualmente, la cultura siempre es un fenómeno peligroso, no sólo, como apuntamos, cuando enseña las bondades del sexismo y del racismo; pues dado que toda cultura transmite ciertos valores y cierta manera de hacer las cosas, prescribir esas maneras como si fueran lo correcto para todo el mundo no tiene sentido cuando todos los seres humanos son diferentes y tienen distintas necesidades. Toda cultura le puede venir bien a determinada persona en un momento dado de su vida pero ninguna es buena para todos: y como es evidente que la gente cambia, no se puede garantizar que una cultura particular se vaya a adecuar bien a una persona por el resto de su vida. Tampoco pretenderemos erradicar la cultura de nuestras vidas: sería una idea ridícula.

Pues todo lo que somos es el resultado de una determinada cultura: sin cultura, ni siquiera dispondríamos de lenguaje, y no seríamos capaces tampoco de pensar el mundo, tal como lo hacemos. Además, hay miles de cosas provechosas, aparte del lenguaje y el uso de herramientas, que no podríamos emprender sin la existencia de la cultura: movimientos artísticos, literatura o buena repostería, por nombrar unos pocos. La solución, sin embargo, estriba en desconfiar de la cultura y de la tradición: nunca aceptarlas como algo establecido sino más bien elegir lo que es conveniente para cada individuo en un determinado momento y rechazar el resto. Tener en mente cómo nuestras ideas y actitudes, y nuestro comportamiento están modelados por la cultura o culturas que nos rodean. Hay que escoger lo que le conviene y dejar el resto: no hay peligro de descarrilamiento moral. Como decía Robin Hood, “*el supermercado de las ideas, como cualquier supermercado, sólo sirve para ser saqueado*”.

En el mundo de hoy, en el que los Estados Unidos, aprovechando la posición de dominación concedida por su poder económico, arrasa con toda cultura y las reemplaza con la suya propia, existen miles de grupos que se oponen a este proceso. Exigen la libertad para retener su cultura “propia” y luchan para protegerla contra toda usurpación. Luchan, por tanto, por el derecho a ser restringidos por sus propias costumbres y tradiciones; deberían luchar, sin embargo, por no tener ninguna restricción tradicional ni conductual e inventar nuevas maneras de pensar y de vivir según sus deseos y necesidades, y disponer de las ideas o costumbres que fueran cuando les pareciera adecuado y conveniente.

La cultura tiene la capacidad de jugar un papel destacado, positivo y útil en nuestras vidas, pero primeramente deberíamos escapar de su tiranía, una tiranía que nosotros mismos hemos propiciado con nuestra obediencia ciega ante sus límites.





D

**DE DOMESTICA-
CIÓN Y MUERTE**



“Como no sabemos cuánto tiempo viviremos, tendemos a pensar en la vida como un pozo inextinguible. Pero las cosas ocurren sólo un número limitado de veces, y un número no demasiado alto, a decir verdad. ¿En cuántas ocasiones te acordarás de aquella tarde de la infancia, esa que te es tan sumamente especial que es difícil concebir la vida sin su recuerdo? Tal vez cuatro o cinco veces, tal vez ni siquiera eso. ¿Cuántas veces más te será dado contemplar la luna llena? Tal vez veinte veces más; sin embargo, el número de veces parece infinito.”

Paul Bowles, “El Cielo Protector”

La ocultación de la Muerte

Y ahora un ejercicio para probar en casa. Se necesita un cronómetro o un reloj que mida los segundos. Antes de empezar, se recomienda sentarse en un buen sillón y vestir ropa cómoda.

Observe cómo pasan los segundos. Intente imaginarse el momento de su muerte, dentro de cincuenta años, de dos o tres, o dentro de unos meses. (¿Quién sabe?) Observe atentamente en el reloj cómo transcurre un minuto de su vida. Ahora imagínese contando los minutos de vida que le quedan hasta el momento de su muerte. Haga este ejercicio imaginándose el momento de su muerte dentro de, por ejemplo, treinta años; después, inténtelo imaginandoselo el año que viene. O el mes que viene, o la semana que viene. O esta noche. Al fin y al cabo, nunca se sabe.

Fíjese ahora en la hora que marca el reloj. ¿Qué estaba usted haciendo hace exactamente veinticuatro horas? ¿Y hace cuarenta y ocho? ¿Hace un mes? ¿Qué estará usted haciendo la semana que viene?

Imagínese que usted va a morir el mes que viene. Piénselo. Si fuera cierto, ¿qué estaría usted haciendo ahora mismo? ¿Qué haría usted a esta hora mañana? Repita el ejercicio, imaginando que morirá usted el año que viene. ¿Cambiaría mucho lo que fuera a hacer usted hoy o mañana si supiera el día de su muerte?

Compare lo que ha hecho en las últimas veinticuatro horas

con lo que le gustaría hacer si supiera que se iba a morir el mes que viene o el año que viene. Piense en lo que ha hecho en los últimos días, en los últimos meses, en los últimos años con lo que haría de saber seguro que le quedan treinta días de vida o doce meses de vida. ¿Cambiaría mucho su vida si supiera de antemano la fecha de su muerte? ¿Estaría dispuesto a morir, teniendo la vida que ha vivido?

Lo más probable, a pesar de todo, es que la mayoría de la gente que lea este texto y participe en este ejercicio, viva durante muchos más años. Aun así, fíjese en el reloj, y mire cómo se desgranaban los segundos que le quedan de vida. ¿Está usted viviendo la vida que quiere? ¿Vive usted una vida ante la que, en cualquier momento, podría estar orgulloso de abandonar si llegara de repente el fin? ¿Vive usted una vida deseable para un ser humano, una vida plena y emocionante, una de esas vidas que vale la pena vivir a cada segundo? Si la respuesta es no, ¿qué podría usted hacer en el tiempo que le queda —ya fuera mucho o poco— para convertir su vida en algo más parecido a su voluntad? Dado que sólo disponemos de un corto intervalo de tiempo de vida en este mundo, deberíamos disfrutarlo siendo conscientes de ello.

Si uno, al recapacitar sobre su vida, se da cuenta de que ha vivido durante años sin tomar en consideración su condición mortal, no debería sorprenderse, pues nuestro entorno sociocultural nos impide la mayor de las veces el pensar sobre los límites que la misma naturaleza emplaza en nuestras vidas. La muerte y la ancianidad son negadas y escatimadas como si fueran algo indigno y vergonzoso. Los ancianos de nuestras sociedades son llevados a ‘residencias de la tercera edad’ como si fueran leprosos. Los anuncios televisivos, las vallas publicitarias y las fotos de las revistas que saturan nuestra mirada a cada esquina sólo muestran imágenes de jóvenes saludables en la flor de la vida. Los cementerios, que antiguamente conmemoraban a los muertos y preservaban un espacio para ellos en el pensamiento de los vivos, se hallan en lugares apartados, lejos de la memoria. Cuando una persona muere, los rituales que antaño servían para celebrar su vida y para recordar a aquellos que le sobrevivían su propia condición mortal, se consideran en la actualidad una simple inconveniencia. La muerte es algo vergonzante y grosero, algo de mala educación: no hay lugar

para ella en este mundo atareado de fusiones empresariales y récords históricos de consumo.

Nuestros atosigados horarios y nuestras revistas de tendencias no permiten semejante acto ni ofrecen ningún tipo de explicación sobre la relevancia que pueda tener respecto a nuestro sistema de valores o nuestra vida.

De hecho, si pudiéramos pararnos a recapacitar sobre el tema, si meditáramos sobre los límites temporales existentes en el planeta, repararíamos en que estar al tanto de las nuevas telecomedias o disponer de un buen currículum no son cosas tan fundamentales. Nuestro silencio cultural sobre la mortalidad humana nos permite olvidarnos de lo preciosos que son todos los momentos de nuestra vida, propiciando que pasemos infinitas horas delante del televisor o revisando la cuenta corriente, en vez de pasear por la playa con nuestros seres queridos, cocinar para nuestros hijos o nuestros amigos, escribir o visitar el altiplano boliviano. La realidad de una muerte próxima no es fácil de reconciliar para nadie, pero sin duda es mejor hacerlo ahora que arrepentirse de no hacerlo cuando ya es demasiado tarde.

La negación de la muerte en nuestra sociedad, aparte de como reacción al miedo ante la propia mortalidad y la ceguera selectiva que ayuda a preservar el status quo, tiene una significación muy determinada. Es un síntoma de nuestra lucha continua para escapar de los ciclos de cambio en la naturaleza y establecer una permanencia artificial en el mundo. Nuestra mortalidad es una evidencia aterradora de que no tenemos control sobre todo: así que intentamos hacerle caso omiso ya que no podemos acabar con ella, por mucho que los investigadores médicos sigan trabajando contrarreloj. *(Hecho sobre el cual también valdría la pena pararse a pensar.)*

Desde los albores de la civilización occidental, el ser humano ha guerreado por dominar no sólo a sus semejantes, sino también las estaciones, el clima y el tiempo. Hablamos de la grandeza eterna de los dioses y de los imperios, y por tanto diseñamos nuestras ciudades y nuestras macro-empresas para que vivan eternamente. Construimos monumentos y rascacielos, y pretendemos que perduren para siempre como testimonios de nuestra victoria sobre las arenas del tiempo. Pero esta

victoria se paga a un alto precio: si nada muere, nada acaba por florecer. El mundo que creamos se convierte en algo estático, uniformado, sin capacidad de sorpresa. Deberíamos recelar de la capacidad para crear un mundo cumpliendo las peores pesadillas de semejante ‘utopía’: un mundo estancado, inconcluso, detenido, en el que todo el mundo existe eternamente, y en el que nadie vive ni siquiera un instante.

“Vivos en la tierra de los muertos. Comen alimentos muertos con dentadura postiza. Sus edificios lucen fachadas muertas, las emisoras de radio y televisión retransmiten ondas podridas. Matan el tiempo como espectadores de falsas imágenes. Sus empresas son culpables de anuncios falsos, sus ‘ofertas’ de trabajo brindan maltrato homicida, aburrimiento mortal y terrible sumisión; exigen que cumplas con sus plazos, y que plantes la tienda en sus campamentos de muerte. ¿De verdad el fin justifica los medios? Viven en ciudades muertas y hacen como si se mueven, sin ir realmente a lugar alguno, recorriendo día tras día un sendero de desesperanza. Hasta el aire está acondicionado. Piden que des la vida por sus patrias, por sus religiones, por sus economías, despojándole a uno de todo... Su sistema lo organiza la inteligencia artificial y provee sólo de realidades virtuales. Su cultura desarma y aburre, sus estilos de vida no tienen vida, su mera existencia es un permanente punto muerto. Todo lo que les concierne está muerto o es falso. Lo único insoportable es que nada lo sea. ¿Cuándo le exigiremos más a esta vida?”

**La lucha es por la vida, por la vida viva, real, verdadera.
¡Juega sucio, la vida es verdad!**

La Domesticación de los Animales...y de los Seres Humanos

A veces uno se pregunta si no se habrá dejado llevar, si no se le habrá ido la mano con eso de la crítica a nuestro moderno modo de vida, con toda esa cháchara sobre un sistema perverso y una sociedad enferma, si todo eso no será más que rebeldía juvenil y pura exageración. Desde aquí, desde la perspectiva de la raza humana, con todas las pretensiones, la hipocresía y las fantasías que conlleva, es difícil saber si lo que decimos tiene algo de sentido... o si realmente (¿quién sabe?) la cosa no está tan jodida como parece. Si uno de verdad quiere adoptar un enfoque objetivo sobre si este nuevo orden mundial es tan nocivo como cierta gente afirma, no hay más que en comprobar cómo afecta a los demás seres que viven en él: los animales.

Si se es de clase media, los animales que uno tiene más probabilidades de conocer (*aparte de los de las películas de dibujos y los de los anuncios*) son aquellos que ocupan el rango correspondiente en la jerarquía no-humana: los animales domésticos, los del zoo, los del circo, los caballitos de la feria y demás mascotas. Al igual que los burgueses parece que lo tienen fácil: todo el día sentados, comiendo, durmiendo y jugando con sus dueños... Esa vida, no obstante, no es aquella para la que han sido preparados en los últimos millones de años de evolución.

Los perros tienen cuatro patas para poder correr por campos y praderas y acechar a sus presas, no para jugar al frisbee una hora a la semana. Los loros tienen alas para volar por bosques y junglas, no para estar enjaulados, con las alas recortadas, sin nada que hacer más que cantar y aprender absurdos fragmentos de la lengua humana. Los gatos tienen uñas para luchar y cazar y afilárselas donde les plazca, y tienen testículos y ovarios para marcar territorio, seducirse, fornicar y procrear gatitos; si se les capa, se les desarma y se les encierra, y se ponen gordos, apáticos, torpones por no tener nada más que hacer que comer el alimento enlatado que ni siquiera son capaces de cazar. Los animales domésticos son los bufones y los cortesanos de los hogares modernos, y se espera que ofrezcan entretenimiento, y un sucedáneo de vida comunitaria: para este objetivo sus vidas e incluso sus cuerpos son modificados. Su función no es la de ser animales, en toda la maravillosa complejidad que eso acarrea, sino la de ser meros juguetes.

Si observamos con detenimiento a la gran clase media humana, se revela cuán similar es nuestra situación. Vivimos aislados de nuestros semejantes en pequeños cubículos, caldeados artificialmente, en pequeñas peceras con abundancia de falso follaje, es decir, en pisos. También se nos alimenta con comida industrial envasada que parece surgir de la nada, una comida muy diferente a la que probaron nuestros antepasados. No tenemos demasiadas vías de escape para nuestras urgencias más espontáneas y salvajes, esterilizados y desarmados por la necesidad de vivir en masificadas ciudades y suburbios sometidos por convenciones legal, social y culturalmente represoras. No podemos errar lejos de nuestras casetas, atados como estamos por trabajos diarios, hipotecas, vallas, propiedades privadas y fronteras nacionales. Y también como nuestros animales, tenemos que aprender a comportarnos, a vivir enjaulados y adaptarnos a esta pesadilla, y hacernos gordos, vagos, sucumbir a la apatía.

No tan afortunados como nuestros castrados prisioneros, ya sean animales o humanos, aparecen en un escalón más abajo los proletarios o esclavos no-humanos: los pollos encarcelados viviendo en su propia mierda, con los picos arrancados

para que no se saquen los ojos unos a otros, los conejos con los ojos sistemáticamente abrasados para probar el efecto de los champúes, los jóvenes terneros que pasan toda su miserable existencia en pequeñas cajas de madera. Son ellos a los que corresponde el papel de trabajadores fabriles, de limpia-platos, de secretarias, de dispensadores de palomitas (con sueldo mínimo) en los cines de los centros comerciales; por mucho que el jefe los considere de otra manera, el mercado al fin y al cabo los observa con ese mismo interés calculado. La misma despiadada voracidad económica con la que la industria cárnica considera la matanza de millones de animales como algo correcto y justo es la utilizada para rechazar las demandas de sueldos más altos y mejores condiciones de trabajo. Y al igual que las vacas y los pollos, que han sido criados con cuidado, e incluso genéticamente modificados, para que sean incapaces de sobrevivir fuera de sus jaulas, el trabajador contemporáneo no tiene ni idea de cómo podría ser la vida fuera de ese mundo laboral de plástico y cemento, ni cómo podría ser el trabajo sino bajo la permanente amenaza del látigo. ¿Adónde se dirigiría para escapar? ¿Podría huir hacia alguna parte de la tierra aún sin descubrir? Y si allí llegara, ¿no la arrasaría toda, imponiendo los valores de explotación y dominación implantados por sus jefes? Después de todo, si su huida no estuviera alentada por un rechazo total al capitalismo, no significaría nada más que otro esfuerzo en la marea de cemento que avanza por el mundo.

Finalmente, todavía quedan algunos animales salvajes sobreviviendo en entornos infestados de botellas de plástico, escapes de petróleo, y aire contaminado, por no hablar de autopistas y cazadores. Al tiempo que la urbanización avanza sin demora, estos animales aprenden a alimentarse de los desechos humanos, o mueren. Las palomas no utilizan ramitas para sus nidos, sino colillas, las ratas encuentran su hábitat en las alcantarillas, y las cucarachas proliferan como buitres de esta nueva época. Y son estos animales salvajes de las ciudades los que ocupan el mismo escalafón de la sociedad que los indigentes y los sin techo, removiendo en la basura en busca de comida y abrigo, aunque a los animales les vaya mucho mejor. Los suburbanos – las ardillas, los mapaches y los tejones que resisten en los rinco-

nes olvidados de las tierras conquistadas, alimentándose de los restos y de los excesos de los burgueses – pueden compararse con los okupas, los punks, los granjeros ecológicos, y todos los cazadores-recolectores metropolitanos de la resistencia underground. Con las restantes especies de animales todavía salvajes, como delfines, pingüinos o renos, se podría establecer una analogía con aquellas poquísimas gentes indígenas que aún no han perdido toda su cultura ni han sido encerrados en zoológicos o en parques temáticos. Para todo ellos, las perspectivas de futuro son ingratas, tal como viene soplando el racional viento de la estandarización.

Todo lo expuesto no quiere decir que nos hayamos desviado del gran plan que la “Madre Naturaleza” ha urdido para nosotros, o que la medida de nuestra felicidad o de nuestra salud debiera conformarse con “lo natural”. Siempre que el ser humano ha tratado de describir qué es “la Naturaleza”, lo ha hecho para proyectar en ella las leyes de su propia sociedad, o para proyectar en ella todo aquello de lo que carece su civilización. De hecho, la naturaleza en sí es algo que cambia constantemente, por lo que el hábitat natural de un caniche hoy en día no es más que su correa o su caseta. Por tanto, si nuestra “civilización” ha destruido el mundo natural, será porque eso también está incluido en el proceso de nuestro destino “natural” (*pues, ¿hay algo que finalmente no proceda de la misma naturaleza? ¿Estará bendecida o condenada la humanidad por poderes... sobrenaturales?*) La cuestión no es cómo volver a someternos a lo Natural, sino cómo reintegrarnos de una manera efectiva en el mundo que nos rodea. ¿No podríamos concebir un mundo en el cual humanos y animales pudiéramos vivir en armonía, sin divisiones ni distinguos entre lo natural y lo civilizado, entre lo familiar y lo extraño? ¿No podríamos escapar de estas junglas de acero hacia lo otro, hacia los exuberantes bosques verdes que persisten atávicos en nuestra imaginación y en nuestras fantasías?

“Ustedes [hombres blancos] no sólo han alterado y deformado a sus primos cuadrúpedos y alados; también ustedes mismos quedaron amorfos. Han transformado a los hombres en directores ejecutivos, en oficinistas, en asalariados. Han transformado a sus mujeres en amas de casa, en criaturas absolutamente espantosas. En cierta ocasión, me invitaron a la casa de una de ellas.

Cuidado con la ceniza, no fumes, no manches las cortinas. Cuidado con la pecera, no apoyes la cabeza en la pared, que tienes el pelo sucio y puedes mancharla.

Que no se te caiga el licor, que la mesa tiene un barniz muy delicado. Deberías haberte limpiado las botas, acabo de fregar el suelo. No hagas esto ni lo otro ni... ¡Qué locura! Viven en cárceles que ustedes mismos construyeron, y les llaman ‘hogares, fábricas, oficinas.’”



—John (Fuego) Ciervo Dócil y Richard Erdoes,
“Ciervo Dócil, Buscador de Visiones”

Diciembre 1900

El Rey de las Reinonas entra en el Paraíso Sufí

Isabelle Erbhardt, vestida como un joven árabe, transita por el desierto argelino hacia Touggourt acompañada de un séquito de hombres y mujeres ataviados con bellos vestidos típicos del desierto. El olor de pólvora en el aire y el estruendoso sonido de flautas y tambores les escolta mientras lentamente avanzan montados en caballos y en camellos para encontrarse con El Hachemi, jeque de una secta nómada sufi a la que tanto Isabelle como sus acompañantes se habían afiliado en secreto. En cuanto se acercan al jeque, van comprobando que viste, en comparación a la multitud multicolor, unas austeras ropas de seda verde sin adorno alguno, un turbante también verde, y un velo blanco, acorde a lo que se espera de un descendiente del profeta al-Jilaní. La multitud lo aclama con gritos de “¡al-Jilaní!” al tiempo que él intenta apaciguar a su corcel blanco. Las dunas aparentemente estériles empiezan a cobrar vida y aparece una pléyade de gente alrededor, con caballos y camellos, un séquito real de nómadas reunidos en el polvo del desierto desplegando abigarrados estandartes, gritando y haciendo que sus caballos patealen con impaciencia. Una vez todos agrupados, se encaminan hacia una vasta llanura salpicada de tumbas, donde caballos y jinetes (Isabelle entre ellos, audaz, decidida) salen en estampida precipitadamente aprovechando la sensación de infinitud al frente. “*Como si cabalgásemos hacia los confines de la Tierra*”, escribiría más tarde.

La fantasía duró dos días e Isabelle sigue siendo la única mujer europea en haber vivido algo así. Tenía 23 años. Nació en Suiza en 1877, hija de una aristócrata rusa exiliada y de un padre anarquista armenio convertido-en-cura. Su padre le dio una educación anarquista en una casa de campo a las afueras de Ginebra. Con 16 años sabía hablar ruso, francés, alemán e italiano y su padre le enseñó a leer el Corán en árabe. A los 19 se mudó a Ginebra y trabajó como secretaria de un grupo de terroristas rusos exiliados. Por la noche, se vestía como un joven marinero y exploraba los rincones más sombríos de la Ginebra

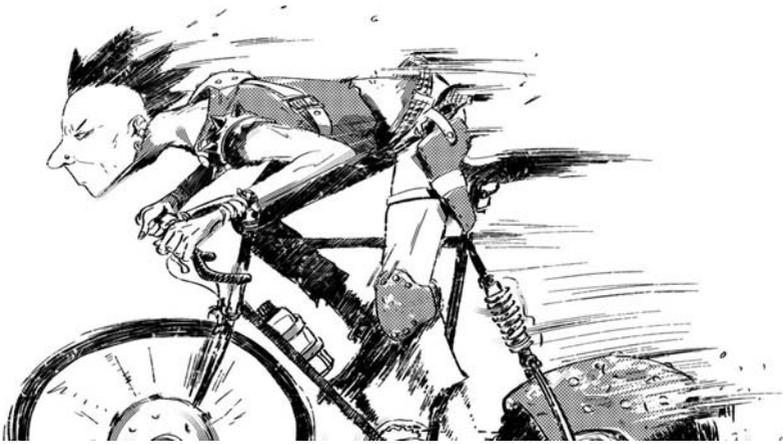
victoriana, vagabundeando de una taberna a otra.

A los veinte años, deseosa de escapar de la rígida Europa y aventurarse en los míticos paisajes africanos con los que siempre había soñado, viajó a Argelia, disfrazada como un joven erudito árabe. Una vez allí, sintiéndose por fin libre e independiente, Isabelle coleccionó todo tipo de amantes, desafiando con descaro la rigurosa moral europea de la época. Tras un corto tiempo de diversos placeres y de perfeccionamiento del dialecto local, se unió a sus compañeros de estudios en una efímera revuelta contra la policía colonial francesa en la ciudad mediterránea de Bône.



F

**DE FURIOSA
LIBERTAD**



“Ayer cogí la bici después de muchos meses. Estuve un buen rato haciendo el animal. Me metí por los baches, tumbaba en las curvas cerradas, y aceleré por callejones y por enormes plazas adoquinadas. Notaba el viento en la cara, y me sentía más como un pájaro que como una persona, como si pudiera volar. Era una sensación de ser a la vez ligero y poderoso; parecía como si me hubiese olvidado del mundo y de mí mismo, de todas esas enormes torres y de las calles masificadas, pero de alguna manera me sentía más vivo que nunca, como si hubiese estado pasando por un enorme desierto. Me sentía fuerte, amor mío, y no sólo por la bici. A veces pienso que estoy haciendo las cosas bien.”

La libertad es una sensación. Lo único que nos queda es “la elección”.

Es ridículo pensar en la cantidad de gente que ha muerto luchando por la idea (americana) de libertad: por la idea de un hombre metido en una cabina, eligiendo, lápiz en mano, a quién votar. La verdadera libertad, aquella por la que luchamos, es algo de mayor grandeza: se trata, para empezar, de crearse las alternativas entre las que elegir. Una imagen más adecuada sería la de un músico en el acto de tocar junto a sus compañeros: cooperando alegre, solidariamente, creando de un modo activo un entorno sónico y emocional, participando de ese modo en la transformación del mundo, que a su vez los transforma a ellos mismos. Hay que tomar ese modelo para cada momento de nuestras vidas: eso sería la verdadera libertad.

La libertad sólo se halla en el momento de la acción, de la creación de uno mismo (y por ende, del mundo), de la realización a través de la práctica del viejo dicho “nada es verdad, todo está permitido”. (Ejemplo: el revolucionario halla la libertad en la experiencia de transformar totalmente la sociedad, y por tanto en su propia transformación, no sólo en la supresión de las fuerzas restrictivas.) Para experimentar esto, uno ha de

ser capaz de cualquier cosa en cualquier momento, por lo que no se ha de olvidar la historia de Aquiles y la tortuga:

“La tortuga le preguntó a Aquiles: ‘¿Tú eres libre, Aquiles?’ A lo que Aquiles respondió: ‘¡Claro que lo soy! Soy Aquiles, un dios entre los hombres, y por tanto, un hombre libre. ¡Puedo hacer lo que me venga en gana!’

‘Entonces,’ preguntó la tortuga, “¿podrías matarme?’
‘Fácilmente, yo soy Aquiles, el invulnerable (luego resultó que no era para tanto), héroe de los mitos griegos, una leyenda viviente, y tú eres... una tortuga.’

‘Mátame, pues,’ le desafió la tortuga, con tono condescendiente.

‘Pero si tú eres mi mejor amiga, mi inseparable compañera, mi camarada. ¿Cómo iba yo a matarte? ¡No podría!’ protestó Aquiles.

‘Bien dicho’, susurró la tortuga, sutilmente, mientras Aquiles quedaba medio tembloroso.”

La moraleja es que en una situación en la cual todo significado ha sido ya definido, la libertad es irrelevante, pues toda acción posible está ya determinada. La libertad sólo puede hallarse en nuevos espacios, en momentos en los que nuevos elementos entren en juego y uno tenga que reinventarse desde el origen.

Si uno desea ser revolucionario hay que ponerlo en práctica constantemente: uno tiene que destruir y recrear su personalidad a cada paso, y desobedecer y liberarse de toda regla y limitación (*de ahí el cariño que tantísimos amantes de la libertad le han profesado al Marqués de Sade*).

La cuestión es que el ejercicio de la libertad total entra rápidamente en conflicto con los deseos. Aparte de la sensación de libertad ante toda imposición y del placer de tener el estómago lleno, todos desearíamos no tener que tratar con todos esos hijos de perra, ni pensar que esos animales muertos o los productos lácteos son comida, ni tener que darles nuestro

dinero, etc...

Por todo esto, en lo que tenemos que esforzarnos es en crear un mundo en el cual todo lo posible sea también lo deseable, para que conceptos como “el pecado” no sean siquiera concebibles, y no haya razón para la culpa, ni posibilidad de hipocresía ni de conflicto entre los deseos. En la utopía que nuestra revolución (en sentido mitológico) exige, todo sería posible, y bueno, pues nuestros corazones sólo reclaman libertad absoluta. No deberíamos resistirnos ante nada, a ninguna tentación, y por tanto deberíamos crear un mundo lleno de todo tipo de tentaciones, y hacerlo sin vergüenza ni pudor: un mundo, en fin, sin carne ni productos lácteos, ni sofisticados restaurantes burgueses, por ejemplo.



Hijo, la libertad no hay que pedirla, sino tomarla!



DE GENERO

“Los hombres miran a las mujeres; las mujeres observan cómo son miradas”

--Simone de Beauvoir, aquejada de trastorno bipolar



Mirar no es una cuestión de deseo. Es una cuestión de poder. Los hombres piropean a voz en grito a las mujeres por la calle no porque se sientan atraídos por éstas, ni porque piensen que así podrían acostarse con ellas –y aunque así fuera, es lo de menos – sino para evidenciar que todavía hay alguien por debajo de ellos, en un escalafón inferior, en la escala social. Cuando alguien mira de arriba abajo a una mujer, debiera recordar una cosa: que esa mirada no es la de sus ojos, sino la de esos ojos que siempre nos vigilan desde arriba.

No se es nada ante esos ojos. Hay sacarle los ojos a Eso.



Se puede ver en sus movimientos, dolorosamente deformados, encajados en el escasísimo espacio de la masculinidad permitida, rondando dentro de ese aula invisible, cómo los supuestos ganadores de la lucha de géneros sufren tanto como los demás con su victoria pírrica. Siempre temerosos de todo y de todos, sobre todo de ellos mismos, arrojan hacia fuera, sobre los demás, todo ese miedo, perpetuando el clima de violencia y de terror. Y dado que el terreno de lo sentimental y de lo afectivo ha sido arrasado, y que cada gesto parece aglutinado al lenguaje de la coerción, ¿cómo vamos a ofrecernos los unos a los otros para refugiarnos, para curarnos?

El género es otra de las falsas divisiones vitales, otros de los arbitrarios compartimentos incapaces de abarcarnos, contenernos, contentarnos ni definirnos a cada uno en contra de todos los demás a expensas de los intereses del Poder. No existe lo masculino ni lo femenino. Libérense. Sálganse del mapa, bórrense.







H

**DE HISTORIA,
HIPOCRÉSIA E
HIGIENE**



¿Te acuerdas de cómo pasaba el tiempo a los doce años? ¿No daba la sensación de que el paso del tiempo era diferente? Un verano era como toda la vida, y un día era como todo un mes de los de ahora. Todo era nuevo: cada día aparecían emociones y sentimientos nunca vividos, y cuando acababa el verano parecía que uno fuera una persona diferente. Tal vez ahora uno siente que ha perdido cierto sentimiento salvaje de libertad: como si nada nuevo pudiera ocurrir, como si la vida pudiera acabar, así, de repente, como si nada. Cuando se crece todo parece mucho más predecible. Todo aquello que era nuevo, y cambiante, ha perdido su frescura y su riesgo, su peligro, y el futuro ante nosotros parece ya determinado por el pasado.

Todos nosotros parecemos estar bajo el peso de la historia: el pasado yace a nuestras espaldas como una mano muerta, guiando y controlando nuestras vidas desde la tumba. Lo mismo sucede con los artistas: hasta las más aberrante innovaciones acaban convirtiéndose en un cliché. Cuando un artista halla por fin, ante un problema creativo, una solución digna, le será difícil liberarse de ella y concebir nuevas resoluciones. Esa es la razón por la cual la mayoría de los grandes artistas sólo pueden ofrecer unas pocas ideas revolucionarias: ellos mismos acaban atrapados por los sistemas que crean. Esta situación no afecta tan sólo al artista individual, sino a la evolución histórica del arte: es difícil imaginarse algo realmente nuevo cuando hay que posicionarse ante mil años de tradición pictórica. Y lo mismo se puede decir del aventurero, del amante o del matemático: para todos, el pasado es un adversario presente en contra de la acción, una fuerza poderosa y progresiva de inercia que debe ser superada.

Lo mismo se puede decir del revolucionario. La sabiduría popular dice que es indispensable conocer bien la historia para luchar por la libertad y la transformación social. Pero los activistas y los pensadores radicales de hoy en día no parece que vayan a cambiar el mundo gracias a sus conocimientos de luchas y filosofías pasadas; más bien al contrario, parecen en verdad atrapados por métodos y argumentos anacrónicos, in-

capaces de comprender qué es lo que hace falta en el presente para cambiar las cosas. Su supuesto lugar en la tradición contestataria les sitúa en una batalla ya perdida, defendiendo posturas inservibles y totalmente desfasadas; sus constantes referencias al pasado no sólo son insignificantes e incomprensibles para los demás sino que incluso les impiden darse cuenta de lo que realmente sucede a su alrededor.

Deberíamos echar un vistazo a qué parte de la historia provoca esta parálisis. En el caso de la historia mundial, se trata de la exclusiva y anti-subjetiva naturaleza del objeto: la Historia (con mayúscula) queda contemplada intencionadamente por el ojo científico, como si fuera “observada desde arriba”; le exige al individuo que no valore tanto sus experiencias e impresiones como la Verdad oficial del pasado. Pero no sólo la verdad oficial nos paraliza, sino la idea misma de pasado.

Si se piensa en el mundo como contenedor de todo el tiempo pasado y futuro, al igual que efectivamente lo es del espacio presente, una persona puede por lo menos pretender tener algo de control sobre la parte futura; el pasado, sin embargo, sólo podría actuar sobre esa persona y no al revés. Si esa persona piensa en el mundo (*ya sea ese “mundo” su vida o la historia humana*) como algo meramente futuro, por hablar de algún modo, se sentirá más o menos libre para trazar su propio destino y ejercer su poder sobre el mundo. Pero si su visión del mundo se centra más bien en el pasado, es fácil entender por qué se sentiría seguramente incapaz e incompetente: no sólo no podría crear ni actuar sobre el mundo en el que vive, sino que el futuro pendiente también estaría predeterminado por las consecuencias de los hechos pasados.

¿Quién querría, por tanto, ser un fleco insignificante hacia el final de unos ocho mil años de historia de la civilización humana? Concebir el mundo de esta manera sólo puede resultar en sentimientos de futilidad y predestinación. Hay que pensar el mundo de otra manera para evitar dicha tentación: hemos de situarnos nosotros mismos y nuestro presente en el centro del universo, que es el lugar que le corresponde, y quitar-

nos de encima el peso muerto del tiempo pretérito. El tiempo bien puede extenderse ante nosotros, y antes de nosotros, de manera infinita, pero esa no es la manera en la que experimentamos el mundo, ni es la manera en la que debiéramos visualizarlo, si queremos encontrarle algún sentido a todo esto. Si nos atrevemos a lanzarnos a lo impredecible y a lo desconocido, a buscar constantemente situaciones que nos obliguen a existir en el momento presente, podremos entonces liberarnos de los sentimientos de fatalidad e inercia que constriñen nuestra vida para, en esos instantes, abandonar y salirnos de la historia.

¿Qué significa salirse de la historia? Significa simplemente avanzar con el presente, y avanzar con uno mismo. El tiempo se condensa en un momento, el espacio se concentra en un punto, y la incomparable densidad de nuestras vidas es sencillamente desternillante. La ruptura resultante del deshacerse de todo lo antes acaecido no sólo constituye una quiebra con el pasado sino también un abatimiento del continuum pasado-futuro que uno mismo se ha construido, para así poder lanzarse al vacío en el que cualquier cosa puede ocurrir, y en el que uno se ve obligado a reordenarse siguiendo nuevos diseños. Es una sensación tan aterradora como liberadora, y nada falso o superfluo puede sobrevivir a algo así. Sin esas purgas, la vida aparece tan yerma y seca, y ahíta de cadáveres que se hace casi invisible; es decir, tal como es ahora.

Nada de esto debiera condonar la pena de aquellos que mienten deliberadamente para re-escribir la historia, con la intención de acercarnos todavía más a la ignorancia y a la pasividad. No obstante, la solución no es combatir sus supuestas “verdades objetivas” con más afirmaciones y pruebas sobre la Verdad Histórica: lo que necesitamos no es más pasado, más peso para sobrellevar, sino más atención al presente. No debemos permitirles que arrastren nuestras vidas y nuestros pensamientos hacia lo que fue y ha sido; debemos, al contrario, entender que está en nuestra mano revelar cuál es la verdad del presente y cuáles son sus posibilidades.

¿Y a qué podemos dirigir nuestros ruegos si no a la

Historia? Pues al Mito. No a las supersticiones oscurantistas y a las mentiras sacras de la religión y del capitalismo, sino a los mitos democráticos de los cronistas y de los fabuladores. El mito jamás se adhiere a ninguna falsa imparcialidad ni Verdad Objetiva, ni pretende ofrecer una explicación exhaustiva del cosmos. El mito es de todos, no es propiedad de nadie, y todo el mundo puede rehacerlo y reinventarlo, por lo que no puede ser utilizado para que un grupo domine a otro. Tampoco trata de capturar el momento ni de paralizar: no encarcela a las personas en la lógica de la acción y la reacción, de la causa y del efecto; al contrario, el mito nos hace a todos conscientes de la enorme cantidad de posibilidades que nuestras propias vidas pueden ofrecer. En vez de hacernos sentir tremendamente diminutos en un vasto e imparable universo, agrupa al mundo en nuestras experiencias y ambiciones representadas en otros personajes. Cuando contamos historias de héroes o heroínas, por la noche, en torno a una chimenea, ofrecemos ejemplos de cuantísimas cosas quedan por vivir.

Habrán algunos que se escandalizarán anunciando que el mundo se desbaratará si no nos preocupamos por el pasado y sólo pensamos en el presente. ¡Pues que se desbarate, joder! La historia no es que nos haya ayudado mucho, repitiéndose una vez tras otra. Liberemos de ella para siempre, antes que volver sobre los fatigados pasos circulares de nuestros antepasados.

Salgámonos de la Historia, y hagamos vida en un mundo por el que vivir, luchar y preocuparse, para convertirlo finalmente en un lugar con todos sus sentidos, con todos sus significados. ¡El presente pertenece a aquellos que son capaces de gozarlo, de vivirlo, de reconocer todo lo que es y todo lo que es posible!

Mito = Historia sin Tiempo

El Poder del Mito en Acción: un Ejemplo

Para comprobar cómo funcionan los mitos, echemos un vistazo a la sub-contra-cultura del punk rock. La historia del punk no tiene por qué ser “recordada” (es decir, escrita por expertos) pues se hace presente cada vez que una banda punk toca, y apoyándose en una tradición más antigua de lo que nadie podría recordar, recoge el eterno e inmemorial frenesí que corona al punk rock como algo importante. Los hechos, las anécdotas y los detalles del pasado son algo totalmente irrelevante y no sirven para que ninguna banda pueda triunfar simplemente reproduciéndolos; al contrario, la banda debe reconocer los elementos cruciales e inmemoriales que convirtió a la música de sus predecesores en algo importante, y darse cuenta de que hacerlo exactamente del mismo modo no lleva a nada.

Todos esos libros sobre la historia del punk son sólo un peso muerto, algo obviamente insignificante: y eso se evidencia sobre todo cuando hay una banda enfrente tocándolo, haciéndolo. Esa pasión que se puede ver en las mejores bandas de punk es una fuerza sobre todo ahistórica, algo que no puede ser explicado en términos de historia y tradición: una cuestión, al fin, de interpretar una tradición que viola la tradición, que rompe los tabúes para ensanchar el mundo. De este modo, cuando funciona, el mito del grupo punk que arrasa, lo destroza todo, y se libera a través de la música no es un restringido arquetipo platónico, ni una “identidad” exclusiva, sino un modelo que llama a la acción.

Cómo Acabar con la Lógica de los Acontecimientos

(Viajes en el Tiempo y otras banalidades)

El mundo, la vida real, la cruda urgencia del momento, nos espera por debajo de la historia, con sus misterios propagados a través de las generaciones insertos en una corriente de experiencias tan intensas que parecen trascender el mismo concepto de tiempo. Estas experiencias pueden ser suprimidas, desalentadas o negadas por la omnipresencia del tic tac de los relojes, pero mientras tengamos corazón, alma o lucha hallaremos el camino para reincidir en esas experiencias. La historia queda amenazada por su propio karma; el momento de la revolución, de la verdadera poesía, devuelve todas sus temblorosas deudas al juego para que la vida empiece de verdad ya libre para siempre. Lo que necesitamos son momentos tan intensos, tan sublimes, tan irresistibles que todo el sistema de control regulado del tiempo se derrita ante semejante radiación pasional. Los aventureros debemos buscar esos momentos por todo el ancho del mundo de la misma manera que los cazadores acechan a sus más valiosas presas.

Queremos vivir, estar aquí y ahora. Y ése es un deseo que va más allá del pasado, del presente y del futuro, en su propia atemporalidad, un instante pendiendo del infinito como una nota musical, como las historias y las cicatrices que permanecen ya desprovistas de la reflexión y del análisis. Hoy siento y existo para siempre. Contra todos los relojes. Amén.

Si no ahora, entonces ¿cuándo?

*El hombre debe vivir cada día, o no vivirá nunca.
La alegría y la libertad deben ser parte de su vida cotidiana.
Cualquier solución o revolución que proponamos, debe estar orientada hacia el presente más que hacia el futuro si pretende ser verdaderamente revolucionaria.*

El cristianismo pide a sus seguidores que demoren su satisfacción hasta la llegada del próximo mundo, cuando serán supuestamente recompensados por su buena conducta; de este modo, se sobreentiende que una buena conducta no es lo suficientemente satisfactoria en sí misma de no ser porque será recompensada. Este tipo de planteamiento refleja una patente incomprensión de la naturaleza de la felicidad humana; pues la felicidad se encuentra en la actividad, en acciones que puedan ser emotivas y gratificantes por sí mismas, no en esperar absurdamente premios por acciones insatisfactorias. De este modo, no constituye sorpresa alguna el hecho de que muchos cristianos devotos estén amargados, resentidos y sientan envidia por la alegría y el gozo físico de otros; dado que ellos creen que sólo se puede encontrar la verdadera felicidad en “la celestial recompensa” por un comportamiento que para ellos no es en absoluto agradable, no pueden sino sentir celos por lo que otros hacen libremente y ellos sólo pueden soñar en sus más “pecaminosas” fantasías.

El marxismo tradicional lleva un poco más lejos ese error cristiano pidiéndoles a sus adláteres que trabajen en pos de una revolución que probablemente nunca llegarán a ver ni a vivir: es decir, en la fe marxista, la recompensa se demora más allá de la experiencia humana. No debiera suponer una sorpresa que hoy en día, aparte de cierto anacrónico romanticismo sobre “la nobleza” del sacrificio, la oferta marxista no procure

demasiados incentivos a la gente para luchar en pos de “la revolución”. Muy al contrario, el actual mercado de consumo capitalista al menos promete una gratificación inmediata en forma de bienes materiales (además de los mitos e imágenes asociados a ellos) en recompensa por el trabajo generalmente insatisfactorio que reclama.

Nuestra revolución debería ser inmediata en cuanto a la vida diaria; cualquier otra cosa no sería una revolución, sino otra súplica a la gente para que hiciera lo que no quiere hacer en vistas a que esta vez, de algún modo, la compensación fuera lo suficientemente buena. Aquellos que aceptan, aunque sea inconscientemente, que es imposible acceder a los propios deseos –y por lo tanto inútil luchar por ellos – a menudo acaban luchando por una causa o por un ideal. Pero sí que es posible luchar por nosotros mismos (o por lo menos vale la pena intentarlo); así que es fundamental buscar el cambio no en nombre de una doctrina o de un gran ideal, sino por nuestro propio bien, para vivir mejor, dándole un sentido a nuestras vidas.

De la misma manera, lo primero y principal que tenemos que hacer es alterar los contenidos de nuestras vidas de un modo revolucionario, en vez de dirigir nuestras luchas hacia transformaciones sociales del orden mundial que jamás llegaremos a presenciar. Es así cómo evitaremos el sentimiento de inutilidad y alienación resultantes de la creencia en la necesidad de “sacrificarse por la causa” para sí vivir experimentando y gozando de los frutos de nuestras acciones... en la misma alegría de hacerlas.

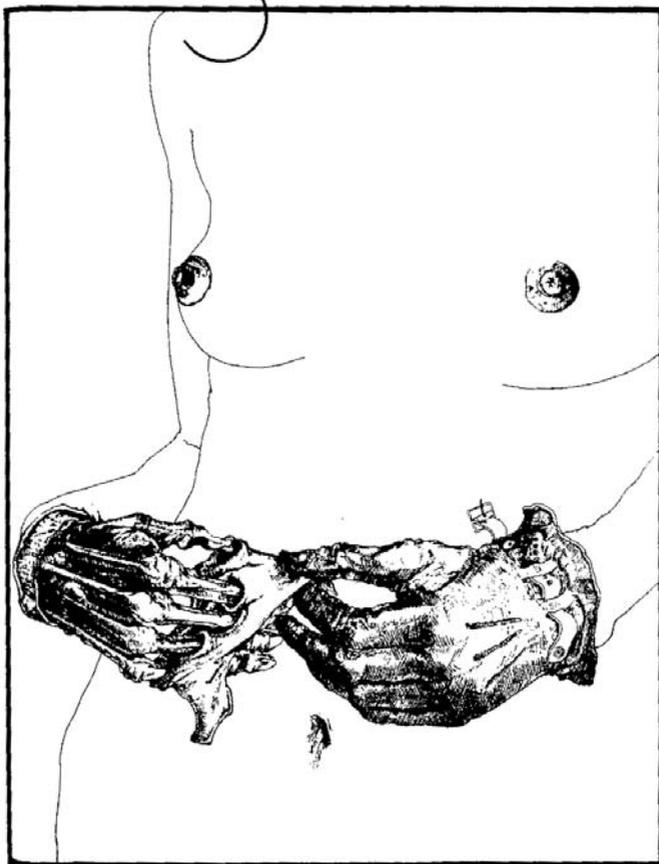
verano de 1918

EFÍMERO ESTADO ANARQUISTA EN FIUME

Gabriel D'Annunzio, poeta decadentista, artista, músico, esteta, donjuán, osado pionero de la aeronáutica, especialista en magia negra, genio e inmoral, emergió como héroe de la Primera Guerra Mundial al mando de un pequeño ejército: los "Arditi". Sediento aún de aventuras, decidió capturar la ciudad yugoslava de Fiume y entregársela a Italia. Tras una ceremonia nigromántica con su amante en un cementerio en Venecia, partió a la conquista de Fiume y logró apoderarse de ella aparentemente sin demasiado esfuerzo. El Estado italiano, sin embargo, rechazó la generosa oferta; el Primer Ministro lo llamó "loco".

Enfurecido, D'Annunzio decidió declarar la independencia y ver lo que le duraba el invento. Junto a un amigo anarquista redactó la constitución, que declaraba que la música debía ser el principio básico del Estado. Los de la Marina (compuesta por desertores y marineros sindicalistas milaneses) se bautizaron como "Uscochi", nombre de unos extintos piratas que vivían en lejanas islas y que atacaban a las naves venecianas y otomanas. Estos modernos "Uscochi" dieron algunos golpes magistrales; varios navíos mercantes italianos cargados de dinero que hacían entrever, de repente, un posible futuro a la nueva República: ¡plata para los cofres! Artistas, bohemios, aventureros, anarquistas (D'Annunzio mantenía correspondencia con Malatesta), fugitivos, refugiados apátridas, homosexuales, dandis militares (el uniforme era negro con la calavera y las tibias piratas, más tarde apropiado por las S.S.), y excéntricos reformistas de toda ralea (budistas, teosóficos, védicos) empezaron a aparecer en masa por Fiume como por arte de magia. La fiesta no tenía fin. Cada mañana D'Annunzio leía poemas y manifiestos desde su balcón; cada noche había conciertos, y después fuegos artificiales. En eso consistía toda la acción del gobierno. Dieciocho meses más tarde, cuando se agotaron el vino y las divisas y la marina italiana apareció finalmente y dejó un par de recaditos en forma de mortero sobre el Palacio Municipal, todos se dispersaron pues nadie tenía energía como para resistir.

higiene



“La característica más visible y persistente del ‘Che’ es su mugre. Nunca se lava, odia lavarse. Es muy sucio, incluso comparado con el pobre nivel de higiene en las otras fuerzas de Castro en Sierra Morena. De vez en cuando, el ‘Che’ lleva a sus hombres a algún arroyo o algún estanque para que se den un baño. El ‘Che’, sin embargo, nunca se mete en el agua ni lava su ropa; simplemente se queda en la orilla viendo los demás. Es un auténtico puerco, luce una suciedad espectacular.”

Curiosa descripción de Ernesto ‘Che’ Guevara en un dossier de la CIA de 1958

Lavado y lavado de mentes

Incluso en los círculos más underground, me sorprende de la frecuencia con la que oigo a gente quejarse sobre aquellos supuestamente malolientes llamados “hippies” o “crusties”. “Han venido esos crusties y lo han apeestado todo”, suelen decir. ¿Qué gran trasgresión comete esta gente para ser tan vituperados? Sólo su posicionamiento, diferente al resto, respecto a la cuestión de ‘la limpieza’.

¿De dónde provienen, al fin y al cabo, nuestras ideas y valores sobre el tema de la higiene? A través de la civilización occidental bien se puede rastrear una larga historia de asociar la limpieza con lo bueno y con lo meritorio, expresado perfectamente en el viejo dicho “hacia la divinidad a través de la limpieza”. En las obras de teatro de la Antigua Grecia, los malvados y los espíritus —las furias, por ejemplo— quedaban retratados por su suciedad. Las furias eran sucias, ancianas, femeninas, justo al contrario de cómo el dramaturgo que las retrataba se veía a sí mismo; la suciedad, la inmundicia, entre otras cualidades, las identificaba como grupo marginado, extraño, animal, inhumano. Con el paso del tiempo, la higiene se convirtió en la medida con la que los pudientes se diferenciaban de los que no tenían nada. Aquellos que tenían la riqueza y el poder necesi-

rio para mantenerse ociosos, inactivos, sin salir a la intemperie, se mofaban de los campesinos y de los vagabundos, cuyo estilo de vida implicaba sudar la gota gorda y ensuciarse las manos. A lo largo de la historia, podemos ver que la limpieza ha sido utilizada como baremo de bondad por aquellos con el suficiente poder para dotarse de cierto status social: de este modo, los “divinos”, los autoproclamados santos, los que quedan encima del resto en la sociedad jerárquica, proclamaban que su limpieza, comprada con el trabajo de sus asalariados: era una justa medida de su santidad, su virtud y su superioridad. A día de hoy, aún se mantiene esta creencia “tradicional”: ser “limpio” es algo siempre deseable según las normas sociales.

Parece evidente que cualquier persona crítica, cualquier radical o punk rocker, debiera dudar o sospechar sobre la excelencia que soporta el concepto de “limpieza” a través de la historia de las ideas. Porque, al fin y al cabo, ¿a qué exactamente nos referimos hoy en día cuando hablamos de “limpieza”?

En primer lugar, la limpieza, la higiene está definida más que nada por las grandes empresas que venden “productos sanitarios”. Es importante no olvidarlo. Sin duda alguna, la mayoría de estos productos actúan contra la suciedad natural y la mugre: pero ¿constituyen los químicos sintetizados la única forma aceptable de acabar con la suciedad natural? Estos productos manufacturados y artificiales debieran asustarnos, por lo menos, tanto como el polvo, el barro, el sudor o (*Dios no lo quiera*) una mancha de comida o de sangre en la ropa.

La idea de que es aconsejable utilizar químicos (ya sea desodorante, detergente o champú) para erradicar la suciedad orgánica también conlleva implicaciones temibles. Primero de todo, respalda la vieja superstición cristiana de que el cuerpo biológico es algo perverso y que hay que cubrirlo o esconderlo; es decir, que nuestros cuerpos y nuestra existencia como animales en el mundo físico son intrínsecamente pecaminosas y repugnantes. Semejante afirmación ha servido para avergonzarnos y menoscabar en nuestra seguridad, quedando a merced de párrocos y demás autoridades en cuanto a las maneras

de alcanzar “la pureza”: antes, sometiéndonos a su anulación sagrada como personas, y ahora, gastando mucho dinero en los variopintos productos sanitarios que quieren despacharnos. Además, del mismo modo que el capitalismo transforma el mundo de lo orgánico (bosques, pantanos, desiertos, ríos) en inorgánico (ciudades de acero y cemento, suburbios de asfalto y hierba artificial, vertederos, sumideros y páramos) la idea de que los químicos sintetizados son más válidos que la suciedad natural implica que dicha transformación puede que no sea tan mala cosa, sutilmente justificando de tal modo la rentabilidad en la destrucción del planeta.

En realidad, a estas mega-empresas no les preocupa tanto nuestra higiene o nuestra salud como nuestro dinero. Se escudan en la alta consideración que le damos a la higiene para en su nombre vendernos todo tipo de productos que sabe quién qué efectos tendrán en nuestra salud a largo plazo. Y no es que a ellos les importe demasiado. Si por la razón que fuera, cayéramos enfermos debido a la acción de las sustancias que contienen sus champúes o de sus cremitas, siempre podrían ofrecernos otros productos –en este caso, medicinas – para seguir girando la noria de la economía capitalista. Y la vergüenza que nos hacen sentir sobre nuestros cuerpos (como ubérrimos productores de sudores y demás fluidos naturales considerados “sucios”) la magnifican y acrecientan para facturarnos más productos también dependientes de nuestra inseguridad: dietas, gimnasios, ropas de moda, etc. Aceptar sus ideas higiénicas significa, al fin, aceptar la dominación económica de nuestras vidas.

La mayoría de la gente, por mucho que cuestione la naturaleza de los actuales productos higiénicos, afirmará sin lugar a dudas que la higiene es mejor que la porquería. Y es cierto hasta cierto punto: si uno pisa un buen zurullo, es mejor que se limpie los zapatos. Pero aparte de casos obvios como éste, existen miles de baremos diferentes en el mundo sobre lo que significa higiene y suciedad; si se observan sociedades y civilizaciones diferentes, no es difícil hallar medidas higiénicas que parecerían suicidas según nuestras ideas. Y sin embargo, esa gente sobrevive tan buenamente como nosotros. Mucha gente en África vivía cómoda y saludablemente en perfecta armonía

con su entorno natural hasta que llegaron los muy cultos y refinados exploradores occidentales que lo destruyeron. El ser humano se puede adaptar a variados entornos y situaciones, y la cuestión de la higiene trata más de la convención que de rigurosas reglas biológicas. Cuando uno se atreve a violar algunas de las reglas del “sentido común” de la higiene occidental enseguida descubre que comer de los depósitos de desechos recicle o directamente de la basura o pasarse un buen par de semanas sin ducharse no es tan peligroso ni tan aterrador como parece.

Tal vez lo más importante en cuanto al desmedido valor que otorgamos a la higiene “tradicional” reside en lo que perdemos. Antiguamente, antes de que disimuláramos nuestros olores naturales con productos químicos, cada uno de nosotros tenía un olor único. Estos olores nos atraían unos a otros y nos unían emocionalmente a través de la memoria y de la asociación. Actualmente si se asocia positivamente el olor de la persona a la que se ama, probablemente se trata de su colonia (idéntica a la de muchas otras personas) y no de su olor natural. Y las feromonas que servían para comunicarnos, y que resultaban fundamentales en el juego de la sexualidad han quedado amortiguadas por uniformes productos químicos. Ya no sabemos cómo podemos llegar a ser seres humanos naturales, puros, y oler de esa manera. Jamás sabremos a cuánto asciende esta pérdida. Probablemente aquellos a los que les da asco el olor de la persona amada cuando lleva días sin ducharse, son los mismos a los que les aterrera comerse una lechuga recién recogida de la tierra y prefieren la comida preparada, congelada y empaquetada. Tan acostumbrados estamos a esta existencia robotizada y domesticada que no somos capaces de entender todo lo que hemos perdido.

“Someterse al sistema es someterse a una mentira”
Jean Piaget

La hipocresía es la forma más sincera de...

Actualmente es imposible evitar la hipocresía en cualquier lucha contra el status quo

Las estructuras políticas y económicas están construidas de tal modo que es imposible no verse implicado en su funcionamiento. La opinión que a cualquier persona le depare el sistema económico en sí o las oportunidades laborales que se le ofrezcan poco importan, pues no tiene más narices que trabajar si no quiere morir de hambre o de una enfermedad cuyo tratamiento no pueda costear. Aunque no crea en las propiedades materiales, no tiene otra que comprar la ropa y la comida de la que precisa, y comprarse o alquilar una casa (si no quiere ir contra la ley, vaya) pues toda la tierra tiene su dueño y la comida y demás recursos también son siempre “propiedad” de alguien. Por mucho que haya una mujer que quiera distribuir revistas o panfletos críticos con el sistema capitalista de producción y consumo, no puede sino producir y distribuir dicho material pagando por su producción y vendiéndoselo a posibles consumidores —o al menos vendiendo espacio para publicidad, que sólo anima a seguir consumiendo— si quiere financiar su producción. Si dicha mujer decidiera dejar de financiar la tortura brutal y la fatal masacre de miles de animales en nombre

del capitalismo, puede evitar comer carne o productos lácteos, pasar de cremas y demás productos testados con animales, y no llevar abrigos de piel ni bolsos de cuero; aun así, hay productos animales en las películas de su cámara fotográfica y en las películas que ve, en los discos de vinilo que escucha y en muchísimos otros productos de los que no podría prescindir en esta sociedad moderna. Igualmente, las empresas a las que les compra las verduras probablemente tendrían conexiones con aquellas que venden carnes y lácteos, así que su dinero acabaría en las mismas manos; y además, las verduras que comiera probablemente habrían sido recolectadas por trabajadores inmigrantes sin papeles o fuerzas de trabajo igualmente oprimidas. Para el hombre medio, para quien no se sienta preparado a cambiar radicalmente de vida o a arriesgarla valientemente, o exponerse a una completa marginación, mantener las manos limpias del sutil Apocalipsis actual resultaría una inalcanzable utopía.

Ya puede uno rechazar y desconectarse de todas estas instituciones, y sobrevivir por medio del robo y la trasgresión, que aun así estaría formando parte del status quo. “El Sistema” es una vasta entidad orgánica que incluye en sus redes incluso a aquellos que huyen de él y a los terroristas que mueren combatiéndolo. Combatirlo significa siempre combatirlo desde dentro, pues nos crea y nos modela aunque sea para dirigirnos en su contra. Afirmar que se vive fuera de él incluso un solo instante, viviendo como vivimos en un mundo casi enteramente erigido de constructos humanos (ya sean físicos, sociales o filosóficos) es peor que la locura: es puro fanatismo desequilibrado de cepa decididamente cristiana. Los modernos valores occidentales los llevamos inscritos en la mente de tal manera que es imposible evitar la influencia de las actitudes y las hipótesis contra las que luchamos. Tras toda una vida de adiestramiento en la tarea de ponerle un precio a las horas de nuestra vida, es difícil dejar de pensar en la recompensa material por la actividad que se realice, por muy a gusto que se haga. Tras toda una vida de adiestramiento para respetar las jerarquías de autoridad, es muy difícil interactuar repentinamente con los demás seres humanos como si fueran nuestros semejantes, por no hablar de entablar relaciones sexuales sin convertirlas

en ejercicios de dominación o sumisión. Tras toda una vida de adiestramiento para asociar la felicidad a la postura pasiva ante el espectáculo, es complicado divertirse más construyendo muebles que mirando la tele. Evidentemente existen miles de maneras mucho más sutiles que éstas en las cuales dichos valores y presunciones se manifiestan en nuestras acciones y en nuestros pensamientos.

Todo lo expuesto, sin embargo, no quiere decir que toda resistencia sea fútil: de hecho, si nuestras posibilidades actualmente son tan escasas que es imposible actuar sin replicar ante (o reproducir) las condiciones de las que tratamos de huir, la resistencia es todavía más decisiva. De este modo, no se trata de que “la inocencia” sea un mito, un concepto contra-revolucionario que debemos desechar junto al resto de los paradigmas post-cristianos. La tradicional exigencia cristiana demanda que los seres humanos sean inocentes, que se mantengan limpios ante cualquier “pecado”. No obstante, para los cristianos es tan difícil no caer en el pecado (una dificultad parecida a la de no caer en el pensamiento contra-revolucionario) que dicha exigencia provoca sentimientos de culpa, de fracaso y finalmente de desesperanza cuando uno se da cuenta de que es imposible mantenerse “puro” e “inocente”. Es más, al prohibir “el pecado”, la doctrina cristiana lo que consigue es convertirlo en algo intrigante y tentador para el creyente; pues la mente puede atarse en cierto modo, pero el corazón humano no reconoce ninguna autoridad y siempre andará en busca de aquello prohibido.

No debemos, por tanto, caer en los mismos errores que los cristianos. La exigencia que prescribe que los radicales debieran liberarse de toda hipocresía y de toda implicación con el sistema, conlleva los mismos efectos que la preceptiva cristiana respecto al pecado: produce frustración y desconsuelo en aquellos que realmente quieren un cambio, a la vez que crea una aureola de tentación demoníaca en torno a la hipocresía. Más que intentar no ensuciarnos las manos, deberíamos intentar convertir los inevitables elementos negativos que existen en nuestra vida en algo que valiera la pena, ofreciendo la suficiente actividad positiva como para que desequilibrar la balanza a nuestro favor. Esta actitud ante el conflicto nos podría salvar de

caer en el inmovilismo creado por el miedo a la hipocresía o la vergüenza respecto a “la culpa”.

Además, la exigencia de evitar la hipocresía niega en el fondo la complejidad del alma humana. El corazón, sus vaivenes, no son tan simples; todo ser humano alberga una variedad de deseos que le empujan en diferentes direcciones. Intentar gratificar sólo un tipo de deseo e ignorar los otros sólo puede producir insatisfacción... y seguir avivando la curiosidad. Es el típico pensamiento ideológico dogmático que nos ha afligido durante siglos: la insistencia de que el individuo debe permanecer leal a una serie de reglas (y sólo a éstas) en vez de actuar de manera apropiada dependiendo de sus necesidades en cada situación.

Puede incluso que sea cierto que el yo verdadero, en su totalidad, sólo pueda expresarse de manera hipócrita. Sin duda todos necesitamos formularnos una serie de reglas generales respecto a las decisiones que tomamos, pero faltar a esas reglas probablemente también previene ante el estancamiento y nos ofrece la oportunidad de considerar si dichas reglas requieren una reevaluación. Una persona que no tiene miedo a caer en la hipocresía de vez en cuando no estará tan expuesta a “venderse de manera completa” un buen día, pues será capaz de probar “la fruta prohibida” sin verse obligada a tomar una decisión para siempre. Será inmune por tanto a la vergüenza y al consiguiente desamparo que aflige a aquellos que buscan la perfecta “inocencia”.

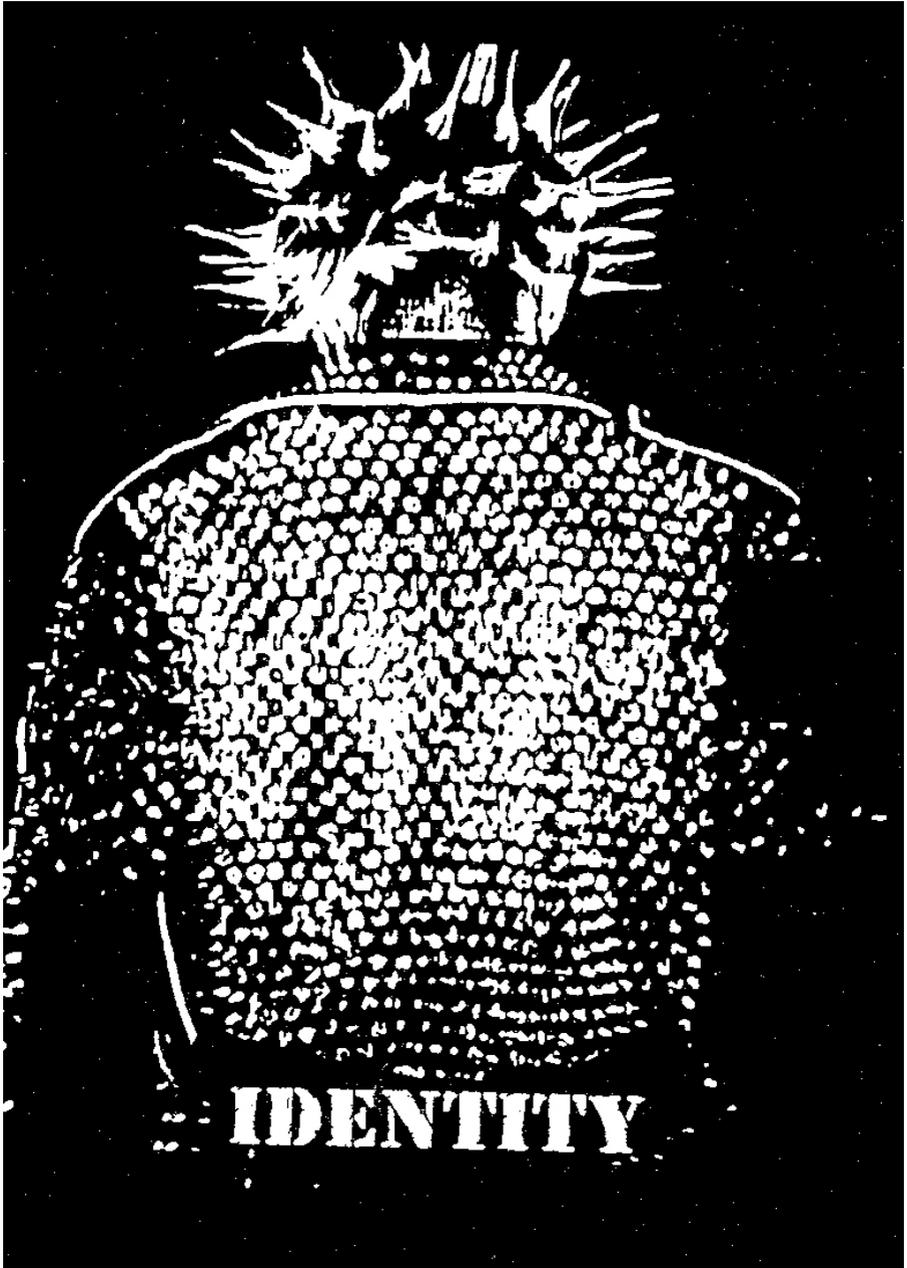
Así que hay que estar orgulloso de lo que se es: no hay que intentar mostrar las inconsistencias anímicas de una manera falsa, retorcida o postiza, pues de ese modo uno jamás se desembarazará de ellas. Más que permanecer inflexibles a un conjunto de normas, debiéramos atrevernos a rechazar la idea de que debemos ser fieles a una doctrina particular en nuestro esfuerzo por crearnos una vida mejor. ¡Desechemos por tanto la inocencia, no pretendamos ser puros ni tener siempre razón! Afirmémonos como hipócritas orgullosos de serlo, afirmando por tanto que nada nos detendrá, ni siquiera la hipocresía, en nuestra lucha por tomar las riendas de nuestra vida. En una época en la que es imposible evitar formar parte del sistema contra el que luchamos, sólo la hipocresía más desvergonzada

es verdaderamente subversiva, pues sólo ella expresa la verdad de nuestros corazones, y sólo ella puede mostrar lo difícil que es no caer en las contradicciones que la vida moderna para la que hemos sido instruidos nos depara. Sólo por eso, ya tenemos una buena razón por la que luchar.





**DE IDENTIDAD,
IDEOLOGÍA E
IMAGEN**



“Nosotros” contra “ellos”

El mito eterno y la paradoja (adaptado del diario personal de Stella Nera)

1. La identidad y la economía de subsistencia del yo

Cuando conocimos a Alec, Jackson comentó: “No me gusta la gente que nada más la conoces, empieza a hablar mal de otras personas. Más que saber de quién está en contra, preferiría que me contara qué es lo que esa persona hace, o de qué está a favor”.

Y sí, Jackson, creo que Alec lo que intentaba contarte, de una manera un tanto retorcida, es lo que realmente hace: “estar en contra” de cierta gente. Tal vez no ha descubierto cómo hacer algo más que adoptar una actitud a la contra. Y no es el único. Las relaciones humanas de competitividad perpetúan y dependen de un sentimiento de pobreza vital en el individuo, una economía de subsistencia del alma: pues la persona se ve incapaz de hacer lo que desea en una situación dada, y además debe sentir ese desamparo y esa pobreza vital para entrar en la lucha de poder sin querer perder (siempre). Para contrarrestar este sentimiento de pobreza, el individuo intenta buscar —más que posesiones materiales, que son sólo medios para este fin— una identidad, un premio de consolación ante tal falta de libertad

(si esto “no puedo”, al menos “yo soy...”) La identidad, como concepto, funciona en términos de contraste: uno es “rellena-aquí” en oposición a aquellos que no son “tal cosa”, por lo que en esta sociedad moderna de almas perdidas y desesperadas no hay nada tan precioso como los oponentes, los contrarios, gente a la que despreciar, para que uno pueda reafirmarse en su propia valía siguiendo el fiel patrón de la ideología X, por ejemplo. El joven “activista”, aun probablemente inconsciente de ello, juega una baza importante en el mantenimiento de la alienación de los demás, y a nadie le debiera extrañar su comportamiento amenazante, de superioridad, etc, para mantener la distancia entre él y la “gente normal”.

Para ser efectivo en la acción radical, uno debe dejar de pensar en ser “un radical” o “un activista” y sin más ponerse manos a la obra para ejercitar o provocar actos radicales. ¡Basta ya de mezquinas luchas intestinas y bocanegrismo, por el amor del Dios de barro! En un sistema en el que el conflicto queda sistematizado como relación social, en el que la sociedad es un tejido de luchas dispuestas como estructura social, vivir en paz es casi el acto más vanguardista. Hasta que no seamos capaces de abandonar nuestras “identidades”, nuestras reuniones, nuestras amistades y nuestros pactos no serán más que estallidos de imágenes chocando, con seres humanos detrás incapaces de verse ni conocerse.

2. Esta guerra son muchas guerras

Así pues, tal como están las cosas, no debemos gastar nuestra energía intentando derrocar al Estado, abolir la tiranía de las multinacionales, etc, ya que por mucho que lo lográramos, y dado que la mayoría de la gente no podría colaborar (inconscientes de su propio potencial) sólo podríamos erigirnos como nueva vanguardia o como nueva clase dominante. En semejantes condiciones, la lucha contra el Estado es otro sucedáneo de la lucha de poder y no una llamada a la libre acción. Necesitamos, por tanto, luchar juntos, simultáneamente, por la

libertad y la cooperación y para dicho proyecto necesitamos ante todo liberarnos de nuestra Identidad en el sentido tradicional del término. Lo que necesitamos sobre todo es una oportunidad para hablar y alzar la voz, que sirva de referente a otros para que también lo hagan (venciendo así la economía de subsistencia antes mencionada, en la cual el mero acto de hablar monopoliza la expresión y niega el derecho de los demás) además de maneras de actuar que puedan activar al resto: serán estas armas que nadie podrá someter.

Lo que necesitamos, más que ninguna otra cosa, es confianza para hablar con los demás y escucharnos, hallar conjuros que disuelvan los viejos, encallados conflictos y que gente como Alec y sus facciones rivales puedan encontrar maneras de coexistir y apoyarse mutuamente. La revolución no debiera tratar, de ningún modo, de que todo el mundo observara la misma ideología o el mismo tipo de relaciones, sino que todo individuo o grupo estableciera con los demás relaciones igualmente beneficiosas. Yo misma debiera pensar en un modo en el que Alec y yo pudiéramos trascender nuestros predecibles vínculos en vez de analizarlo de una manera que me haga sentir mucho más inteligente, madura y superior.



“El ideólogo es alguien víctima del fraude de su propio intelecto: alguien que cree que una idea, es decir, el símbolo de una realidad percibida momentáneamente, puede blandirse como realidad absoluta.”
—Sócrates, refutando la interpretación de Platón de sus propias ideas

“No soy marxista.”
—Karl “Groucho” Marx

“El mundo nos elude porque se convierte cada vez en sí mismo.”
— Lewis Carroll

Nota del editor: el mejor texto que encontramos sobre este tema es una carta que Nadia le envió a un amigo como respuesta de un artículo que éste había escrito con su ayuda. El amigo en cuestión le había cambiado el título al artículo y en vez de “La lucha política es una lucha contra lo político” lo tituló en cambio “Contra la superficialidad de la política”. Reproducimos la carta, no si antes advertir que “uno siempre acaba encerrado en sus propias creencias”.

Queridísimo E:

Me temo que no has entendido nada de lo que he dicho. En tu afán por adquirir una identidad como (eso que dicen) “activista político” (o peor, teórico) has acabado por pensar que todo “debe” ser político (o eso dicen). Y cuánto más se intenta abarcar con una palabra más impreciso se hace su significado, y más inservible. Cuando todo se convierte en algo político, “lo político” deja de tener sentido y hay que empezar otra vez de nuevo.

Así que si no arreglamos nada con que todo sea político... (Evidentemente, hay maneras “políticas” de enfocar un asunto, y entre esos enfoques también está el de nuestra propia moral: justo el que yo intentaba refutar.) Eso era justamente a lo me refería: cuando uno empieza a pensar de manera “política” (y en términos de análisis y crítica) al final se acaba pensando en una manera en la que todo tiene cabida y sentido dentro de esos parámetros y de ese análisis. El ser, el vivir “políticamente” se convierte en un cáncer que contagia las últimas células

del pensar hasta tal punto que no hay cosa en el mundo que no deba sus razones a la lucha de clases, a la heteronorma o a lo que sea.

No hay análisis ni ideología (pues de eso estamos hablando, del vivir político) que pueda capturar la vida en toda su inmensidad. Una ideología, igual que una imagen, es algo que se tiene que comprar, que adquirir; es decir, hay que dar una parte del yo a cambio de ello. Y en esa parte de uno mismo que se pierde caben todos los aspectos del mundo, toda experiencia deliciosamente compleja, todo detalle irreductible que no encaje en el perfecto marco que tan orgullosos nos construimos.

Es evidente que a todo se le puede dar una visión política: al sexo oral, a la NBA, al crepúsculo, a las baladas rock y a la comida china; e incluso se pueden observar estos hechos bajo un prisma político que no sea estrictamente superficial. La cuestión es que hay muchos momentos que escapan cualquier tipo de comprensión, cualquier tipo de expresión, por no hablar de análisis. La vida, los sentimientos, son demasiado complicados para ser apresados por un lenguaje, o por una combinación de éstos. Al igual que le pasaba al memo de Platón, la víctima de la ideología acaba por dudar de la realidad de todo lo que no se pueda representar con el lenguaje (ya sea político o de otro corte) porque olvida que sus símbolos son sólo una convención de generalizaciones que representan los innúmeros momentos únicos que forman el universo.

Y también me puedo adelantar a las críticas: es cierto, mi respuesta a lo político es en sí misma una evaluación política, una parte de mi ideología. Lo es, sin duda. Y te escribo con semejante vehemencia porque es un tema que me afecta personalmente. A veces yo misma me doy cuenta de que todo lo intento convertir en una crítica política, poseída por (lo que mi propia ideología describe como) una compulsión capitalista por transformar todos mis sentimientos y mis experiencias en objetos; es decir, en teorías para uso personal. Mis propios valores han acabado resolviéndose en torno a estas teorías, que yo saco a relucir como prueba de mi lucidez y de mi importancia, del mismo modo que el burgués muestra su valía a través de su coche. Mi vida ya no discurre en torno a mis experiencias sino en torno a “la lucha”, cuando lo que quería era centrar

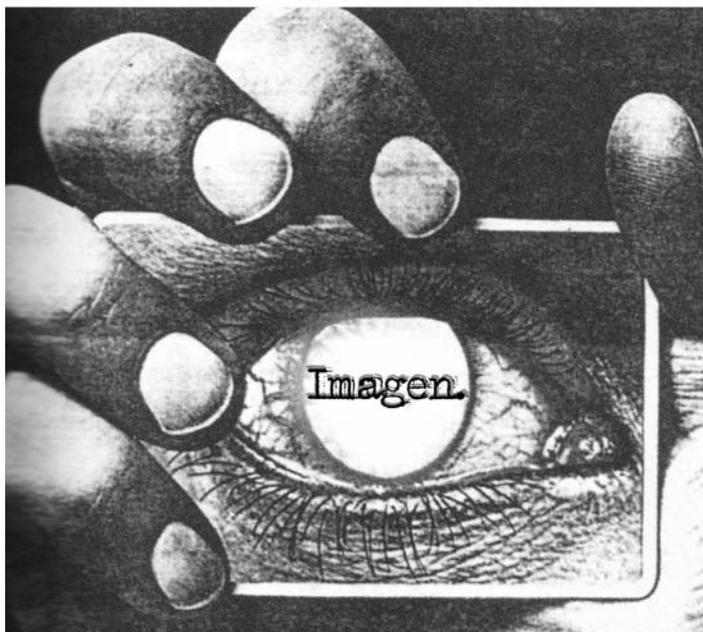
esa lucha según mi vida y mis experiencias. Me gustaría decir que esta carta es la última pataleta contra las omnipresentes exigencias de lo político... pero ya es tarde, y la última vez que reflexioné sobre algo sin tener en cuenta las infinitas ramificaciones de lo político hace ya demasiado tiempo. Por eso te lo advierto E, ten cuidado cuando afirmas que todo es y debe ser político.

En mi opinión esta necesidad patológica de sistematizarlo todo proviene, incidentalmente, de la vida urbana. Todo a nuestro alrededor ha sido creado por el ser humano y todo con significados muy específicos. Así que cuando uno mira a su alrededor, en vez de ver los objetos reales, no puede más que percibir una jungla de símbolos. Durante un tiempo que viví en la montaña, todo fue muy diferente. Salía a pasear y no tenía que esperar a los semáforos, veía flores y árboles, seres que tienen una existencia más allá de toda presunción humana respecto a su significado o a su valor. Viendo el firmamento estrellado y el sosegado horizonte, el mundo parecía tan inmenso y profundo que sólo se le podía hacer frente en silencio, y temblando. Eran momentos difíciles de rebatir con motivos políticos. Todo lo expuesto no quiere decir que haya que huir de conceptualizar ciertos hechos o sucesos, porque a menudo sirve de gran ayuda pero sin olvidar que se trata sólo de un medio, de un gran medio, para un fin mucho mayor. Eso es todo.

Para acabar te dejo una pobre traducción de un fragmento de la carta de despedida que la novia de Mao Tse Tung le dejó poco después del supuesto triunfo de la supuesta Revolución Comunista en China:

“Es tristemente predecible que la única manera en la que se te ocurra celebrar la liberación experimentada al dejar atrás el viejo sistema sea la de desplegar un ‘sistema de liberación’ como si tal cosa pudiera existir. Es lo que se puede esperar, me temo, de aquellos que no han conocido otra cosa que sistemas y sistematizaciones”

Con mucho cariño,
Nadia



Seducidos por la imagen de la realidad

Cuando era pequeño me gustaba mucho hojear las revistas y me acuerdo que a menudo pensaba que debía haber un mundo mágico más allá en el que todos y todo parecía —y era— perfecto. Había fotos de habitaciones de oscura atmósfera, cargadas de tensión sexual, en las que las jóvenes modelos yacían ociosas vestidas con ropa de diseño. Ése debe ser el mundo de las emociones y la fantasía, pensaba yo, el mundo en que cada habitación está impolutamente decorada y en el que las ropas de las mujeres son a la vez atrevidas y elegantes. Decidí emprender, por tanto, una vida llena de aventuras a la búsqueda de esas mujeres tan elegantes en habitaciones no menos coquetas. Y aunque poco a poco fui descubriendo que las emociones fuertes y los tórridos romances rara vez tienen la

forma en la que nos los presentan —y más bien al contrario, la aventura por lo general se encuentra donde no hay tiempo ni energía para salvaguardar las apariencias— aún a veces me quedo pensando que todo sería perfecto si viviera en esa casita tan cuca de madera con las alfombrillas a juego que aparece insistentemente en las revistas.

A pesar de las diferentes tendencias en cuanto a lo que buscamos, todos tendemos a ansiar, más que nuestros deseos en sí, la imagen de nuestros deseos: símbolos de lo que deseamos. Nos compramos una chupa de cuero cuando vamos en busca de la rebelión y el riesgo. No ponemos el coche a toda pastilla sólo por gusto por la velocidad, sino por recuperar parte de nuestra juventud perdida. Si pensamos que otro mundo es posible, nos compramos un par de libros de teoría política y militamos en la ONG de turno. De alguna manera, consideramos que con los accesorios adecuados nos será más fácil tener vidas perfectas. Y mientras construimos nuestras vidas, lo hacemos según los dictados de una imagen, un diseño, una etiqueta preparada para nosotros: hippie u hombre de negocios o ama de casa o punk-rocker.

¿Por qué estamos tan obsesionados con las imágenes hoy en día, en vez de concentrarnos más en la realidad, en nuestras emociones y en nuestras vidas? Una de las razones por las que la imagen ha obtenido semejante significación es porque en nuestra sociedad las imágenes, al contrario que las actividades, son fáciles de vender. La publicidad y la mercadotecnia, diseñadas para invertir a ciertos productos de un valor simbólico que atraiga a los consumidores, han transformado nuestra cultura. Las grandes empresas lo han espolvoreado todo de propaganda diseñada para hacernos creer en los poderes mágicos de los productos anunciados y eso ha calado a través de las generaciones: el desodorante ofrece fama, popularidad; los refrescos, juventud y energía; los vaqueros, una apariencia sexy. En nuestros trabajos, entregamos nuestro tiempo, nuestra energía, y nuestra creatividad a cambio de la capacidad para poder disponer de dichos productos, y los compramos, y los seguimos comprando pues es evidente que ninguna cantidad suficiente de tabaco le brinda a uno la prometida sofisticación. En vez de satisfacer nuestros deseos, dichos productos sólo los multiplican: para

conseguirlos, damos la vida a cambio. Seguimos de cabeza en la rueda, sin conocer más camino, esperando que algún nuevo producto (un libro de autoayuda, un disco de punk-rock, o esa casa soñada de madera con las alfombrillas a juego) sea lo que lo arregle todo para siempre.

Nos persuaden fácilmente para que ansiemos esas imágenes porque, al fin y al cabo, es mucho más sencillo cambiar la decoración del escenario que cambiar la propia vida. ¡Qué fácil sería, qué sencillo sería si la vida perfecta pudiera conseguirse reuniendo todos los accesorios pertinentes! No sería necesaria la participación. La imagen, al fin, viene a representar todo lo que uno necesita; y uno acaba gastando todo su tiempo y toda su energía tratando de atender a los detalles (el bohemio buscando la boina perfecta para ir al recital de poesía; el pijo yendo con los amigos más molones a las fiestas más sonadas bebiendo las cervezas más guapas con la camisa de vestir más informal posible) en vez de atender a los verdaderos deseos; pues es más fácil identificarse uno mismo con una imagen prefabricada que identificar lo que uno de verdad quiere en la vida. Pues si a uno le gusta la aventura marginal, puede que con los porros no baste; y si lo que se quiere es un romance de volcánica pasión, salir al cine y a cenar con la chica más popular del instituto, puede que no sea suficiente.

Fascinados como estamos por las imágenes, nuestros valores revolotean en torno a un mundo que jamás podremos experimentar. No hay puerta de entrada al mundo de las revistas, ni para ser el punk arquetípico ni el ejecutivo perfecto. Estamos “atrapados” aquí, en el mundo real, y para siempre. Sin embargo, seguimos buscando la vida en las páginas de las revistas, en la moda, en todo tipo de espectáculos, en todo lo que podamos coleccionar o contemplar (en vez de hacerlo).

Visión desde la barrera

Lo que más llama la atención del fenómeno del espectáculo es la manera en que inmoviliza y desarma al espectador: al igual que la imagen, centra la atención, los valores, y finalmente la vida entorno a algo existente fuera de ellos mismos. Los mantiene ocupados de un modo pasivo, y les mantiene implicados sin otorgarles el control. Se pueden pensar en muchos ejemplos: desde programas de televisión a películas de acción, pasando por las revistas del corazón, el deporte de masas, la democracia “representativa” y la Iglesia Católica, entre muchos otros.

El espectáculo también aísla a aquellos de quienes demanda atenciones. Muchos de nosotros conocemos mejor a los personajes ficticios de nuestras series favoritas que a nuestros vecinos, entre otras cosas porque cuando hablamos con ellos, hablamos de la televisión, de las noticias o del tiempo; de ese modo, las experiencias y la información que compartimos como espectadores de los mass-media sirven para separarnos a unos de otros. Pasa lo mismo con los partidos de fútbol: la gente que ve el espectáculo desde las gradas no se conoce ni se interesan los unos por los otros, sólo tienen ojos para el partido; en el improbable caso de que se hablen sólo será para hablar del espectáculo que se disputa ante ellos.

Y aunque los espectadores no pueden participar ni ejercer influencia alguna en el partido que observan, le otorgan una importancia desmedida a su desenlace e incluso sus necesidades y deseos se ven afectados por ello de una manera del todo inusual. En vez de dirigir su atención a cosas que tengan una influencia decisiva en sus deseos, reconstruyen sus deseos para que se resuelvan en torno a las cosas a las que dirigen su atención. Hasta su propia manera de hablar revela cómo se identifican con las acciones del equipo al que apoyan: “hemos metido un golazo” o “vamos veinte arriba”, afirman desde la

grada o desde el sofá.

Esto contrasta de manera visible con la manera en que la gente habla sobre lo que ocurre en sus barrios o en su ciudad. “Están haciendo una nueva avenida”, dicen cuando construyen algo cerca de casa. O “¿qué va a ser lo próximo que descubran?”, se pregunta el pueblo ante los nuevos avances tecnológicos. Nuestra manera de hablar revela claramente cómo percibimos que somos espectadores en nuestra propia sociedad. Pero no son “Ellos”, los “Demás”, esos “Otros” misteriosos, los que han creado un mundo tal como es hoy, sino nosotros mismos, la humanidad. Ninguna cuadrilla de científicos, ningún equipo de urbanistas ni de burócratas podría haber organizado e inventado todo lo necesario para la actual transformación del planeta; se ha necesitado, y se necesita que todo el mundo colabore, para hacer esto. Somos nosotros los que lo hacemos, día tras día. Y pese a todo parece que tenemos más control sobre lo que le pasa a nuestro equipo de fútbol que sobre nuestras vidas, nuestros trabajos o nuestras vidas.

Tal vez podríamos ser más felices si realmente intentáramos participar de una vez por todas. En vez de aceptar el rol de espectadores pasivos respecto a los espectáculos deportivos, a la sociedad o a la vida, debiéramos intentar tomar parte activa en la creación del mundo que nos rodea, y en la de nuestro mundo interior. Tal vez algún día podamos construir una nueva sociedad en la que todo el mundo estuviera implicado en las decisiones que afectan a nuestras vidas; sólo entonces, de hecho, tendremos la capacidad de elegir nuestro destino.

¿Qué sentido tiene hacerlo si nadie está mirando?

Todos queremos ser famosos, que nos miren, que nos vean, congelados, preservados en los medios, porque hemos acabado por confiar más en lo que se ve que en lo que se vive. De alguna manera le hemos dado la vuelta a todo y las imágenes nos parecen mucho más reales que las experiencias que vivimos. Para saber que realmente existimos, que le importamos a alguien, tenemos que ver imágenes nuestras, fantasmagóricas, conservadas en las fotografías, en la televisión, en las pantallas.



Y cuando nos vamos de vacaciones, ¿qué vemos? Cientos de turistas con cámaras incrustadas en sus rostros, como si trataran de absorber el mundo real para convertirlo en un mundo de imágenes bidimensionales, pasando su “tiempo libre” mirando por el agujerito del lente de la cámara. Convertir todo lo que uno puede sentir con los cinco sentidos en información registrada para ser observada, sin su entorno, en la distancia, nos da la sensación de tener control sobre nuestras vidas: siempre se puede rebobinar y volver a verlas, infinidad de veces, hasta que todo adquiera ese toque ridículo. Pero, ¿qué tipo de vida es ésta?

¿Qué sentido tiene mirar si nadie lo está haciendo?

años 50

ROCK 'N' ROLL

Actualmente nadie parece acordarse de los buenos tiempos, cuando la aparición de una nueva canción como “Rock Around the Clock”, de Bill Haley and the Comets, podía llegar a provocar disturbios. Los jóvenes que la oyeron por primera vez en la banda sonora de “Semilla de Maldad” arrancaban los asientos de la sala de cine, lanzaban sus refrescos contra la pantalla y salían en estampida hacia la calle para reventar escaparates y cruzar coches en medio de la vía pública antes incluso de que la canción llegara al segundo estribillo. Durante meses, los suburbios hirvieron de jóvenes sin rumbo, con ganas de electrificar sentimientos y emociones que no habían sido tomados en cuenta por anteriores generaciones y con una clara conciencia de que había que hacer algo —nadie sabía bien qué— o que, por el contrario, todo iba a estallar. Como señala Jerry Rubin en su famoso manual de terrorismo ‘Do It!’, muchas jóvenes que jamás habían experimentado un orgasmo llegaban a él a través de los vinilos, antes de que aparecieran ya como cliché en conciertos como los de aquel perrito faldero (de las grandes empresas) llamado Elvis Presley. Por algún tiempo parecía que las empresas habían creado un producto que podía plantar cara al mismísimo poder que lo había engendrado.

Pero los seguidores del rock ‘n’ roll nunca llegaron a desarrollar un análisis de lo que aquella música les daba a probar y, en consecuencia, nunca fueron capaces, como grupo, de avanzar un poco más allá de aquella salvaje, primigenia libertad que esa música ofrecía. Cuando las primeras bandas de rock ‘n’ roll demostraron que las reglas no escritas de la música imperante no eran más que papel mojado, muchos jóvenes pensaron que lo mismo pasaba con todas las demás normas y leyes, y que cualquier cosa entonces era posible; pero como no actuaron de manera inmediata aprovechándose de aquellos sentimientos de júbilo y de liberación para abolir toda separación que posibilitara la interacción de jerarquía y capitalismo en Occidente, acabaron por ser absorbidos por el sistema existente como alienados productores y consumidores de nuevas series de productos insípidos e incorpóreos: es decir, toda la parafernalia en

torno a la “juventud rebelde”. Dado que no llegaron a desafiar las distinciones entre artista y sociedad ni entre división del trabajo y recursos, fueron fácilmente desmembrados, absorbidos y conquistados: algunos de ellos, sin embargo, se convirtieron en artistas, canalizando sus urgencias revolucionarias a través de canciones cada vez menos provocativas, y con el evidente consentimiento de las compañías de discos que controlaban el acceso a los medios de producción musical. El resto, por otra parte, fueron obligados a ser consumidores, demasiado atareados en ganar dinero (no sólo para sobrevivir, sino también para comprar discos) como para participar sino como espectadores en todo este despilfarro de energía revolucionaria.

Incluso hoy en día, los músicos de rock aún tratan de regenerar el viejo ritual de la liberación a través de la trasgresión, con algunos éxitos ocasionales en los círculos más underground; parece claro, de todos modos, que a menos que todo esto pueda formar parte de una total transformación de la vida, en vez de una forma más o menos sutil de evasión, sólo servirá para ratificar el actual sistema de mezquindad vigente.





**DE LUJURIOSO
AMOR**



Únete a la Resistencia, enamórate.

Enamorarse es el ultimísimo acto revolucionario, el acto definitivo de resistencia ante este mundo tedioso, socialmente restrictivo, culturalmente constreñido y patentemente ridículo.

El amor transforma el mundo. El amante que en principio sentía aburrimiento, de repente se siente abocado a la pasión. La amante que a menudo era autocomplaciente se muestra por fin asertiva, fecunda en su excitación. El mundo que parecía hueco, vacío, cansino ahora reluce en recompensas y riesgos, en significado real, con toda su majestuosidad y su peligro. La vida para el amante es un don, un regalo, una aventura y una apuesta muy alta; cada momento es memorable, doloroso casi en su efímera belleza. Cuando un hombre se enamora, abandona los sentimientos de desorientación, alienación y confusión, y sabe por fin exactamente lo que quiere. La vida, la existencia, súbitamente, cobra sentido para él, y se convierte en algo valioso, glorioso, noble. La pasión volcánica resulta un poderoso antídoto que cura los peores casos de desesperanza y resignación.

El amor posibilita que ciertos individuos se vinculen entre sí de una manera positiva; los empuja a que se quiten la careta, se deshagan de sus caparazones y se arriesguen a ser

honestos y espontáneos, para llegar a conocerse de un modo profundo, sensible. El amor nos capacita para preocuparnos los unos de los otros de manera auténtica, más que con los argumentos de la compasión de la doctrina cristiana. Al mismo tiempo, desatasca al amante de sus rutinas ordinarias y lo separa del resto de seres humanos. El amante se sitúa a miles de kilómetros de distancia del rebaño humano, viviendo en un mundo propio totalmente ajeno al de los demás.

En este sentido, el amor es subversivo, porque representa una amenaza ante el orden establecido de la vida moderna. Los aburridos rituales de la producción cotidiana y el protocolo social pronto dejan de tener sentido a ojos del amante, pues siente que hay fuerzas más importantes que atender que la mera inercia y la deferencia ante la tradición. Las estrategias mercadoténicas dependientes de la apatía o de la inseguridad dejan de surgir efecto en él. El entretenimiento diseñado para la consumición pasiva, que también depende del cinismo o del agotamiento, dejan también de interesarle.

No hay lugar en el mundo actual para el amante apasionado y romántico, ya sea en los negocios o en la esfera de lo privado, pues esa persona puede encontrar de repente que es mucho más emocionante ir a recorrer Alaska con su amor (o sentarse en un parque a observar las nubes) que estudiar para un examen de cálculo o ir a trabajar a la inmobiliaria... y si así lo entiende, y si así de enamorado se siente, reunirá el coraje para hacerlo en vez de atormentarse para siempre por el deseo no resuelto. Ese amante sabe que entrar por la noche en el cementerio y hacer el amor bajo las estrellas es una opción mucho más interesante que todas las veladas del mundo ante la televisión. Por lo tanto, el amor representa una amenaza ante nuestras economías dirigidas al consumo, que dependen precisamente del consumo de todo tipo de productos inservibles y del trabajo que dicho consumo exige para perpetuarse eternamente.

Del mismo modo, el amor representa una amenaza ante nuestro sistema político, pues es difícil convencer a un hombre que tenga mucho que vivir y disfrutar con sus relaciones personales para que luche y muera por abstracciones tan

inaprensibles como la patria o el estado; también será difícil, del mismo modo, convencerle para que pague los impuestos. Representa asimismo una amenaza para las culturas de todo signo, pues cuando a los humanos reciben del verdadero amor la sabiduría y el valor, no habrá tradición ni costumbre que les parezca relevante ante los sentimientos que le guían.

El amor, en fin, significa una amenaza para la misma sociedad. Los burgueses ignoran y temen el amor apasionado, pues representa un gran peligro para la estabilidad y las pretensiones a las que aspiran. El amor no permite mentiras, ni falsedades, ni educadas medias verdades, sino que desnuda todas las emociones y revela todos los secretos que aquellas personas domesticadas no pueden soportar. Uno no puede mentir respecto a sus respuestas sexuales y emocionales; ciertas ideas o situaciones le excitan a uno o le repelen, le guste o no, sea o no lo correcto o lo aconsejable. Uno no puede ser un gran amante y a la vez ser miembro terriblemente responsable o respetable de la sociedad en la que vivimos, pues el amor le empuja a uno a cometer actos que no son ni “responsables” ni “respetables”. El amor verdadero es irresponsable, irreprimible, rebelde, se mofa de la cobardía y es peligroso para quien lo experimenta y para todas las personas a su alrededor, pues sirve sólo a un propósito: a la pasión que bombea aceleradamente el corazón. Desdeña todo lo demás, el deber, la vergüenza o la propia supervivencia. El amor urge a los seres humanos a comportarse heroicamente, y también anti-heroicamente: exige actos indefendibles que no necesitan explicación ante la persona amada.

El amante, de hecho, habla en una lengua moral y emocionalmente distinta a la del típico burgués. El burgués tipo no siente deseos ardientes ni desmedidos; es más, tristemente, sólo puede consumir su vida tratando de alcanzar objetivos impuestos por su familia, sus educadores, sus jefes, su nación o su cultura, sin tener jamás la oportunidad de considerar qué apetencias o deseos propios puede tener él. Sin el deseo voraz que le guíe, no tiene criterio por el cual decidir qué es lo mejor para él. De este modo, se ve obligado a adoptar algún credo o dogma que puedan encauzar su vida. Hay toda una gama

de morales entre las que elegir en el gran centro comercial de las ideas, pero sea cual sea la que compre esa persona estará perdida porque seguirá sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. ¿Cuantísimos hombres y mujeres, de los que realmente tuvieron la oportunidad de elegir su destino, deambulan sin rumbo obedeciendo a las normas y leyes que les dictaron simplemente porque no se les ocurrió una cosa mejor que hacer? El amante, no obstante, no necesita principios prefabricados que lo dirijan; sus deseos son lo que identifican lo bueno de lo malo, pues es el corazón lo que le empuja por la vida. Ve que el mundo tiene sentido, en toda su belleza, porque sus deseos así lo pintan, en toda su complejidad. No requiere de dogmas ni de sistemas morales, ni de instrucciones ni de imperativos, pues sabe muy bien qué hacer en la vida sin que nada de esto le impongan.

Todo este credo amatorio es lo que supone una grave amenaza a nuestra sociedad: ¿qué pasaría si cada persona decidiera por ella misma lo que está bien y lo que no, sin atender a las convenciones morales? ¿Qué pasaría si cada persona hiciera lo que quisiera, con el valor para enfrentarse a las posibles consecuencias de sus actos? ¿Qué pasaría si todos temiéramos más la monotonía abúlica y estéril que el riesgo que supone tener hambre, o frío, o estar en peligro? ¿Qué pasaría, al fin, si nos olvidásemos de las “responsabilidades” y del “sentido común” y nos atreviéramos a obedecer a nuestros sueños más salvajes y a nuestros más retorcidos deseos, y viviéramos consecuentemente como si todos los días fueran el último? ¡Imaginen cómo cambiaría el mundo! Sería muy distinto, ciertamente, al que es ahora, y sin duda hay pocas verdades más absolutas que la que afirma que “la gente normal”, guardianes y víctimas a su vez del status quo, a lo que más miedo le tienen es al cambio.

Así pues, a pesar de las imágenes estereotipadas utilizadas por los medios para vender pasta de dientes y cruceros de luna de miel, el auténtico amor pasional no es recomendable en nuestra cultura. De hecho, aquellos “que se dejan llevar por sus emociones” no son aceptados, por lo general; más bien, nos educan para que estemos siempre alerta, para que no descabalgue nuestro corazón. En vez de alentarnos para tener el

coraje y enfrentarnos a las consecuencias que podrían surgir de seguir el dictado de nuestros sentimientos, somos siempre aconsejados para que no nos arriesguemos y para que seamos “responsables”. El amor mismo se regula. Un hombre no debe enamorarse de otro hombre, ni las mujeres de otras mujeres, ni los que son de una raza con los de otra, o por el contrario los intolerantes de turno tomarán la ofensiva de los prejuicios en nuestra moderna cultura occidental. Los hombres y mujeres que tienen un contrato religioso o legal no deben enamorarse de ningún otro, aunque hayan perdido la pasión por sus compañeros maritales. El amor, tal como lo conocemos actualmente, no es más que un ritual ordenado y prescrito, algo que sucede en ciertos cines y restaurantes caros los viernes por la noche, algo que llena los bolsillos de los accionistas de la industria del entretenimiento, sin que ello prevenga a los trabajadores de llegar a la hora a la oficina para atender cientos de llamadas de teléfono. Este “amor” regulado y comercial poco tiene que ver con la pasión ardiente que consume al verdadero amante. Las restricciones, las expectativas y las regulaciones asfixian al verdadero amor, pues es el amor una flor salvaje que no puede crecer dentro de los límites impuestos, y que florece cuando menos se le espera.

Debemos luchar contra estas restricciones culturales que sólo tratan de deformar y vencer nuestros deseos. Pues sólo el amor le da sentido a nuestra vida, y sólo el deseo significa algo o tiene un propósito en nuestra existencia. Sin ellos, no hay manera que determine cómo vivir, excepto la de someternos a la autoridad, a Dios, a algún maestro o doctrina que nos diga qué es lo que hay que hacer y cómo, sin darnos jamás la satisfacción que otorga la determinación propia. Así que sólo nos queda un consejo que ofrecer: enamórense de un hombre, de una mujer, de la música, de la ambición, de uno mismo, de la vida... ¡y que les aproveche!

Se podría decir que es ridículo implorar a los demás para que se enamoren: uno se enamora o no se enamora, no es una elección que se pueda hacer conscientemente. Las emociones no obedecen las instrucciones de la mente racional. Pero el

entorno en el que vivimos sí que ejerce enorme influencia sobre nuestras emociones, y todos podemos tomar decisiones que afecten a ese entorno. Debiera ser posible trabajar para cambiar un entorno hostil al amor y convertirlo en un entorno propicio. Nuestra tarea debe ser la de ingeniar un mundo en el que la gente pueda enamorarse y se enamore realmente, reconstituyendo de este modo a los seres humanos para que sea posible una “revolución” (como la que tan frecuentemente se menta en este libro) que a todos nos ofrezca una vida plena y feliz.

24 de agosto de 1967

LA CONQUISTA DE LA BOLSA DE NUEVA YORK

Dos amigos íntimos de Elridge Cleaver se presentaron en la Bolsa de Nueva York, con los bolsillos llenos de billetes de un dólar. Cuando el portero intentó prohibirles la entrada acusándoles de “hippies”, ellos protestaron coléricos, “no somos hippies, ¡somos judíos!” y ya nadie se atrevió a cerrarles el paso.

Avanzaron hacia el palco que corona todo el edificio de la Bolsa, y empezaron a lanzar los billetes por entre la verja hacia los corredores de bolsa abajo situados. Los corredores cesaron en sus actividades y se lanzaron a por los billetes, a empujón limpio, peleándose, hasta que llegó la policía para desalojar a arrastrones a aquellos dos “hippies”. Como resultado de la interrupción de su jornada laboral, todo el mercado bursátil quebró en ese día, y los brokers y los accionistas perdieron miles de dólares. Toda la acción fue recogida por las cámaras y esa misma noche miles de familias de todo el país pudieron observar las imágenes que revelaban la verdadera naturaleza patológica, de avaricia fetichista, de algunos de aquellos hombres de negocios. Unas semanas más tarde, fueron instaladas rejas de duro metal y un cristal a prueba de balas para delimitar el palco de los observadores del parqué asignado a los corredores. El portero, además, fue puesto en sobre aviso para que no permitiera la entrada a judíos.





**DE MEDIOS Y
MITO**

¡Nuestra rabia contra la máquina
está vendiéndose para el beneficio
propio de la máquina! ¡Nos han
jodido!



Trabajar “dentro del Sistema”

Si les ganas jugando a su juego, siempre acabas por perder

Así que tienes un grupo de música, con un mensaje importante que comunicar al mundo, y quieres que llegue al mayor número de gente posible, y pretendes al fin hacerte famoso y vender muchos discos. O tal vez seas un activista político y pienses que es necesario utilizar los medios mayoritarios para educar a la gente sobre ciertos asuntos. La verdad es que tiene sentido (o eso parece) utilizar esos métodos para llegar a cierto tipo de gente porque si no, ¿quién te va a hacer caso? (¿Los cuatro desgraciados de siempre?) Sí, claro, entiendes que estás haciendo concesiones con respecto al mismo sistema al que intentas hacer frente, pero crees que al final valdrá la pena... Al fin y al cabo, todos transigimos con alguna que otra cosilla, ¿no es así?

En el fondo, vale la pena pensar si todos hacemos concesiones con esto o lo otro, o cuestionarnos si involucrarnos en un sistema de feroz competencia homicida y de mercadotecnia de masas sirve realmente para cambiar el mundo. ¿Qué pasaría si todos dejásemos de transigir, dejásemos de jugar a su juego y concentrásemos nuestros esfuerzos en crear canales propios para propagar nuestras ideas?

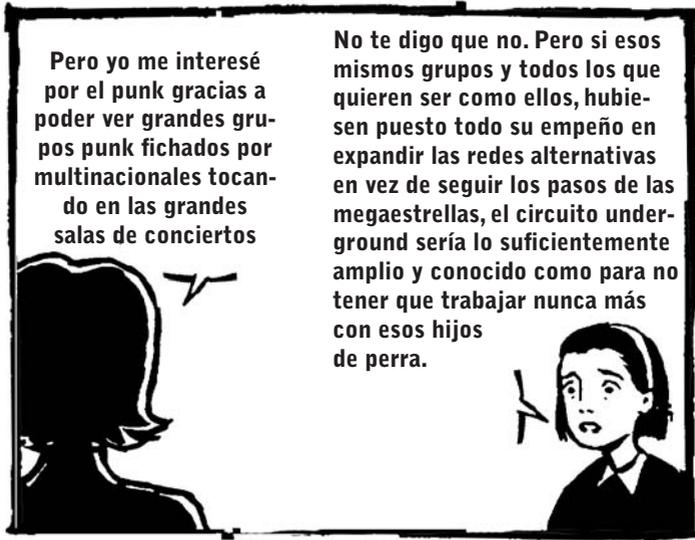
La Revolución no será Televisada

Y claro que te querrán en su programa de televisión, en su programa de radio, en su festival de rock, o en su compañía de discos. Les importa un bledo si lo que venden es pasta de dientes o revoluciones anarquistas con tal de que el público siga mirando y comprando. Saben que antes o después esa gente se aburrirá y se hartará de las múltiples capulladas que normalmente tienen para ofrecer y cuentan contigo para que les ofrezcas nuevas ideas y nuevos estilos para explotar; sin eso, no tendrían nuevas cosas que vender al gran público. Saben que si pueden venderte todas las expresiones de rabia y desconsuelo que tú mismo aportas, que si pueden hacer caja con todas las frustraciones que el propio sistema crea, entonces han vencido (y te han vencido). Saben bien que nada pudiera ser más poderoso que el mensaje que tú mismo ofreces al expresarte a través de sus medios: *permanezca conectado*.

Ningún mensaje a través de la televisión o de la venta de CDs en un centro comercial, es más importante que expresar lo que puede hacer un individuo por sí mismo. Mirar la tele y comprar en el centro comercial mantiene a la gente en un estado pasivo, viendo espectáculos de los que nunca podrán formar parte, observando a gente a la que nunca podrán conocer, comprando mercancías anunciadas por grandes empresas en vez de crear uno su propia música, sus propias ideas y su propia vida. Es decir, para motivar a la gente para que actúen por ellos mismos, tienes que contactar con ellos de una manera más directa.

Eh, ¿utiliza su música para “vender” revolución... o utiliza la “revolución” para vender su música?!





Los valores de la producción en masa

Nos educan para que pensemos en el éxito siempre en términos numéricos, ¿no es así? Si uno puede causar efecto en la vida de una persona, causar efecto en la de miles de personas debe ser la hostia. No es difícil entender en qué tipo de sociedad aprendimos a pensar de dicho modo: toda nuestra sociedad gira en torno a la producción en masa. Cuantas más unidades tengamos a nuestra disposición, cuantos más clientes seamos capaces de atender, cuantos más votos obtengamos, cuanto más dinero y más cosas tengamos, mucho mejor. ¿O no?

No obstante, tal vez no sea posible causar efecto en cien mil personas de la misma manera en que se causa a una o a diez. Y tal vez tampoco sea tan revolucionario el hecho de que una persona o un grupo le diga a todos los demás lo que

está bien o no. ¿No sería mucho mejor intentar descentralizar el asunto y que todo el mundo trabajara en grupo en vez de que una avanzadilla liderara a la masa anónima? ¿Quién ha de salvar el mundo? ¿Una persona? ¿Una banda de música? ¿Una distribuidora alternativa? ¿No confiamos en nadie más que en uno mismo? (¿Nadie se ha dado cuenta en lo que mucho que hay que machacar a los demás si lo que pretende uno es propagar solamente su mensaje suyo y sólo suyo?)

Un grupo puede tocar ante novecientas personas y recitar toda la sarta de sus eslóganes políticos pero, por lo general, estarán fuera del alcance de su público, allá arriba en un pedestal señalados como “músicos”, “artistas”, “héroes”. Sin embargo, un grupo tocando con la misma energía ante 40 personas en un local más pequeño, puede interactuar de manera personal casi con todos los presentes, demostrando así que todo el mundo puede hacer lo que ellos hacen. De este modo, tienen el potencial para inspirar a otra gente para tocar (o para otros proyectos revolucionarios) aumentando su valor exponencialmente. Y lo mismo sucede con cualquier tipo de discográfica, de escritor, artista, orador, organizadores o “líderes” de cualquier ralea.

Trabajar dentro del sistema

A la mayoría de nosotros no nos apasiona tener que hacer ciertas cosas para trabajar dentro del sistema. Nos gustaría más leer los libros que nos apeteciera que escribir trabajos obligados para clase, y hacer uso de nuestras habilidades, de nuestra energía y de nuestro tiempo para nuestras cosas o proyectos que malvendérselas a nuestros jefes y empleadores. Pero sentimos, de algún modo, que tenemos que trabajar para ellos, nos guste o no. Parece que nunca se nos ocurre pensar en lo mucho más divertido y efectivo que sería el arrebatarles ese

poder de las manos para hacer alguna otra cosa con él. Al principio sería difícil, claro está, pero ¿habría algo más difícil que soportar esas mierdas de trabajos durante el resto de nuestras vidas? Sería mejor dedicarnos a reemplazar ese trabajo en vez de tratar de mantenerlo de algún modo.

Protestas, sin embargo, y dices, que aun así vas a luchar contra el status quo, que vas a pelear desde dentro del sistema, ¿no? Eso es, al menos, lo que ellos te dicen. Evidentemente el sistema posee “procedimientos adecuados” para que las quejas de alguna gente causen cierto efecto y mejoren un poco las cosas; es la válvula de seguridad que afloja un poco la presión para que el populacho descanse un poquito. ¿O hay todavía quien cree que los poderes fácticos de este mundo permitirían que alguien utilizase sus propias leyes y métodos para derrocarlos? Si este sistema realmente ofreciera oportunidades para cambios drásticos, la gente ya habría aprovechado la ocasión hace tiempo. Cientos de generaciones se han puesto manos a la obra convencidos de que ellos iban a triunfar justo donde los otros fracasaron: de ahí salen la mayoría de abogados y periodistas ‘con conciencia’. Son los cínicos cadáveres de jóvenes idealistas que pensaron que podían reformar el sistema.

Además, ¿podemos confiar en nosotros mismos para trabajar “desde dentro del sistema” en pro de las causas justas? Por poco que nos guste, todos nosotros estamos programados para ser triunfadores, para ansiar el éxito, para medirnos respecto a los otros en cuanto a riqueza y a status social. ¿No será que queremos ser periodistas o profesores de ciencias políticas o estrellas de rock porque en verdad no somos capaces de considerar otra opción, porque en verdad no queremos cortar el cordón umbilical que nos ata a la seguridad del mundo “mainstream”? ¿O cómo podemos estar seguros de que en verdad lo que queremos es buscar el éxito, que una parte de nuestro oscuro corazón lo que desea es la atención y los sentimientos de grandeza que la popularidad o el prestigio social conllevan? Está claro que siempre es mejor que nuestros padres estén orgullosos de nosotros y aplaudan nuestras decisiones pero... ¿es esa la mejor manera de cambiar el mundo?

Escuchemos a nuestros corazones, confiemos en nuestros instintos, y neguémonos a participar en nada que nos aburra o nos indigne. Necesitamos cuidar de nuestro idealismo, y aceptar nuestra voluntad para arriesgarnos, no buscarnos nuevas maneras de integrar nuestra desesperación y nuestra frustración en la sociedad misma que las engendró. No se olviden, cada día que pasamos “utilizando el sistema” es otro día a la espera de que nuevas relaciones más justas y nuevas maneras de vida más agradables reemplacen a las viejas.

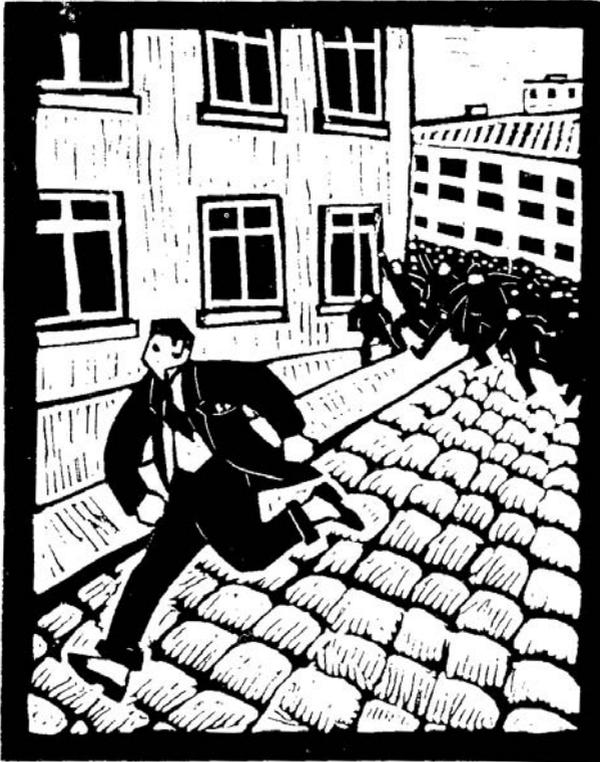
¿Cómo se sale de aquí?

Y sí, a veces parece que no haya otra opción más que trabajar “dentro del sistema” si queremos hacer bien las cosas y no mantener nuestras ideas vírgenes en los siempre estrechos márgenes del *underground*. Pero, ¿por qué seguir manteniendo los márgenes del *underground* siempre tan estrechos? Si intentáramos con todos nuestro esfuerzo expandir los espacios en los que actuar como personas libres e iguales, en vez de intentar arreglar el socarrado motor de esta maléfica sociedad, tal vez nos iría mucho mejor. No hay más que imaginarse lo que podríamos conseguir si pudiéramos mantener todo el potencial en nuestras manos rechazando malgastarlo ni un minuto más trabajando para su sistema.

No hay excusa que justifique el malgastar parte de nuestra vida haciendo cosas que no nos gustan, ni permitir que usen nuestro talento y nuestro esfuerzo para anunciar un orden mundial al que nos oponemos. Al revés, luchemos con todas nuestras fuerzas y vivamos intensamente para que los otros presos en la jaula de “la normalidad” nos vean y les inspire nuestro ejemplo para unirse a nosotros en nuestro rechazo frontal del viejo mundo con todas sus mierdas y mentiras. Mejoremos

nuestras comunidades, hagámoslas más abiertas, más capaces de ofrecer apoyo, para que otros sean capaces de unirse.

El sistema bajo el que vivimos sólo puede ofrecernos derrota: ¿para qué jugar entonces? Nosotros podemos inventarnos nuevos juegos, nuevos juegos más divertidos, más emocionantes que los viejos. La cuestión no es derrotarlos a ellos, jugando con sus reglas, sino invitarlos a que se apunten a nuestro juego.



8 de julio, 1972

HUIDA DE LOS JUZGADOS EN ALEMANIA

Sin armas ni sierras ni limas ni rehenes, tres radicales alemanes lograron liberar a uno de los suyos de las garras del “sistema judicial” en mitad de una vista oral. Los tres estaban siendo sometidos a juicio por varios delitos (entre ellos, agresión e incendiarismo) resultantes de sus actividades contra el sistema capitalista y los militares. A Michael “Bommi” Baumann y Thomas Weisbecker les iban a otorgar la condicional, mientras que el otro, Georg von Rauch, iba a ser sentenciado al menos a diez años de cárcel, cuando el juez decretó un descanso de media tarde. Thomas y Georg llevaban el pelo largo y barba, y a ojos de los no muy perspicaces policías y abogados, tenían un aspecto parecido: así que antes de volver a entrar en la sala, Georg le dio sus gafas a Thomas. Cuando se les dio permiso a Thomas y a Bommi para marcharse, Bommi y Georg montaron un gran escándalo saltando de júbilo, gritando, abrazándose y dándole la mano a todo el mundo. Rápidamente salieron del edificio y desaparecieron, dejando allí a Thomas, a quien todo el mundo tenía por Georg. Cuando el supervisor de los tribunales intentó ponerle las esposas a Thomas, éste protestó alegando que él estaba en libertad condicional, por lo que los atónitos guardias también lo tuvieron que soltar.

Después de la huida, los tres volvieron a formar una organización de guerrilla, el Movimiento 2 de junio, así nombrado en honor a un estudiante radical (y desarmado) que fue asesinado por un policía durante una manifestación. A Georg lo mataría la policía unos meses después, y a Thomas también, pero el 2 de Junio logró financiar todo tipo de iniciativas subversivas a través de robos a bancos y demás hazañas, como el secuestro del político Peter Lorenz, que fue intercambiado por cinco presos políticos encarcelados en 1975. Bommi cambió el terrorismo por otras actividades disidentes, entre ellas escribir un relato de sus experiencias como guerrillero en un libro llamado “Cómo empezó todo”. Cuando el libro vio la luz, el gobierno suspendió la libertad de expresión a nivel nacional para confiscar y destruir todas las copias; ese mismo gobierno,

dos años más tarde, también sorteó el muy defendido sistema judicial para ejecutar en sus celdas a tres presos políticos de la R.A.F (grupo compañero del 2 de junio).



Mito

Queridísima Nadia:

He leído parte de tu manuscrito, tal como me pediste. Una cosa quería preguntarte: ¿todos estos mitos de los que hablas – revolución, destrucción total de la jerarquía, generosas redes de apoyo mutuo, libertad absoluta y liberación suprema de todo apego y vínculo incluidas las leyes de la naturaleza – se suponen que representan objetivos alcanzables o son simplemente símbolos inaccesibles ante los que jadear?

Mi querido E:

Más bien lo último, evidentemente. Son símbolos para guiarnos que nos debieran otorgar un objetivo más allá de las absurdidades de nuestra presente condición. Pero también, si creemos, como los herejes del Espíritu Libre creyeron, que el Cielo se puede hacer presente sobre la Tierra, que las fronteras entre lo Natural (el mundo como se nos aparece, la Historia como una concatenación de reacciones predecibles) y lo Supernatural (nuestras pasiones, nuestros deseos extraterrestres, a los que siempre apuntan nuestros ensueños y nuestras canciones, invisibles ante la Historia) pueden disolverse por efecto de magia –y algunos de nosotros lo creemos!— entonces, sí, nos creemos todos estos mitos al pie de la letra. Somos los hombres locos, las locas mujeres sacras de la nueva era, los perturbados

que aún creen en algo en esta época nihilista. ¡Y que así sea!

Y sí, lo que queremos es algo que nunca ha sucedido antes y, que por su propia naturaleza, puede que nunca sucederá. Por tanto, no podemos andar a la búsqueda de precedentes, sólo mirar hacia adelante para intentar que este rabioso sueño se haga realidad de una vez por todas. Nadie nunca antes lo intentó: y por eso va a funcionar.

Por todas estas razones, los mitos, como indicios de lo que podría ser, son actualmente mucho más poderosos que los tan publicitados hechos “objetivos”. Crimental S.A. es en sí mismo básicamente un mito, pero un mito poderoso, porque apunta hacia un mundo que todos anhelamos por encima de éste. Por tanto, te desafío, a que si quieres algo, lo hagas realidad.



P

**DE PLAGIO,
POLÍTICA Y
PRODUCCIÓN**



I. “Propiedad Intelectual”

Desde pequeños nos enseñan que no hay nada nuevo bajo el sol. Cuando un niño tiene alguna idea atractiva, siempre aparece un mayor para apuntar que esa idea no es nueva, que ya se ha probado y que no funciona o que a alguna persona no sólo se le ha ocurrido antes, sino que ya la ha desarrollado en mucha mayor profundidad de lo que el niño jamás llegará a pensar. El mensaje suele ser: “Estudia mucho, y aprende de las ideas y de las creencias que ya están en circulación, no intentes inventar cosas supuestamente nuevas”, y este el principal mensaje propagado tanto en centros públicos como privados en nuestro mundo occidental.

A pesar de esta actitud tan extendida, o tal vez precisamente por eso, todo somos muy celosos de nuestras ideas. El concepto de propiedad intelectual está arraigado de una manera mucho más profunda en nuestra psicosis colectiva que el mismísimo concepto de propiedad material. Muchos pensadores han afirmado que “toda propiedad es un robo” respecto a los bienes inmuebles y otro tipo de capital, pero pocos se atreverían a aseverar del mismo modo sobre sus propias ideas. Incluso los pensadores más notoriamente “radicales” afirman con orgullo que sus ideas son, primero y principalmente, suyas. De este modo, se tienden a esgrimir pocas diferencias entre un pensador y lo que piensa, entre un artista y su arte. Los estudiantes de filosofía estudian la filosofía de Descartes, los

de económicas estudian el marxismo y los de arte, estudian la obra, por ejemplo, de Dalí. En los peores casos, el culto a la personalidad desarrollado en torno a pensadores famosos nos previene a menudo de consideraciones válidas respecto sus ideas o su obra; los partisanos idólatras de tal pensador le juran fidelidad eterna no sólo a él sino a todas sus palabras, mientras quienes tienen algo que objetar ante el “dueño” de dichas ideas lo pasan mal para no tener prejuicios respecto a las ideas mismas. Como mucho, este énfasis sobre “el autor-dueño-poseedor-de-ideas” en consideración a sus proposiciones u obra artística es totalmente irrelevante a la valía de las proposiciones o la obra en sí, por mucho que la historia del individuo en cuestión sea interesante y pueda desvelar otros motivos para la creatividad. Todo lo existente detrás del concepto de “propiedad intelectual” exige mucha mayor atención que la que hasta ahora le hemos brindado. Los factores que afectan las palabras y los hechos de un individuo son muchos y variados, no siendo los menos relevantes el entorno socio-cultural y la influencia que otros ejercen sobre él. Afirmar que una idea tiene su único origen en el ser de un solo individuo es una simplificación aberrante. Pero tan acostumbrados estamos a reclamar lo nuestro (ideas, cosas) y tan obligados a aceptar que otros se comporten de la misma manera, en esa aguerrida competición que es la vida en la economía de mercado, que parece natural hacer lo mismo con las ideas. Sin duda debe de haber maneras diferentes de pensar sobre los orígenes y la autoría de las ideas... pues nuestra postura actual sólo sirve para desviarnos y distraernos de las ideas mismas.

Nuestra tradición de reconocer “los derechos de propiedad intelectual” es peligrosa en tanto resulta una deificación de los “artistas” y de los “pensadores” públicamente reconocidos a expensas de todos los demás. Cuando las ideas se asocian de un modo inevitable con ciertos nombres propios (y siempre los mismos), todo lleva a pensar que el pensamiento y la creatividad son habilidades especiales que atañen tan sólo a unos cuantos individuos privilegiados. Por ejemplo, la glorificación de “el artista” en nuestra cultura, que incluye el estereotipo del artista como “excéntrico visionario” que sobrevive en los márgenes (o en “la vanguardia”) de nuestra sociedad, provoca

que la gente piense que los artistas son fundamentalmente seres humanos diferentes del resto. No obstante, cualquiera pueda ser artista, y todos lo somos, en algún aspecto. Pero cuando nos incitan a pensar que el ser creativo y el pensar de manera crítica es un don que sólo unos pocos individuos poseen, todos aquellos que no somos lo suficientemente afortunados para ser bautizados en nuestra comunidad como “artistas” o “filósofos”, tenderemos a no esforzarnos demasiado en el cultivo de dichas habilidades. De este modo, dependemos de otros en cuanto a cuestiones ideológicas, y debiéramos contentarnos en ser espectadores de sus funciones creativas.

Otra desventaja incidental de asociar ciertas ideas con individuos específicos es que promueve la aceptación de dichas ideas en su forma original. A los estudiantes educados en la filosofía de Descartes, se les alienta a que la aprendan en su forma más ortodoxa, en vez de estudiar las partes que más relevantes les puedan resultar a sus propias vidas e intereses o de combinar esas ideas con otras fuentes. Por simple deferencia con el pensador original, deificado como está en nuestra tradición, sus textos y teorías quedan preservados como están, sin ser contrastados con nuevas formas o contextos que puedan revelar un acercamiento diferente. Tras este proceso de momificación, muchas de sus teorías se convierten en algo totalmente irrelevante para la vida moderna, cuando bien pudieran otorgarnos una visión significativa si fueran tratados con menos reverencia.

De este modo, podemos observar cómo nuestro beneplácito ante la tradición de “la propiedad intelectual” tiene un efecto negativo ante nuestros denodados esfuerzos por pensar críticamente y por aprender de nuestra herencia artística y filosófica. ¿Qué podríamos hacer para resolver este problema?

Sin duda una de las posibles respuestas es el plagio.

II. El plagio y los revolucionarios modernos

El plagio es un método especialmente efectivo de apropiarse y reorganizar ciertas ideas, y como tal puede utilizarse como recurso para alentar y promover una nueva manera de pensar. Como método, es revolucionario en tanto no reconoce los derechos de “la propiedad intelectual” sino que los ataca y menoscaba de un modo que neutraliza los posibles males que su reconocimiento nos pueda causar.

El plagio dirige la atención hacia el contenido, y se aleja de las cuestiones incidentales prescindiendo de los orígenes verdaderos del material recabado. Además, tal como hemos sugerido anteriormente, intentar trazar los verdaderos orígenes de una inspiración o proposición podría tratarse de una empresa irrelevante, imposible o innecesaria. Plagiar un texto y ponerle otro nombre o no ponerle ninguno provoca que ese material pueda ser leído desde otra perspectiva, abriendo un nuevo contexto en el cual las ideas puedan ser discutidas de maneras diferentes.

El plagio a su vez posibilita la combinación de las partes más interesantes de diferentes textos, creando así nuevos engendros con las viejas virtudes de dichos textos y nuevas e imprevistas ventajas, pues la unión podría aportar mensajes y significados ocultos que hubiesen sido omitidos. Finalmente, el plagio es, sobre todo, una reapropiación de las ideas: cuando un individuo plagia un texto que aquellos que creen en la “propiedad intelectual” pudieran considerar “sagrado”, el que plagia deshace la diferencia de rango que pudiera haber entre el copiado y el plagiador. El que plagia estaría utilizando las ideas para su propósito, para expresarlas como creyera conveniente, en vez de tratar al pensador como una autoridad cuya obra debiera preservarse intacta e impoluta.

El que plagia, de hecho, rechaza la diferencia fundamental entre el pensador y el resto de la humanidad, apropiándose del material del pensador y devolviéndoselo al resto de la humanidad.

Al fin y al cabo, las buenas ideas deberían estar disponibles para todo el mundo —pertenecer a todo el mundo— si realmente son buenas. En una sociedad organizada con el único fin de la felicidad humana, las leyes sobre la propiedad intelectual u otras igualmente restrictivas no deberían obstaculizar la distribución y re-combinación de dichas ideas. Este tipo de impedimentos sólo consiguen ponérselo más difícil a aquellos que buscan inspiración y nuevos desafíos que compartir con los demás.

De este modo, si tan cierto es aquello de “no hay nada nuevo bajo el sol”, tomémosle la palabra y actuemos consecuentemente. Cada uno que se agencie lo que le parezca relevante para su vida y sus necesidades de las teorías y doctrinas ya existentes. Que nadie tenga miedo de reproducir palabra por palabra aquellos textos que le parezcan adecuados, para compartirlos con otros a quienes también les puedan beneficiar. Del mismo modo, no hay que tener miedo de apoderarse de ideas de diferentes fuentes y reajustarlas al gusto en pos de la utilidad, de la diversión o la relevancia para la vida de cada uno, sus necesidades y sus experiencias. Se puede crear un corpus personalizado de pensamiento crítico y creativo, con elemento recolectados de diferentes medios, y no tener que elegir entre la oferta de ideologías prefabricadas. Al fin y al cabo, ¿utilizamos nosotros las ideas, o son ellas las que nos utilizan?

III. El lenguaje y la cuestión de la autoría

Las palabras, la música, las convenciones, los símbolos y los gestos artísticos son cosas útiles porque nos son comunes a todos y nos sirven para comunicarnos. Los seres humanos, como todo lo demás sobre el mundo, no somos entidades aisladas: cada uno de nosotros existimos como parte de una gran red, como una intersección de tejidos que procede de todas las direcciones. Ninguno de nosotros sería como es de no ser por lo que son los otros, y lo que otros fueron antes de nosotros, e incluso todo lo existente en el mundo natural; nuestros pensamientos están contruidos por las lenguas que hablamos, nuestros valores y narrativas se tejen siguiendo los objetos que se encuentran en este mundo; representamos nuestras experiencias y recuerdos según los patrones establecidos por la civilización en la que crecimos.

No quiere decir esto que nada sea original, más bien al contrario: todo lo es, pues cada expresión, cada acción, por mucho que se haya repetido, nace de un punto determinado dentro del inmenso tejido de relaciones humanas. Al mismo tiempo, esto significa que la re-contextualización de los elementos pre-existentes (que algunos llaman “plagio”) resulta esencial para toda comunicación. Por tanto, si toda expresión es prestada y única a su vez, parece absurdo intentar compartimentar o categorizar las expresiones. Todos nosotros participamos de la continuación y evolución de las lenguas que hablamos pero, en verdad, la línea entre imitación e innovación es tan difusa que cualquier distinción bien podría resultar arbitraria.

De este modo, si esto es así, dejémosle a los científicos dirimir los detalles cronológicos de quién fue el primero en ordenar de tal manera ciertas palabras o ciertas notas musicales. Es mucho más importante saber, para nosotros, que podemos estructurar nuestras teorías o nuestra obra artística compartiendo muchos elementos.

Hay personas que reclaman para sí mismas el derecho de propiedad sobre algunas de las combinaciones que creen (acertadamente o no) haber sido los primeros en plasmar; muchos de ellos insisten en que estas composiciones son la perfecta expresión de sus emociones y sus experiencias, y que aquellos que las leen o las escuchan disponen, por tanto, de un acceso privilegiado hacia sus almas. Sin embargo, una canción o un poema siempre tiene un significado diferente para el oyente o el lector que para el que lo compone. El lector le da un sentido según sus propias experiencias, y rebusca en su corazón las emociones que únicamente a él le resuenan de determinada manera. Le guste a uno o no, cuando se crea algo y se enseña al mundo, esa creación tiene una vida propia en las reacciones y emociones que provoca en los demás, y el que crea sólo se halla representado (o halla cierto tipo de respuesta) de manera casual. Para el escritor, el verdadero significado de su obra es el acto mismo de creación, el ajuste y reajuste de formas, sonidos, y significado. Aquellos que pretenden mantener el control sobre sus productos creativos después de ser dados al mundo, sólo pueden vivir en la negación.

Así pues, se pueden plantear muchas dudas en torno a las supersticiones que afectan a la firma del autor —la cuestión de la tan proclamada autenticidad, la glorificación de la expresión, el concepto de propiedad intelectual— y aceptar finalmente lo que esa firma significa: un elemento más de la composición en sí. Firmar una obra de arte es una parte más del proceso creativo: ofrece un contexto en el cual la obra será interpretada. ¿Qué firma podría capturar realmente los orígenes verdaderos de una obra de arte, al fin y al cabo, considerando todos los componentes, tanto los más dispares como los más inveterados, que la constituyen, todas las relaciones humanas e innovaciones que fueron necesarias para llegar a ella? Del mismo modo, si la noción de una identidad diferenciada y fija no deja de ser tampoco más que una superstición, cabe la posibilidad incluso de que una firma individual no fuera más que un accésit absurdo y ridículo. Si uno quisiera ser realmente honesto, debería firmar sus poemas o sus vasijas con el nombre de toda una civilización, y añadirle el sello del cosmos de donde nació, colectivizando de este modo sus obras.

Por tanto, siendo como es la firma un elemento más de la composición, tan absurdo (o tan acertado) es firmar con el nombre de uno que con el de otro, con un nombre falso, inventado, o con una falsa identidad, dependiendo de cuál de todos pueda ofrecer un mejor contexto para propagar el contenido de la obra. Pues una vez se entiende que nadie puede poseer ciertas ideas o expresiones, nos podemos concentrar en la cuestión de cómo crear expresiones —con el contexto incluido— que nos sirvan para encontrarnos a nosotros mismos y a los otros... para así, en última instancia, poder transformar todo lo demás.



Descargo de responsabilidad: todo este ensalzamiento del hurto artístico no se ha de tomar como un mero aval para cualquier tipo de repetición. Los jóvenes plagiadores a veces no acaban de pillarle el puntito a eso de “la re-contextualización” y pensando en todo el orégano del monte, se limitan a repetir como loros todo lo que oyen de otros. Y así es difícil decir nada que valga la pena, ¿verdad?

¡Afróntalo! Tu rollo político es un puto muermo

Sabes que es verdad. Si no, ¿por qué a la gente le da dentera cuando hablas de eso? ¿Por qué te crees que ya no va ni Cristo a las asambleas para discutir sobre las últimas teorías anarco-comunistas? ¿Por qué el proletariado no rompe las cadenas de la alienación y se une en masa por la lucha de liberación mundial?

Tal vez después de tantos años de esfuerzo haciéndoles ver su condición de víctimas ha provocado que tú mismo acabes acusándoles de eso. Tal vez les guste estar bajo la ley del talión del imperialismo capitalista; si no, ¿por qué no muestran un poco de interés por ciertas causas políticas? ¿Por qué entonces no se encadenan a los árboles, ni se aprenden las consignas pertinentes en las manis, ni frecuentan las librerías anarquistas? ¿Por qué no manejan con soltura la terminología necesaria para un verdadero entendimiento de las complejidades de la teoría económica marxista?

Lo cierto es que estas políticas son aburridas para ellos porque ellos mismos se saben irrelevantes. Saben que esos modos anticuados de protesta –las manis, con los cartelitos y las pancartas– no sirven para nada porque se han convertido en una parte más, igualmente predecible, del status quo. Saben que toda esa jerga post-marxista es estéril porque sólo sirve

para la disputa académica, lo cual no es precisamente un arma que amenace los sistemas de control. Saben que las luchas intestinas, que los grupúsculos y las escisiones y la constante pelea por teorías efímeras no ejercen influencia alguna sobre sus vidas cotidianas. Saben que mande quien mande, sean cuales sean las leyes, y sean cuales sean los “ismos” bajo los cuales los intelectuales se manifiesten, sus vidas poco variarán. Saben (y sabemos) que nuestro aburrimiento es la prueba de que esas “políticas” no tienen ningún efecto en la transformación vital. ¡Ya son bastante aburridas nuestras vidas para todo eso!

Todos lo sabemos, de hecho. ¿Para cuántos de nosotros la política es una responsabilidad? ¿Algo en lo que comprometerse porque uno debe comprometerse, cuando en el fondo todos tenemos miles de cosas mucho más interesantes que hacer? El trabajo de voluntario, ¿se hace por pasatiempo o por sentido de la obligación? ¿Por qué creemos que es tan difícil concienciar a los demás para que lo hagan? ¿No será que todos sentimos cierta culpabilidad que nos obliga a ‘hacer los deberes’ y a ser políticamente activos? ¿No será que intentamos salpimentar la vida de vez en cuando (conscientemente o no) tratando de poner a prueba a las autoridades o intentando que nos detengan, no por el bien de la causa sino para que todo sea un poco menos aburrido, y podamos recuperar la romántica turbulencia de los buenos tiempos? ¿No te has sentido alguna vez como si participaras en los rituales de una larga tradición de protesta muy minoritaria que sólo sirve para reforzar más todavía las posturas más normalizadas? ¿Nadie ha sentido alguna vez, secretamente, la urgencia de escapar de los tristes ambientes de las “responsabilidades políticas”?

No es de extrañar, por tanto, que nadie se una a nuestras aventuras políticas. Tal vez uno piensa, de vez en cuando, que es un trabajo duro, sacrificado, desagradecido, éste de la política radical, pero que en fin, alguien tiene que hacerlo. Bueno, la respuesta es NO.

A nadie le hace un favor toda esta política tediosa y cansina, más bien al contrario. De hecho, no hay nada más importante que la política. NO la política “democrática” estadounidense y sus leyes, con sus elecciones legislativas para ver

quién sanciona las mismas leyes y perpetúa el mismo sistema. No la política anarquista del “*me impliqué porque me encanta discutir eternamente sobre cuestiones anecdóticas y proferir una prosa retorcida en oscuros fanzines sobre utopías inalcanzables*”. No la política de ningún líder ni ideología que exija que nos sacrifiquemos por su “causa”. Sino la política de nuestra vida cotidiana.

Cuando se separa la política de las experiencias cotidianas e inmediatas de hombres y mujeres, la cuestión se convierte en irrelevante. De hecho, se convierte en algo privado que sólo dominan cuatro intelectuales acomodados con mucho tiempo para discutir sobre abstrusas teorías y tremendísimas implicaciones. Cuando uno se implica en política por obligación, y convierte la acción política en una responsabilidad y no en un juego emocionante que tiene valor en sí mismo, lo único que se consigue es ahuyentar a mucha gente cuyas vidas son ya lo bastante aburridas como para tener que aguantar dosis extras de tedio. Cuando la política se convierte en algo inerte, en algo soporífero, en una responsabilidad cargante, entonces más que un alivio es un peso para la gente. Así es cómo la idea de política se va al garete, justamente para aquellos a quienes más debería importar. Todo el mundo tiene la oportunidad de reflexionar sobre su vida, de preguntarse qué es lo que quieren y cómo lo podrían conseguir. Sin embargo, a menudo se les presenta la política como un mero juegucito estúpido, de continuas auto-referencias, de los típicos burgueses de clase media, un juego totalmente irrelevante para sus vidas.

¿Qué es lo que tendría que ser la política entonces? Si lo que hacemos para conseguir casa y comida, nos divierte: eso es política. Si nuestras relaciones con los vecinos, los amigos y los compañeros de trabajo son satisfactorias. Si tenemos la oportunidad todos los días de vivir como queremos. Y “la política” no debiera consistir meramente en discutir estos asuntos, sino en actuar directamente para mejorar nuestras vidas en el inmediato presente. Actuar de un modo que sea en sí mismo, interesante, atractivo, gozoso; pues la acción política tediosa, cansina y opresiva sólo puede perpetuar el tedio, la fatiga y la opresión en nuestras vidas. No deberíamos malgastar más tiempo debatiendo cuestiones que nos son irrelevantes si al día siguiente, al fin y al cabo, tenemos que ir de nuevo a trabajar.

No más predecibles protestas rituales que la autoridad ya sabe bien cómo atajar; no más lánguidas protestas rituales a las que nadie se quiera sumar por miedo a que se le quede una cara como la de los manifestantes. No más “sacrificios por la Causa”, por favor. Pues nosotros mismos, y nuestra felicidad en la vida debiera ser nuestra única causa.

Más adelante, cuando hagamos de la política algo relevante, lúcido y alegre, todo irá ya solo. Porque de los abstrusos rituales meramente teóricos, nada puede surgir. No quiere decir esto que no debemos mostrar interés por el bienestar de otros seres humanos, animales o ecosistemas con los que no estemos en contacto directo. Pero la fundación de nuestra base política debe ser algo concreto: debe ser inmediata, debe ser algo que valga la pena, y que eso sea evidente, debe ser algo alegre, jovial. ¿Cómo hacer cosas positivas para los demás si no disfrutamos de nuestras vidas?

En fin, para concretar: pasarse una tarde recogiendo del recycle para cocinar y servir comida a gente hambrienta o a gente que está harta de trabajar para comer, es una buena acción política: pero sólo si uno la disfruta. Si de esa manera se hacen amigos, se conoce gente nueva, se enamora uno, se cuentan chistes y de paso se ayuda a gente que lo necesita, estupendo, una gran acción política. Por el contrario, pasarse una tarde tecleando una airada protesta contra cualquier oscura publicación izquierdista por el uso indebido del término “anarcosindicalismo”, por ejemplo, eso es una puta mierda. Todo el mundo lo sabe y está de acuerdo, ¿no?

Tal vez sea hora de reemplazar el término “política” dada la acumulación de blasfemia y de herrumbre que la palabra parece arrastrar. Nadie debiera asustarse ni echarse las manos a la cabeza cuando se habla de cómo actuar colectivamente y mejorar nuestras vidas.

Así que tenemos el gusto de presentarles nuestras exigencias, que no son negociables, y que deben ser cumplidas cuanto antes. Pues nadie, al fin y al cabo, vive para siempre.

1. Que la política sea relevante en cuanto a experiencia coti-

diana. Cuanto más alejado se encuentre el objeto de nuestra preocupación política, menos imperioso (y real) será para la gente, y por tanto, más fatigoso.

2. Toda actividad política debe ser, por sí misma, gozosa, lúdica y alegre. No se escapa uno del aburrimiento con más aburrimiento.

3. Para cumplir los dos puntos anteriores, debemos crear un nuevo enfoque político y también nuevos métodos. Los viejos ya no sirven, están pasados de moda y son inservibles. Tal vez NUNCA fueron buenos y por eso el mundo va como va.

4. ¡Hay que pasarlo bien! No hay excusa para ser un muermo, un comeorejas o para estar aburrido todo el día.

Ayúdanos a hacer de la revolución un juego; un juego con apuestas muy altas, lúbrico y divertido, pero un juego al fin y al cabo.

El Producto es el Excremento de la Acción

Actualmente, nuestras vidas giran en torno a las cosas, a los objetos. Medimos nuestra valía en cuanto al valor de nuestras posesiones materiales: en términos de control sobre cosas que existen más allá de nosotros. Calculamos nuestro éxito en la vida en términos de “productividad”; es decir, en nuestra habilidad para producir. Nuestro sistema social se centra en torno a la producción y al consumo de bienes materiales, más que en torno a ninguna otra cosa. Incluso cuando no pensamos en objetos materiales, nos hacemos una idea de nuestra vida de una manera material: consideramos nuestras metas, nuestros éxitos, nuestros proyectos futuros, nuestra posición social... Prescindimos así de evaluar cómo nos sentimos. “El fin justifica los medios”, apostillamos: es decir, lo que producen nuestras acciones, el resultado final de nuestras vidas, es mucho más importante que el mismo proceso de vivir.

Pero los productos son el excremento de la acción. El producto es lo que queda cuando el polvo al fin reposa, cuando el pulso vuelve a la normalidad, cuando el día acaba, cuando el ataúd entra en la tierra. Y nosotros no vivimos en el polvo reposado, en la tabla de resultados sino en el tiempo presente, en la acción, en el hacer, en el sentir. Del mismo modo que intentamos alcanzar la inmortalidad huyendo hacia un mundo de imágenes fijas y eternas, tratamos a su vez de huir de nosotros mismos pensando en base a los resultados de nuestras acciones, y no en las experiencias de dichas acciones. Al fin y al cabo, es muy incómodo tener que preguntarse a cada rato sobre los sentimientos, sobre si uno disfruta o no con lo que hace. Es mucho más fácil pensar en los resultados, en la fría evidencia de la vida, algo mucho más fácil de calibrar, de entender, de controlar.

El trabajador medio actualmente está mucho más acostumbrado a pensar en el fin que en los medios; eso es una

obviedad. Pasa la mayor parte de su tiempo y gasta casi toda su energía haciendo un trabajo que, por lo normal, no le satisface lo más mínimo. Espera su sueldo a fin de mes, pues su sueldo es lo que le da sentido a su vida: sin él, su vida, su tiempo, no tendría sentido. Si no viera en “las consecuencias” de sus acciones una justificación, la vida se la haría insoportable. ¿Qué pasaría si constantemente se preguntara por su estado de ánimo mientras embalaba comida congelada o discurriera sobre los placeres de la vida mientras se peleaba con el fax? Dado el sinsentido de su vida y lo tedioso de su devenir, necesita concentrarse en el fin de semana, en las vacaciones, o en lo que se va a comprar para evitar la locura. Y de este modo, poco a poco, tenderá a generalizar esta manera de pensar a otras partes de su vida: acabará por tasar sus posibles acciones según las recompensas ofrecidas, del mismo modo que evaluará un trabajo por el salario prometido.

De este modo, el presente casi ha perdido ya toda vigencia para el hombre moderno. De hecho el hombre moderno se pasa toda la vida haciendo planes para el futuro: estudia para tener un título, y no por el placer de aprender; busca un trabajo que responda a sus objetivos de riqueza, de status social y de “seguridad”, y no que responda a su felicidad; ahorra dinero para hacer grandes compras y poderse ir de vacaciones, y no para poder acabar con la esclavitud laboral y alcanzar una libertad a tiempo completo. Cuando halla ciertas dosis de felicidad con otra persona, trata de conservar (congelar, como si dijéramos) ese momento, y convertirlo en costumbre (a través de un contrato) para casarse. Los domingos va a la iglesia, donde le instan a cometer buenas acciones para recibir, algún día, la salvación eterna (como dice Nietzsche, el cristiano siempre espera una buena recompensa) y no para ayudar a los demás libremente, por puro placer. “La aristocrática despreocupación por las consecuencias”, esa habilidad de hacer las cosas por el gusto de hacerlas que todo héroe posee, es algo impensable para él.

Evidentemente, es un tópico señalar lo difícil que es para el hombre medio (y para la mujer), de clase media y de mediana edad, deshacerse de las pólizas de seguro y de las inversiones en banca y disfrutar del momento; pero todos, in-

cluso nosotros mismos, los avezados críticos culturales, intercambiamos nuestro presente por algo de futuro, y los recuerdos por souvenirs. Acumulamos recuerdos, trofeos, cajas de fotografías, cartas antiguas, como si la vida pudiera almacenarse, clasificarse, congelarse para un tiempo futuro... pero, ¿qué futuro? ¿Para cuándo? La vida está aquí, entre nosotros, corriendo como un río; y como el río, no puede detenerse sin perder su magia. Cuanto más tiempo pasamos tratando de “ahorrar” vida, menos nos exponemos a su verdadera magia.

Nosotros, los radicales y los artistas, somos, de hecho, los peores. Muy a menudo, nosotros “los revolucionarios” centramos nuestros esfuerzos pensando y hablando de la revolución “que está por venir” en vez de esforzarnos en hacer realidad dicha revolución en el presente. Tan acostumbrados estamos a pensar en términos de producción que aun cuando intentamos convertir la vida en algo feliz e inmediato, tendemos a centrar nuestros esfuerzos en algún acto futuro. Y como el supervisor de alguna fábrica, nos preocupamos más por la productividad (el número de creyentes reclutados, el progreso de “la causa”, etc.) que por cómo nuestros compañeros y semejantes se sienten y viven.

Los artistas son los que más acuciadamente sienten esta tendencia; pues su vocación parece exigirles crear productos con la materia prima de sus propias experiencias vitales. Hay algo en la manera en la que los artistas moldean sus emociones, sus experiencias propias y sus creaciones, que se asemeja a esa pasión capitalista por dominarlo todo; porque el acto de expresión de sentimientos y sensaciones, aun único e indescribible como proceso, siempre consiste en una especie de simplificación. Al artista no le basta con experimentar y apreciar la vida tal como es sino que más bien la vampiriza en pos de una carrera, es decir, de una serie de productos externos a su vida, hasta el punto de ajustar su vida en beneficio de su carrera. Y aún peor, tal vez incluso no puede gozar de un buen polvo en una terraza al amanecer sin pensar en lo mucho que le gustaría incluir esa escena en su novela (¡puro excremento!)

Excretar es una función saludable y necesaria de nuestro organismo y también de nuestra alma, y sin duda el arte es necesario en nuestra vida para devolverle, derramados, los sen-

timientos al mundo cuando el corazón ya está lleno a rebosar; pero si uno lo sigue intentando cuando ya es innecesario, uno acaba por vaciar su corazón y sus vísceras (¿alguien se acuerda de la fábula del ganso y los huevos de oro?) Debemos anteponer la experiencia y la vida a lo demás, y darnos al mundo de este modo, intentando ser inocentes y libres como cuando éramos pequeños, sin intención de vampirizar, de categorizar, de organizar, o de simplificar las vastísimas infinidades de nuestras experiencias. De otro modo, nos perderíamos lo más importante, lo más precioso, lo más inmediato de este mundo, en la búsqueda de cosas que puedan ser recolectadas y preservadas “para siempre”. *La imaginación debe ser utilizada primera y principalmente para transformar la realidad cotidiana, no para crear representaciones simbólicas de ella.* ¿Cuántas novelas apasionantes se podrían escribir, al fin y al cabo, sobre las vidas que llevamos hoy en día? Vivamos nuestro arte y de nuestro arte, en vez de intentar que nuestras vidas sean artísticas.

Y evitemos “el hacer historia”, y todas las obsesiones referentes al “dejar huella”, y empecemos a vivir. ¡Eso sí que supondría una verdadera revolución!





**DE SEXO Y
ESPACIO**



Vanguardia de la Revolución Sexual

Comité ad hoc que incluye personas cuya vida sexual abre horizontes personales, o está socialmente mal vista, o ocurre en lugares más o menos públicos. A menudo se suman jóvenes, fogosos amantes, osados artistas de la vida, mujeres y hombres de todas las edades con inesperadas aventuras que relatar; a los adolescentes con inclinaciones masturbatorias que viven en casa de sus padres siempre se les considera miembros honorarios. Los que se les dan de “libertinos” conquistadores quedan excluidos por principio, faltaría más. Y a continuación el manifiesto de la VRS, escrito por Nadia C. en una biblioteca una noche, tras tres agotadores días de abstinencia... Otras fuentes señalan, de otro modo, que en realidad fue pergeñado una tranquila mañana de Navidad tras una loca noche de pasión con una mujer de la que había estado enamorada durante años.

¡A las armas!

Follamos tan mal y tan poco, disfrutamos de tan poco sexo, de tan pocos actos sexuales sinceros, íntimos, bellos y peligrosos, que no paran de vendernos vanas imágenes de él. Y, por tanto, pasamos tanto tiempo contemplando este tipo de representaciones —en vez de follar— que cuando, por una de

aquellas, nos encamamos con alguien, se resuelve todo en un encuentro de roles más que de individuos, y no roles satisfactorios ni comprensivos precisamente. Y es porque hasta el más radical prefiere pasarse la vida fantaseando sobre la revolución total que atreverse a experimentar en terrenos mucho más sensibles e importantes, como el lecho. Y porque mientras nuestra sexualidad esté construida por el silencio del aparato mediático y la cultura de la violencia, todos somos un caballo de Troya arrastrando nuestros propios enemigos en el interior (el fetiche de la dominación y de la sumisión, la parálisis del miedo y de la vergüenza, etc.)

En fin, que ha llegado el momento de dejar de ser espectadores y convertirnos en actores (o agentes, si se prefiere, con toda la polisemia intencionada), para recobrar nuestro deseo transformando nuestra vida sexual de la recreación pasiva a la activa re-creación. Y para conseguir esta meta, lo primero será reemplazar las representaciones sexuales que nos saturan a cada paso por sexo de verdad.

Porque, si uno se para a recapacitar, somos muchos más de lo que nos pensamos. Y usted puede ser uno de nosotros cada vez transforme el espacio “público” –no privatizándolo, pues ya bastante privado está de cualquier cosa personal, dándose la ironía de que el espacio “público” es el menos público de los espacios – sino convirtiéndolo en algo realmente público y popular, algo liberador... por ejemplo follando, en los tejados de la comisaría, o justo delante de los grandes ventanales del museo de arte moderno, etc. No es el que sexo público tenga siempre que ser revolucionario por sí mismo sino que lo es porque lo sitúa fuera de los estrechos márgenes en los que está permitido; en los que está permitido que languidezca, enjaulado y desprovisto de toda espontaneidad, de la sal de la vida, del mismo modo que languidecemos sin él.

Deberán conocernos por la inocencia de nuestras culpables miradas, cogidos de la mano mientras caminamos por la niebla, en los parques, de noche, transformados y trascendentes, desatados y desinhibidos en este mundo seco y sin sueño –con condones usados¹ en las aulas universitarias y en los ba-

1. También hay que señalar que la mayoría de métodos anticonceptivos existentes en nuestra cultura actualmente no son, ni mucho menos, radicales ni

ños—, un número creciente de mujeres que saben exactamente lo que quieren y de hombres que no tienen miedo a tocarse entre ellos. Seremos la mecha que encienda la nueva revolución sexual: ejércitos de amantes olvidándose de sus responsabilidades y blandiéndose unos a otros, como armas, para luchar contra la desesperante atonía de este mundo. Respondiendo a los prejuicios intolerantes y homofóbicos, nos negamos “a quedarnos en el armario, por muy seguro que sea”, y precisamente por eso salimos. Porque ya hemos aprendido una y mil veces, que *nuestra única seguridad está en (el) peligro*.

¡Amantes del mundo, uníos! ¡No hay nada que perder, más que la vergüenza, y hay todo un mundo de placer que ganar!

liberadores. Otro de los aspectos del apoltronamiento en nuestras vidas en general, y en nuestra sexualidad, en general, es la inclinación a comprar un producto para todo, incluso para las actividades más naturales, personales e íntimas como el sexo... ese producto, por lo general, suele ser un químico capaz de joderte el organismo en mil maneras diferentes. Hay muchas otras alternativas, no sólo a los métodos anticonceptivos en el mercado, sino a las maneras tradicionales de hacer al amor, y de ejercitarse sexualmente, que las que ofrece nuestra civilización y nuestra cultura.

Por lo demás, todos aquellos que sólo puedan leer este manifiesto como una exhortación a la procreación basándose en la extravagancia de una sola frase, ante tal panorama sólo puedo añadir alegremente: ¡QUE OS JODAN!

Alienación: el mapa del desespero

Control Espacio-Temporal, Viajes Espaciales y la Exploración del Espacio

En el mundo moderno en el que vivimos, los espacios en los que vivimos y nos movemos ejercen sobre nosotros un control exhaustivo. Seguimos cierto tipo de rituales —trabajo, “ocio”, consumo, sumisión— porque nuestro mundo está diseñado con esa función. Sabemos que los centros comerciales son para comprar, que las oficinas son para currar, que el cuarto de estar es para mirar la tele, y que las escuelas son para obedecer al profesor. Todos los espacios por los que transitamos tienen un significado preconcebido, y para mantenernos siempre en un mismo movimiento nos conducen siempre por los mismos caminos. Es difícil hacer cualquier cosa en Wal-Mart que no sea mirar y comprar; y acostumbrados como estamos a hacerlo, es difícil imaginarse algún acto —dentro de la legalidad— que no entre en ese espectro.

Cada vez hay menos espacios libres (o vírgenes de la mano del progreso) en el mundo para abandonar los cuerpos y las mentes al libre albedrío. Casi todos los sitios pertenecen a alguien (ya sea a una persona o a un grupo) que le otorga al lugar un significado y un uso prescrito: propiedad privada, zona de compras, superautopista, aula universitaria o parque nacional. Y nuestras más que predecibles rutas pocas veces nos conducen a aquellas partes del mundo que aún permanecen libres.

Estos lugares, donde el pensamiento y el placer pueden vagar libremente en todos los sentidos, están siendo reemplazados por entornos cuidadosamente controlados como Disneylandia, lugares en los que nuestros deseos están prefabricados y nos son vendidos a un precio económico y emocional. Darle un sentido propio al mundo y crear nuestras propias

maneras de jugar y de actuar en él es una parte fundamental de la vida humana; se puede comprender que en el mundo actual, en el que no hay espacio para esto, no sea extraño que mucha gente se encuentre insatisfecha y casi desesperada. Pero como en la actualidad queda tan poco espacio libre, y el circuito de nuestras vidas cotidianas es tan limitado, nos vemos obligados a ir a sitios como Disneylandia para disfrutar del más mínimo sucedáneo de aventura o de juego. Las aventuras reales, tan ansiadas por nuestro corazón, han sido remplazadas por falsedades y sucedáneos, y el latido de la creación ha sido substituido por la mera función de ser espectadores.

Nuestro tiempo está completamente ocupado y regulado, como nuestro espacio; de hecho, la subdivisión de nuestro espacio no es más que una simple manifestación de lo que sucedió con nuestro tiempo. Todo el mundo se mueve y vive según los husos horarios internacionales, diseñados para sincronizar nuestros movimientos de una parte del planeta a la otra.

Dentro de este gran sistema, nuestras vidas quedan regidas a su vez por horarios de trabajo (o de clases), además de por los horarios del transporte público, de los comercios, etc. Esa planificación temporal de nuestras vidas, que se inicia en la infancia, ejerce un sutil pero tremendo control sobre todos nosotros, pues llegamos a olvidar que el tiempo es nuestro para decidir cómo queremos vivir, y pasamos a planificarlo según sea día laborable, hora de comer, o fin de semana. Una vida realmente espontánea es impensable para casi todos nosotros; el llamado “tiempo libre” no es más que el tiempo sobrante del trabajo. ¿Cuántas veces nos es permitido ver salir el sol? ¿Cuántos paseos a media tarde nos es lícito dar? ¿Podemos viajar cuando lo deseamos?

atroCi(u)dad: la ciudad es la organización del silencio y de la soledad, la humanidad paralizada como un perpetuo motor en movimiento.

Turismo: proceso por el cual un espacio que no ha sido destinado para la producción o la vivienda (es decir, para la erradicación de la vida) se convierte en un espacio en el que disfrutar de una vida falsa (a un alto precio).

“Un efecto curioso del desarrollo de este sistema de tránsitos vertiginosos es que mientras la distancia entre comunidades se acorta”.

“La distancia entre individuos de esas comunidades se hace mayor”.

“El espacio no existe hasta que uno no lo explora. El espacio se crea corriendo, saltando, bailando, trepando”.

Todos esos entornos y horarios restrictivos limitan drásticamente el amplio potencial de nuestras vidas. Y además, nos aíslan de los demás. En el trabajo, pasamos horas haciendo una labor específica con un determinado grupo de gente, en un lugar a su vez establecido (la sala destinada a los trabajadores temporales, por ejemplo). Estas experiencias tan limitadas, tan repetitivas, nos ofrecen una pobre perspectiva del mundo, y evitan que entremos en contacto con gente de otros entornos. Nuestros hogares nos aíslan todavía más: llegamos allí y nos encerramos con llave, en parte por miedo a aquellos a quienes el capitalismo trató aún peor que a nosotros; en parte,

por la propaganda paranoica de las compañías que “venden” seguridad. Los suburbios actualmente son los cementerios de la comunidad, con gente apelonada en sus cajas... igual que los productos del supermercado, precintados para una máxima “optimización”. Separados de nuestros vecinos por gruesas paredes, con las familias y los amigos diseminados por ciudades y países, es difícil tener ningún espacio comunitario, por no hablar de compartir espacios para que la gente se pueda beneficiar de la creatividad de los demás. Y tanto nuestros hogares como nuestros trabajos nos mantienen atados a un lugar, estacionados, incapaces de viajar a ningún sitio a no ser que sea en vacaciones, eso sí, a toda leche.

Incluso nuestra manera de viajar está restringida. Los medios de transporte actuales —coches, autobuses, metro, trenes, aviones— sólo tienen acceso a vías y rutas fijas, para así poder ver el paisaje por una pantalla, como si estuviéramos viendo la tele. Todos vivimos en un mundo personal que consiste en lugares más que frecuentados (el lugar de trabajo, el supermercado, casa de unos amigos, la discoteca) con pequeños intervalos (ir en coche, subir al metro, escaleras mecánicas), y pocas oportunidades de conocer sitios nuevos o cosas inesperadas. Un hombre podría recorrer las autopistas de diez países diferentes y sólo vería que asfalto y gasolineras si no saliera nunca de su coche. Forzados como estamos a seguir las vías, nos es imposible imaginar lo que es viajar libremente, es decir, viajar y descubrir y entrar en contacto con gente nueva y aventuras inesperadas.

En verdad, sucede más bien al contrario: persistimos, percutiendo en nuevos atascos automovilísticos, apelonados, con nuestros semejantes atrapados en una situación semejante, separados por las jaulitas de metal de nuestros coches, hasta el punto que los demás no más parecen que objetos a evitar y no seres humanos. Pensamos que con los medios de transporte modernos llegamos más y más lejos, pero en verdad cada vez vemos menos mundo. Nuestras capacidades motoras incrementan, pero las ciudades se expanden cada vez más allá, ocupando ya casi todo el paisaje. Aumentan, por tanto, las distancias, por lo que necesitamos más y más coches; los coches ocupan espacio, por lo que las distancias se hacen mayores...

y así hasta el infinito. De este modo, las autopistas y las gasolineras habrán colonizado el planeta (a excepción de los destinos turísticos o los parques temáticos) por lo que no hará falta viajar.

Hay quien habla de Internet como de “la última frontera”, un espacio libre y aún no desarrollado, virgen, dispuesto para ser explorado. El ciberespacio puede que ofrezca o no cierto grado de libertad para aquellos que puedan permitirse explorarlo; pero lo que ofrece, lo ofrece con la condición de que dejemos nuestros cuerpos en la puerta: una amputación voluntaria. Y no se olviden, somos tanto la mente como el cuerpo: ¿llamamos libertad precisamente a estar sentados, inmóviles, mirando parpadear la pantalla durante horas sin nada que apetezca a los sentidos del gusto, del olfato o del tacto? ¿Nos hemos olvidado de la sensación en la piel de la hierba, del calor de la arena en la planta de los pies, del olor de los pinos? ¿Alguien se acuerda de cómo huele el tallo del tomate? ¿De cómo brillan las llamas de la hoguera, de la emoción de correr, de nadar, de palpar?

Hoy en día, nos dirigimos a Internet en busca de diversión, y esto se convierte en un acto legítimo, pues nuestros modos de vida son tan predecibles y están tan constreñidos que hemos olvidado lo fabuloso que puede ser la acción y el movimiento en el mundo real. ¿Por qué conformarnos con la muy limitada libertad que el ciberespacio nos ofrece cuando allí fuera hay todo un mundo de experiencias y de sensaciones? Deberíamos correr, danzar, ir en canoa, bebernos la vida hasta las heces y descubrir nuevos mundos. ¿Que qué nuevos mundos? Pues nuestros cuerpos, lo sensible, lo sensitivo, redescubrirlo, el espacio, transformarlo y dotarlo de un sentido para nuestra vida propia.

Y con ese fin debemos inventar nuevos juegos, juegos que tengan lugar en los espacios conquistados de este nuestro mundo, en los centros comerciales, en los restaurantes, en las aulas, juegos que desintegren los significados prescritos y creen nuevos significados en consonancia con nuestros sueños, deseos y pareceres. Necesitamos juegos que nos unan, que nos saquen del confinamiento y del aislamiento de nuestros hogares, que nos empujen al espacio público para que podamos todos

beneficiarnos de la creatividad y de la compañía de los demás. Al igual que las catástrofes naturales y los cortes de luz pueden unir y estrechar lazos entre la gente y, a pesar de todo, resultar divertidos (al fin y al cabo, conllevan un poco de variedad en un mundo, por lo demás, farragosamente predecible), nuestros juegos debieran unirnos en nuevas aventuras y en parrandas inolvidables. Por qué no escribir poemas en los escaparates de los comercios, tocar la guitarra en la calle, follar en las aulas o en los parques, almorzar gratuitamente en los supermercados, o asaltar en plan festivo los peajes...

Necesitamos inventar también nuevos conceptos de tiempo y nuevos modos de viaje. Hay que intentar vivir sin reloj, y no sincronizar la vida con el resto del fatigado mundo. Hay que salir de viaje, a pie o en bici, para ver lo que se pierde uno en la vida viajando siempre a través de una pantalla. Tenemos que explorar nuestros barrios, subir a los tejados, meternos en los callejones, llamar a las puertas... ¡todos nos sorprenderíamos de las aventuras y de los trapicheos ocultos que nos están esperando!

Si tu corazón es libre,
el suelo que pisas es
territorio liberado.
Defiéndelo.



Mapas Auténticos del Mundo Imaginario. Mapas Imaginarios del Mundo Real.

Nuestros mapas actuales describen un mundo sobre el cual ningún ser humano ha puesto jamás un pie: un mundo de distancias medidas con exactitud, de símbolos estandarizados, detenido, congelado en el tiempo, vacío de resistencias emocionales: un mundo objetivo, al fin, cuando todos sabemos que no existe mundo que no sea subjetivo. Estos mapas contienen tan poca información relevante para la vida humana que no es extraño que nos perdamos en ellos: no hacemos más que dar vueltas, tratando de llegar “a tiempo” a los destinos predestinados, sin tener idea de hacia dónde vamos ni para qué, por no hablar de qué es lo que deberíamos encontrar realmente entre el cúmulo de autopistas en torno a Newark, Nueva Jersey.

Si creáramos nuestros propios mapas, delineando nuestras propias experiencias individuales en lugar de seguir sumisamente los datos arrojados por fríos instrumentos, tal vez daríamos con lo que realmente significa vivir como un ser humano sobre el mundo. De ese modo, podríamos intentar crear al fin y al cabo un mundo para seres humanos y no para objetos ni instrumentos. Una novela como “En el Camino” es un ejemplo de este tipo de mapa: da cuenta de los rumbos de unos individuos a través del espacio y del tiempo, narrando la

crónica del deambular de sus corazones al igual que los latidos de sus cuerpos. Está claro que así se haría difícil encontrar la salida de la autopista para repostar gasolina en Denver, pero a la larga le sería a uno mucho más útil (y le llevaría más lejos) que cualquier mapa de carreteras del Estado de Colorado.

Es cierto que todos experimentamos el mundo de maneras diferentes, y que si trazáramos nuestro propio mapa con toda sinceridad (es decir, subjetivamente), no habría ninguno que se pareciera; pero eso sería motivo de celebración y no de disgusto. Y del mismo modo que una novela sobre gente que uno jamás ha conocido puede servir como mapa útil para la propia vida, estos registros individuales podrían servirle a mucha gente de maneras muy diferentes. Uno acaba por reparar en que si se habla de corazón, sinceramente, con toda probabilidad también se esté hablando por los demás; esa es parte de la grandeza del ser humano. Aquí dejamos, por tanto, ejemplos de mapas subjetivos que algunos participantes de nuestro colectivo han diseñado. Este libro, a su vez, también podría ser un mapa en sí, si se utiliza adecuadamente.

primavera 1995

EL SECUESTRO DEL WASHINGTON POST

En respuesta al constante flujo de desinformación por parte de los medios de comunicación de masas sobre el tan candente caso “Unabomber”, un comando de Crimental S.A. dirigido por un diseñador gráfico de poca monta del departamento de publicidad del Washington Post retiró un anuncio de medias de licra del suplemento dominical y en su lugar publicó la siguiente diatriba:

Unabomber:
un héroe de nuestro tiempo

“Yo he matado más gente que Unabomber porque yo he pagado más impuestos que él”. –Oprah Winfrey

Pregunta de trivial: cuando una de las mentes más brillantes de su generación elige a unos cuantos individuos personalmente implicados en la destrucción del medio ambiente (directivos de la industria maderera) y a algún otro responsable de captar la atención y distorsionar la capacidad de raciocinio de miles de americanos (un ejecutivo publicitario) y los mata o los mutila tratando de levantar la voz contra ciertas injusticias sociales... injusticias que de otro modo jamás serían tomadas en cuenta... ¿cómo se le llama a eso?

Asesinato, sin duda.

¿Y cuándo un país de barberos obesos, de oficinistas mal pagados, de perezosos intelectuales de clase media en paro, de amas de casa educadas por los programas matinales de la tele, de encargados cobardes de franquicias de comida rápida, y de chicas racistas adictas al gimnasio, conspira para ejecutar a este asesino en aras de la protección del glorioso status quo amenazado por las bombas de dicho perturbado?

A eso se le llama pena de muerte. Aplicada correctamente, por supuesto, en defensa de los taladores de árboles y de los profesionales de la difamación que sólo pretenden que el mundo siga yendo a su gusto, sin ser molestados por aquellos que prefieren los bosques de coníferas a los supermercados 24

horas, y las canciones del folclore local a las tonadillas de los anuncios de detergentes.

Bueno, en serio, y dejando a un lado la retórica. ¿Cuál es la diferencia entre estas dos situaciones? En el primer caso, una persona evalúa su situación y decide qué acciones debe llevar a cabo. En el segundo, millones de personas no demasiado acostumbradas a pensar por sí mismas, sintiéndose poderosas en número, deciden emprenderla ciegamente contra un individuo que no acepta los límites de lo que ellos consideran un comportamiento aceptable.

El paciente lector más moderado objetará sin duda y aseverará que el clamor contra el supuesto terrorista no nace del miedo al individuo libre pensante sino de la indignación moral ante quien quita la vida a gente “inocente” con la intención de que sus ideas sean publicadas, algo que está mal de cualquier modo.

Pero este país de comedidos imbéciles no pone el grito en el cielo, por lo general, cuando se le quita la vida a inocentes: más bien al contrario, mientras eso se mantenga dentro de los límites de lo establecido, a nadie le importa un pepino.

¿Cuántísimas más personas han matado y mutilado las tabaquerías, utilizando la publicidad para convertir a muchos jóvenes desinformados en verdaderos adictos a una droga potentísima? ¿Y por qué no hablar de las empresas que anuncian y venden alcohol muy barato en barrios pobres atestados de alcohólicos? ¿Cuántos ciudadanos del Tercer Mundo han muerto a manos de gobiernos respaldados por la petrolífera Shell, por ejemplo, o a manos del mismo gobierno estadounidense? ¿Y cuánta vida animal se destruye irreflexivamente cada año, cada día, en granjas industriales que son campos de exterminio... o cuánta destrucción ecológica acarrea compañías como Exxon (acuérdense del Valdez) o McDonalds (con especial fijación por los bosques tropicales)? A nadie parecen preocuparle en demasía en estos casos, las vidas “inocentes”.

Y es difícil, de hecho, preocuparse por estos casos, institucionalizados como están, dentro de la “normalidad” del sistema económico y social. Además, es difícil imaginar quién es o quiénes son los verdaderos responsables de esas muertes, que

se diluyen en el entramado de abstrusas burocracias insertas en un sistema socio-económico todavía más abstruso.

Por otro lado, cuando alguien trata de ejercer algún tipo de crítica sobre este sistema destructivo utilizando medios realmente efectivos, es fácil señalar, aislar y maniatar a esa persona. Y toda la rabia, toda la indignación hipócrita que nos provocan las faltas de ese individuo, comparadas con las de nuestras propias instituciones sociales, demuestran que lo que realmente nos descentra y nos aterra es la capacidad de dicho individuo para actuar siguiendo el dictado de sus propias conclusiones.

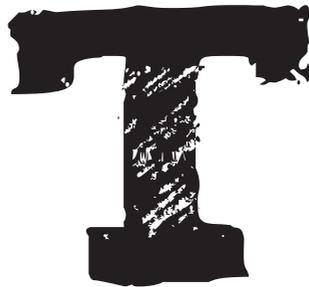
El miedo que Unabomber nos provoca como individuo librepensante se demuestra sobre todo en las maneras que tienen nuestros medios de demonizarlo. Algunos aspectos de su persona, como su excelencia académica o su capacidad para vivir en los bosques de manera autosuficiente (como Thoreau), que, por lo general, alzarían comentarios elogiosos, se utilizan ahora para caracterizarlo como un tío raro y marginado, un “freak”. Detalles nimios y azarosos de su vida, tan parecidos a muchos de los nuestros, como rupturas sentimentales o enfermedades que sufrió en la infancia, se esgrimen ahora para dar cuenta de su “comportamiento insano”. De este modo, los representantes de la prensa no dejan lugar a dudas sobre cómo el propio desequilibrio afectó a la persona para cometer dichas acciones, ahuyentando cualquier posibilidad que pueda señalar que era un hombre tan racional como ellos... o quizás más. Los periódicos difunden con toda intención extractos inconexos y arbitrarios de su manifiesto, para luego tildarlo de “inconexo y absurdo”.

De cualquier modo, a día de hoy no es necesario aceptar la típica simplificación de los medios sobre el caso. El manifiesto de Unabomber está publicado y ha sido difundido ampliamente, gracias a sus esfuerzos; y todos lo podemos leer, no en fragmentos inconexos, sino en su totalidad, y así hacernos una idea por nuestros propios medios.

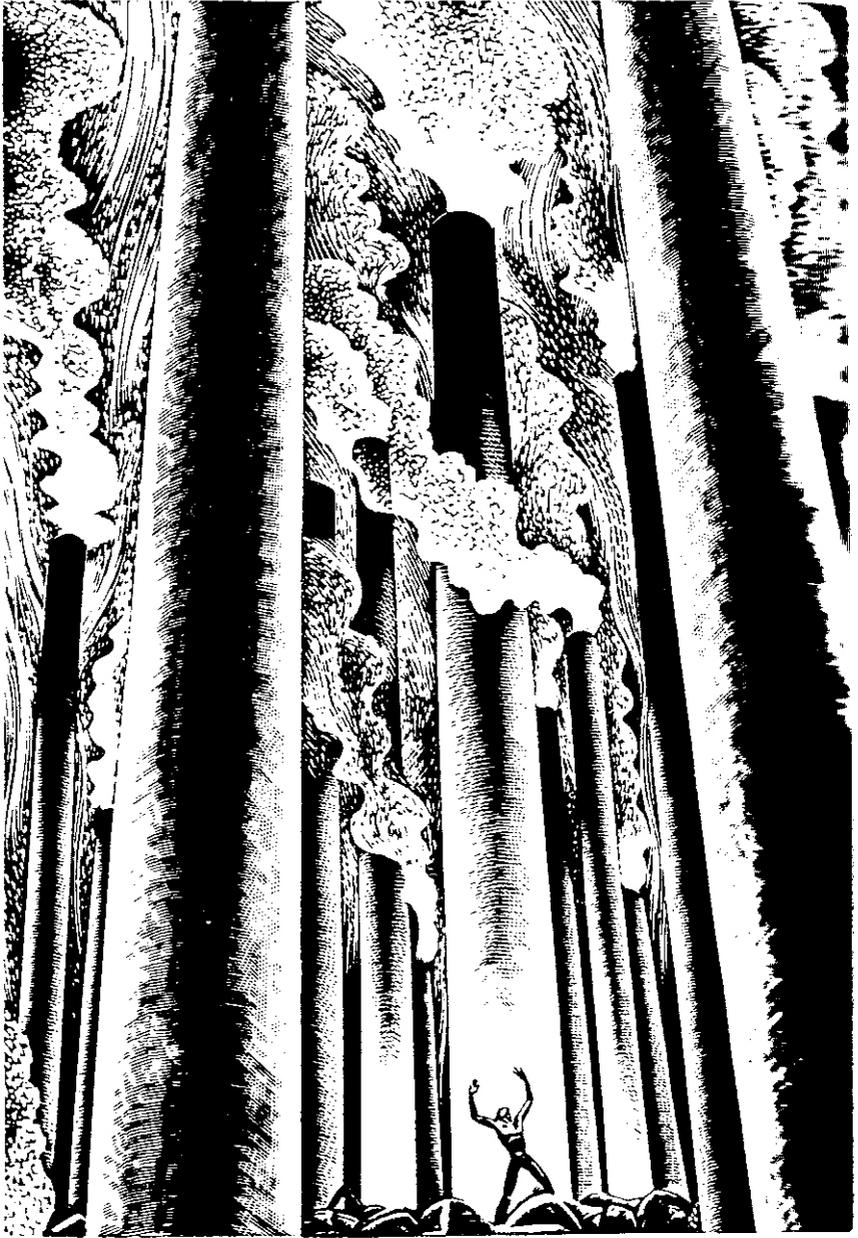
No debemos asustarnos, tampoco, del atrevimiento de Unabomber para destacarse de entre las multitudes y llevar a cabo las acciones que fueran necesarias para conseguir sus objetivos. En una civilización tan inclinada a la sumisión incons-

ciente a ciertas normas sociales y a ciertas reglas irracionales, su ejemplo debería ser más edificante que aterrador, pues sus crímenes no son mayores que los nuestros, al ser ciudadanos del mundo civilizado... y sus grandes actos como individuo inteligente y dispuesto relucen mucho más que la de muchos de nuestros héroes, que al fin y al cabo no suelen ser más que deportistas tarados y desustanciadas estrellas del pop.

Por lo menos, ya que se nos ofrece la oportunidad, deberíamos leer su manifiesto y sacar nuestras propias conclusiones, en vez de fiarnos de la prensa y de los sentimientos paranoicos de gran parte de la población.



**DE TECNOLOGÍA
Y ROBO**



(respuesta de Jeannette Winterson a una carta de su amigo William Gibson)

Actualmente, la innovación tecnológica dirige gran parte de nuestra atención y de nuestra energía. Utilizamos una cantidad desproporcionada de nuestra creatividad colectiva inventando nuevas tecnologías que dominen el mundo, en vez de inventar nuevas maneras de disfrutar de él. De este modo se vuelve a demostrar uno de los principios fundamentales de nuestra civilización: nuestros valores se centran más en el control que en el placer. Agotamos nuestras capacidades intentando ajustar el “cómo” en la vida, sin pararnos a pensar en el “por qué”.

Algunos apuntan que todo este velocísimo y temerario desarrollo tecnológico es inherente a toda sociedad industrial. Parece también probable que sea resultado de la presión que la economía capitalista ejerce sobre los negocios y los inventores para que den con nuevos productos que puedan desbancar a los viejos. Una sociedad verdaderamente no-capitalista, en la cual la competitividad comercial (y por la supervivencia) no existiera, podría disponer de lo mejor de la tecnología en cada momento, sin verse obligada continuamente a ahondar en la complejidad de nuevas tecnologías para provecho propio. La tecnología, de hecho, en dichas condiciones, sería utilizada de manera diferente (por ejemplo, más transporte público, y menos coches, carreteras, polución), para que no se convirtiera en una amenaza para la felicidad y la libertad humana.

Aun así, hay muchas cuestiones que considerar. En primer lugar, ¿cuánta de la tecnología actual sería siquiera posible en una sociedad desjerarquizada y no-capitalista? Hoy en día, el poder está en manos de tecnócratas que dirigen redes globales increíblemente complejas. Son precisamente esos sistemas los que producen las increíblemente complejas tecnolo-

gías a las que estamos acostumbrados. ¿Cabría la posibilidad a tan gran escala de una democracia directa, o de decisiones colectivas? Probablemente no. La pregunta es, por tanto, qué parte de nuestra actual complejidad tecnológica podríamos utilizar en un proceso de descentralización de nuestra sociedad.

Y todavía quedarían por debatir las ventajas y desventajas de las tecnologías individuales. En circunstancias totalmente diferentes, ¿podrían los automóviles, el correo electrónico, la televisión y los neones servirnos para una vida más activa, más venturosa y mejor? Puede que sí, que algunos elementos nos ayudaran; otros puede que no. Cuando evaluamos la valía de una tecnología en particular, debemos siempre recordar que nuestras actividades y nuestro entorno están formados tanto por las herramientas de las que hacemos uso como por el uso que les damos a esas herramientas. Por ejemplo, utilizar Internet para comunicarse implica quedarse sentado durante horas, mirando una pantallita, aislado del mundo sensorial, separado de (y aun así junto a) los demás, como si se estuviera en un gran atasco (de hecho, muchas de las personas que se comunican anónimamente por Internet muestran el mismo tipo de cortesía que se contempla en un atasco); además, reemplaza formas de comunicación que no aparecen tan mediatizadas. En nuestra utopía paradisíaca, ¿formaría esto parte de nuestra cotidianidad?

También se habla de utilizar los instrumentos del sistema para acabar con el propio sistema; pero si esos instrumentos, su mero uso ya provoca alienación, sólo pueden ajustarse y reforzar finalmente un sistema alienante. Más que aceptar a ciegas la publicidad oficial que reza “que cuanto más tecnología, mejor”. y aceptar la concepción lineal de la historia impartida por la ideología del “progreso” (es decir, que la humanidad avanza de fases menos tecnológicas a fases de mayor para tecnología, y no al revés), debiéramos alterar consecuentemente la tecnología para (con su ayuda) sacarle el máximo jugo a la vida.

Y sí, si para ello hemos de utilizar todo tipo de herramientas, adelante, usemos las que nos sean válidas. Pero estemos alerta ante cada nueva tecnología y atrevámonos a descartar aquellas que ya no nos sirven.

Para concretar sobre todo este tipo de generalizaciones, a mí personalmente me asusta la imagen ya casi anacrónica de una utopía tecnológicamente ingenitada para que aparezcan coches guiados por computadoras a diestro y siniestro. Yo apenas podría reparar mi coche a día de hoy; ¿nadie se ha dado cuenta, sin embargo, de que si todo estuviera controlado por ordenador, la capacidad para arreglar y vigilar todo quedaría en manos de una pequeña minoría, de aquellos que tuvieran las habilidades pertinentes? La persona media apenas podría entender el mundo en el que viviera y mucho menos controlarlo. Todos los aspectos prácticos de la vida recaerían en manos de unos pocos “expertos”. Casi hemos llegado a ese punto, y el mundo se ha convertido en un lugar confuso y alienante para muchos de nosotros, ¿no es así? ¿Es el “progreso” algo tan inexorable que obligatoriamente nos hayamos de sentir así?

Con todas las novísimas capacidades para comunicarnos y desplazarnos, parece, sin embargo, que estemos paralizados, corriendo sin avanzar en el mismo sitio. En un mundo en el que la información es poder, los más poderosos son aquellos que mejor aguantan la inmovilización en todos los sentidos para funcionar mejor como procesadores de la información. ¡Ya es hora de desconectarse del circuito! ¡Adelante, movilízate!

(Y la crítica de Stella Nera a la respuesta de Jeanette)

¡Oh, Ciberespacio, pero qué ojos y qué orejas más grandes tienes!

Alguien señaló en cierta ocasión que en un mapa no se ve el terreno. Quien lo dijo, lo hizo con intención de señalar los límites de la abstracción humana en contacto con la realidad en general. Ahora, nos dirigen cual rebaño del terreno al mapa, de lo real a lo virtual, hasta tal punto que casi ya no existe el contacto. El espacio simulado electrónicamente es un mapa, un simple mapa: lo mejor para simplificarlos, racional-

lizarnos, describirnos, monitorizarnos, predecirnos, anegarnos de propaganda, contenernos y controlarnos. El ciberespacio es un como el mecanismo cerrado de un juguete, dentro del cual todo está permitido, pero nada es posible. ¿El ciberespacio para conseguir información? Más bien, el ciberespacio te pone en formación.

La comunicación interactiva se ha convertido en una forma invisible de control. El ciberespacio nos integra en una red neuronal; juntos, nos convertimos en el gran cerebro del sistema tecnológico. Cuanto más interconectada está la población, más rápido se difunde la propaganda. Antes (no hace tanto, en verdad) se controlaba todo con la comunicación: los políticos sondeaban al público, procesaban los resultados, y ajustaban su retórica para corregir los problemas de imagen. Hoy en día también se controla todo con la comunicación: se selecciona a los empleados vigilándoles las cuentas de correo, las llamadas del teléfono móvil, etc... Es muy interesante observar cómo uno de los temas propagandísticos más en boga en la actualidad apunta a que los consumidores necesitan más información, por lo que no sólo han de estar conectados a toda hora, sino que han de acarrear allá donde vayan con todo tipo de instrumentos de comunicación.

¿Y el futuro? Los días de mirar el Espectáculo se están acabando. El público va a subir al escenario y lo va a destrozar: nosotros somos el Espectáculo ahora, la propaganda es algo obsoleto.

En el futuro, nada nos distraerá de la realidad, ni los medios ni ninguna otra fuerza. Nosotros seremos la distracción, interactuando en un medio en el que la realidad ya no será posible. Huiremos de la realidad inexistente, y nos conectaremos al Ciberespacio.

Nostalgia de un futuro impredecible

En este sistema, trabajamos por el bien de la organización. Y la organización aumenta, por lo cual también aumenta el trabajo. Cuanto más duro y más rápido trabajamos, más trabajo hay que hacer. El ser humano –originariamente despreocupado y libre – ha sido atado primero a la granja, luego a la fábrica, más tarde a la oficina, y ahora a la realidad virtual de la pantalla de su ordenador. Hace treinta años las oficinas no tenían ni PCs ni cubículos. ¿A cuántos nos obligan hoy en día a pasar la mayor parte de nuestras horas conscientes (de nuestras vidas) sentados solos en grises cubículos sin ventanas, bajo bombillas fluorescentes en frente de la pantalla del ordenador, mirándola parpadear, envueltos por el rumor de las máquinas, de la electricidad, utilizando los dedos para manipular unos símbolos que no guardan ningún significado vital para nuestra existencia, acongojados inconscientemente por una omnipresente vigilancia? Hagan el favor de olvidarse de toda la dinámica compleja de coerción simultánea, de persuasión, de socialización, del burro y de la zanahoria, y del crédito que nos condena al consuelo. ¿De verdad haríamos eso si pudiéramos vivir, ir buscando por ahí, comiendo, follando, socializando, fantaseando, durmiendo, dibujando, cantando, bailando, siendo simplemente seres humanos, desempleados, sin ser utilizados, libres, libres por fin de metas y objetivos fabricados y artificiales? La subsistencia sería un lujo, comparado

a los “lujos” de los que disfrutamos actualmente.

La mente humana ha sido transformada en un procesador de información. (Al menos con el trabajo manual la mente puede fantasear). Nos han degradado para que sirvamos a las máquinas: para que procesemos la vasta realidad en información lógica computerizada (entrada de datos, registrar productos en dinero, etc.) Cada vez nos utilizan más como robots físicos o como traductores, es decir, como interfaces entre sistemas computerizados. En el sector servicios, los empleados de las franquicias de comida deben usar uniformes, lucir el logo de la empresa, recitar los pedidos, y pesar las cantidades de helado utilizando guantes de plástico. Las máquinas nos crean a su imagen y semejanza.

La tecnología hace uso de la gente, no la gente de la tecnología. La tecnología no es un simple objeto aislado, por sí mismo, sino todo el entramado unificado de relaciones entre los elementos y el sistema. Aquellos que afirman que la tecnología es “una herramienta neutral” o que es una acumulación de “cosas” independientes de entre las cuales elegir conscientemente, no acaban de entender que la tecnología es un todo metafísico, expresión de una organización, y que por tanto sólo puede dirigirse hacia un orden más alto, hacia un mayor control centralizado, y hacia la inevitable degradación de sus componentes humanos. El flujo metabólico debe fluir con mayor velocidad en pos de la productividad total. Siempre se puede ser más eficiente, pero nunca es suficiente.

El puño electrónico viene moldeado en plástico beige, y hace “bip-bip”. De repente, todos aprendemos Windows, y aquel que no sepa de ordenadores se quedará sin medio de vida. Y tal como trabajamos nos divertimos: formas de comunicación. Estar en silencio o estar poco informado es ser antisocial. Pronto seremos engullidos por la electrónica, privados de luz, de aire fresco, de comida orgánica, de movimientos espontáneos, de compañía humana, amistosa, de calor y de olor humano, del tacto, de la animalidad. Y recaemos: depresión, agorafobia, adicciones, bulimia, pánico, trastornos obsesivos-

compulsivos, suicidios. Y los médicos medican.

Nuestros antepasados de las cavernas jamás se habrían quedado sentados ante esto, inmóviles, atrofiados. Ni nosotros mismos a la tierna edad de cuatro años. Pero el ciberespacio dispersa a la multitud, vacía las calles. Vivimos en la era de los post-disturbios, todos dentro de nuestros cubículos (de la oficina, de la casa, del móvil), mirando a la pantalla, entretenidos para siempre.

¡Y Aquí Llega la Sabiduría Popular!

*“Y sí, se ha solucionado el problema
aunque yo no he visto aún prueba alguna.
Alguien, y yo no he sido, ha llegado
a pisar la luna.*

-Sera White “Ganancia momentánea de mis pérdidas; o,
Fragmentos”

Ni las herramientas, ni la tecnología ni la ciencia tienen nada de malo. Como especie, no somos más que inventores y constructores de nuestro mundo; pero como individuos, tenemos la capacidad para determinar qué mundo queremos y cómo construirlo nosotros mismos. Cuando lo hacemos, perseguimos la aventura, la invención... ¡la inventura! Eso es un derecho natural, y esto es sabiduría popular.

La sabiduría popular no es nueva, más bien todo lo contrario; lo nuevo son las batas de laboratorio, el método científico, y la tecnología centralizada para las élites. En tanto progresemos, nos daremos cuenta de que todas esas cosas no son

más que aberraciones de la innata creatividad científica que es parte natural de toda persona. Como ‘científicos’ populares, comprobaremos que la ciencia del consenso, con sus soluciones y sus explicaciones universales, nos educó para desconfiar de nuestra propia ingenuidad, intuición y creatividad.

Sabiduría Popular Versus “el” Método Científico

El método científico es un formato y un lenguaje universal para la experimentación. Entre otras cosas, el método científico es una manera de embalar y presentar los resultados de un científico sobre un asunto tal para hacerlos accesibles a los demás científicos. De este modo, el método científico actúa como una red que combina los esfuerzos de todos los científicos del mundo. Al utilizar esta potente herramienta babilonia, los científicos cooperan para cubrir todas nuestras necesidades y acercarnos a la modernidad a una velocidad cada vez mayor y de un modo cada vez más eficiente.

Como fenómeno dirigido por el método científico, la modernidad nos informa de que no vale la pena repetirse. A partir de esta creencia nace el consabido comentario de “uf, eso ya lo han hecho”, lo que significa una condena de muerte para cualquier acto científico. Utilizado de este modo, el método científico se convierte en un método que premia el progreso grupal por encima del individual.

Así que nuestra crítica de “El Método Científico”, se salta lo de “Ciencia” pues la ciencia es una herramienta fundamental de nuestra especie, se salta lo de “Método” pues qué es el método sino una promulgación de la ciencia, pero halla culpable del crimen al artículo “el”. La tiranía de ese “el” es una parte del lenguaje que trata de unificar toda la gama de la curiosidad y del esfuerzo humano en una única técnica investigadora logrando que fracase de este modo tanto la ciencia como la humanidad.

La Sabiduría Popular y el Arte

La ciencia y el arte son, en esencia, lo mismo. Ambas disciplinas utilizan, en sus búsquedas, la observación y la experiencia que son parte de toda vida como base para el pensamiento creativo, la ingenuidad y la producción. Pero como la ciencia se ha universalizado y se la han repartido entre unos pocos, ha llegado a alienarnos a casi todos.

La alienación de la ciencia del consenso también ha infectado al arte. Desde el Expresionismo Abstracto hasta la mierda en lata, el arte se ha convertido en un jueguecito rollo “yo-ya-lo-he-hecho-primero”. El proceso queda santificado por críticos e historiadores amantes de la lógica, del orden, y de sus sueldos que respaldan un arte que contribuye al progreso lineal de la historia del arte. A eso se reduce el arte en el modo tecnológico.

A ojos de un sistema que sólo se preocupa por el producto final, los amantes de la sabiduría popular apuestan por recalcar la importancia (y el valor inherente) de los procesos de descubrimiento tanto científico como artístico. Los ‘científicos’ populares aprecian la belleza, el placer y la relevancia de volver a descubrir la rueda. Así que la frase “eso ya está hecho” es una pendejada para el ‘científico’ popular, que sin inmutarse responderá: “sí, pero yo no he sido”. Blandiendo la invención como una mera forma de juego, los seguidores de la cultura popular quedan libre de la tradición del progreso lineal que despoja de creatividad a los no iniciados y convierte la ciencia y el arte en un exclusivísimo sacerdocio.

“Poderosos e inmutables señores del universo, más tarde o más temprano nos daréis máquinas con las que jugar, o nos veremos obligados a construirlas nosotros mismos, para ocupar nuestro tiempo libre en vuestras naderías con irrefrenable ansia, para que nos veáis despilfarrar nuestro dinero en trivialidades y en aturdimiento”

--Marianne, hija rebelde de Henry “Adolph” Ford, en una carta desde su comuna rural

La Sabiduría Popular del Amor

Los científicos profesionales se han convertido en intermediarios entre nosotros y nuestro mundo; y ese tipo de intermediario, actualmente, se encuentra en todas las esferas. Todos esos doctores, diseñadores, evangelistas y psicólogos son una casta sacerdotal metida en los negocios de conectar al vulgar individuo con el universo, con la salud, con Dios, con la felicidad e incluso con el amor.

Me gustaría pensar que, aunque no hubiera visto cómo se besa en la tele, a mí aún se me ocurriría espontáneamente cómo interactuar de tan bizarra manera, pero es algo que no puedo saber con certeza. Tan saturados estamos con iconos amorosos de los medios que, como en el arte y en la ciencia, este impulso natural se convierte en cuestión de expertos. Todos estos fornidos actores y estrellas del porno aparecen en pantalla con sus cuerpos deformes, sus conversaciones garrulas y esa iluminación deficiente para enseñarnos cómo se hace. No deja de ser casi milagroso que los amantes de hoy puedan encontrar sus maneras trascendiendo todo el bombardeo de imágenes satinadas.

Y la Sabiduría Popular se hace presente...

Cada vez que logramos hacerlo a nuestro modo, día a día. No es demasiado tarde para inventar el aeroplano, la bicicleta, el beso. Todavía se puede investigar sobre la gravedad, el cáncer, la psicología y las hormigas. Hay que averiguar si la tierra es redonda porque probablemente no lo sea.

Así que no gastemos más dinero, que eso sólo provoca que uno se desgaste cual suela de zapato. Gastemos nuestra ingenuidad, que está bien viva y cuanto más se gasta, más viva parece – gastemos nuestro tiempo que, combinado con la ingenuidad, parece cada vez más abundante – y gastemos nuestra vida, el único don del que se puede hacer acopio, con celo, y a

su vez ofrecerse muy generosamente.

¡Gastemos, utilicemos, hagamos uso, despleguémonos!

“En un mundo al revés, uno tiene que ser ladrón para que lo consideren honrado.”

-Mike Fromage, autor de “Gehenna: un Hombre en Busca de Venganza”



Por qué me encanta mangar en los Grandes Supermercados

Nada se puede comparar al sentimiento de euforia, de ligereza, de libertad que se siente cuando uno sale de un gran supermercado con los bolsillos llenos de cosas robadas. En un mundo en el que todo tiene dueño, en el que se supone que hay que vender la propia vida en el trabajo para conseguir lo mínimo para sobrevivir, un mundo sitiado por fuerzas que escapan a mi control, y que obviamente poco se preocupan por mi bienestar o mis necesidades, es una manera de devolverle a la vida sus penas y pesares, y de darle una alegría merecida al cuerpo.

Es una sensación totalmente diferente de cuando se compra algo. Cuando se paga por algo, se comercia, se hace un pacto; ofrezco el dinero que gané con mi trabajo, mi tiempo y mi creatividad, por un producto o servicio que la empresa suministradora jamás compartiría conmigo bajo ninguna circunstancia. Por decirlo de algún modo, entablamos una relación por medio de la violencia: negociamos un intercambio no basado en el respeto o en la preocupación por el otro, sino basado en las fuerzas que podemos blandir frente al otro. Los supermercados saben que me pueden cobrar un dólar por el pan porque si no lo compro, me moriré de hambre; saben que no me pueden cobrar cuatro dólares porque si no, lo compraré en otro sitio. Así pues, nuestra interacción discurre en torno a

sutiles amenazas —y no al amor— y me siento obligado a dar algo de lo mío a cambio de algo de ellos¹.

Todo cambia cuando robo en el supermercado. Cesó de negociar con entidades inhumanas, sin rostro, que en nada se preocupan por mi bienestar; de hecho, cojo lo que necesito sin tener que ceder ni dar nada a cambio. Dejo de sentirme extorsionado y retomo el control de mi vida y ya no es el sistema el que me dicta cómo he de vivir. Ya no me preocupa si el placer que me proporciona cierto libro que compré equivale a las dos o tres horas de trabajo que me costó poder permitírmelo. De esta y de muchas otras maneras, esta práctica afanadora me libera y me hace sentir poderosa. Examinemos, así pues, qué puede ofrecernos el robo como alternativa al consumo.

El que roba se gana su premio mediante el riesgo, no mediante la hipoteca de una parte de su vida. Para quien roba, la vida no es algo que deba ser vendido por seis o siete euros la hora a cambio de un modo de supervivencia; es algo propio que hay que reclamar, algo que no hay que dar por perdido. En evidente contraste con el consumidor respetuoso con la ley, los medio por los que se consiguen los productos son tan maravillosos como los productos mismos; y, de algún modo, más dignos de alabanza.

El robo es una negativa ante la economía del intercambio. Significa rechazar que la gente merece comer, vivir, y morir dependiendo de lo capaces que sean de intercambiar efectivamente su fuerza de trabajo y su capital con otros. Significa resistirse al hecho de que a todo se le pueda adscribir un valor monetario, ya sea los cincuenta céntimos de una deliciosa chocolatina o la diferencia de diez euros la hora entre el trabajo de una persona y el de otra. Representa la renuncia a aceptar el sistema capitalista, en el cual los trabajadores tienen que comparar los productos que ellos mismos fabricaron pagándole a los dueños un beneficio.

El robo le dice NO a todos los deplorables rasgos que han acabado por caracterizar a las empresas modernas. Es una expresión de desagrado ante los sueldos miserables y la falta de beneficios que tantísimas empresas explotadoras imponen a

1. En una relación amorosa, inversamente, la gente tiende a sentirse afortunada de poder ofrecer libremente a los demás, y viceversa.

sus empleados para que éstos sufran en nombre de la bonanza de la empresa. Es una negativa a pagar por productos de baja calidad diseñados para un uso restringido para así ‘agilizar’ el consumo. Es una renuncia a financiar los desperfectos medioambientales a las que tantas empresas contribuyen sin piedad con el objetivo de manufacturar más productos y construir nuevos centros comerciales, una renuncia a apoyar a aquellas empresas destinadas a hundir al comercio local y tradicional, una firme negativa a aceptar el asesinato de animales de la industria cárnica y láctea, y la explotación de mano de obra inmigrante barata en la industria agrícola. El robo se significa como acto ante la alienación del consumista moderno. “Si no podemos encontrar ni permitirnos más productos que éstos, de los que nada sabemos aparte de que fueron manufacturados a miles de kilómetros, entonces nos negamos a pagar”, resulta su afirmación.

Aquellos que roban en supermercados y centros comerciales también atacan las tácticas de control mental de la industria publicitaria. Los anuncios, actualmente, las vallas publicitarias y los estantes de los comercios están diseñados por psicólogos para manipular a potenciales consumidores y convencerlos de que compren. Las grandes empresas montan mastodónticas campañas publicitarias para exhortar a todo el mundo a consumir, e incluso logran convertir sus productos en símbolos de estatus y prestigio que ciertos estratos de la sociedad deben adquirir para infundir respeto. Acorralado por este tipo de manipulación, el consumista obediente tiene dos opciones: o conseguir el dinero para conseguir dichos productos vendiendo su vida a cambio de un sueldo, o no adquirirlos a riesgo de someterse al ridículo público además de a la frustración más íntima y privada. Quien roba crea, sin embargo, una tercera opción: sustrae los productos que le obligaron a desear para que sean las mismas empresas las que paguen todo el daño causado por su propaganda y sus tácticas de control mental.

Robar en las grandes superficies es la más efectiva protesta contra todos estos repulsivos atributos de las empresas modernas, sobre todo porque no es meramente teórico, sino que implica acción, movimiento. Ya pueden airearse todo tipo de protestas verbales contra las irresponsables prácticas empre-

sariales, que nada podrá socavar más a estas empresas —intrínseca aunque encubiertamente— y demostrar la insatisfacción, que con el robo. Es mucho mejor que el boicot, pues no sólo le cuesta dinero a la empresa (mejor que negarle el beneficio), sino que el infractor se capacita para conseguir unos productos que le pueden ser imprescindibles para la supervivencia. Y en estos días en los que tantas empresas están interconectadas, y tantas multinacionales implicadas en actividades inaceptables, los manilargos y salteadores del mundo se alzan con una protesta generalizada: nos negamos a pasar por caja y a fomentar los turbios entresijos de las empresas a las que nos enfrentamos. Y además, no tendremos que trabajar para ellas.

¿Entonces qué ocurrirá con los trabajadores de esas empresas? ¿Qué pasa con su bienestar? En primer lugar, las actuales empresas son muy diferentes a los comercios tradicionales y existen como entidades financieras ajenas a sus dueños. De este modo, se está robando a una entidad no humana, no directamente al bolsillo de ningún ser humano. En segundo lugar, dado que la mayoría de trabajadores tienen un sueldo estipulado (como el salario mínimo, por ejemplo) que depende más bien de la mezquindad de la empresa (de cómo apretar más a los empleados) que del beneficio que pueda esa empresa obtener, quien roba a una gran empresa en nada perjudica a sus trabajadores. Los accionistas, que por lo general suelen ser bastante más ricos que el típico ladronzuelo, son los que se suponen que pagan el pato si la compañía sufre grandes pérdidas; sin embargo, y siendo realistas, ninguna oleada de robos podría ser lo suficientemente salvaje como para que alguno de los millonarios dueños de esas empresas se viera abocado a la pobreza. Además, todas estas empresas ya anticipan un dinero extra para saldar las pérdidas por robo. Y, sí, así es, todas estas corporaciones bien saben que hay cierto nivel de insatisfacción respecto a ellas y su economía capitalista como para que haya gente dispuesta a robarles sin remordimiento alguno. En ese sentido, los cleptómanos también tienen su rol en la sociedad, del mismo modo que cualquier director ejecutivo. De hecho —y es un dato revelador— estas empresas son lo suficientemente cínicas como para seguir haciendo negocios como si nada, aun

sabiendo que sus actividades pueden provocar que muchos de sus clientes (¡y de sus trabajadores!) se vean obligados a robarles. Dado que saben que esta manera de hacer negocios aliena a muchísima gente, poco debe sorprenderles que la gente les siga robando.

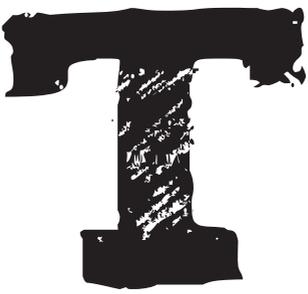
Y respecto a ese mito de que el robo provoca la subida de precios para otros consumidores, una preguntita: ¿todavía hay quien piensa que los precios los determina el coste de manufactura y distribución de los productos? Hay que recordar de nuevo que estas empresas suben los precios lo máximo que les es permitido. El mercado, y no los costes, determina los precios. Si el dinero destinado a cubrir las pérdidas por robo no se utiliza, lo más probable es que los dueños se lo queden o lo inviertan en abrir nuevas tiendas (abatiendo de este modo al comercio tradicional) y no que lo ofrezcan a sus empleados peor pagados. (Por no hablar de hacerle rebaja en los precios a los consumidores.) Si se robaran los suficientes productos de una de estas franquicias hasta el punto de que tuvieran que subir los precios, los clientes dejarían de ir y comprarían en otro tipo de tiendas no tan nocivas a escala mundial. Suena bien, ¿no?

Robar a las grandes franquicias no es sólo una modo de supervivencia en la violenta competitividad del “mercado libre” y una protesta contra las injusticias corporativas; también significa una nueva orientación vital con respecto al mundo.

El que roba se las ingenia en un entorno conquistado por el capitalismo y la industria, en el que todo se ha convertido en propiedad privada y en el que no existe un mundo natural del cual obtener recursos sin tener que aceptar el absurdo modelo de vida que ello conlleva. Así pues, el profesional del hurto toma las riendas de su vida aplicando un método anti-quísimo al problema actual de la supervivencia: se convierte en un cazador-recolector urbano. De esta manera vive del mismo modo que sus antepasados, cuando aún el mundo no estaba subyugado por la tecnología, el imperialismo y las exigencias irracionales del “libre” mercado; y en sus tareas encuentra los mismos conflictos y recompensas que sus predecesores; recompensas, al fin y al cabo, de las que el resto de mortales ya

no disfruta. El mundo para él es tan peligroso y emocionante como para los humanos prehistóricos: cada día ha de confrontar nuevas situaciones y enfrentarse a nuevos riesgos, viviendo de su ingenio en un entorno siempre cambiante. Para el consumista obediente, lo más probable es que cada día el trabajo sea parecido al del día anterior, y el riesgo sea algo inexistente en su vida, al igual que la felicidad o la improvisación.

Robar es afirmar los más inmediatos y sensuales deseos (como el hambre) por encima de otras “éticas” abstractas y semejantes construcciones etéreas, muchas de las cuales no son más que restos de la moribunda religión cristiana. El hurto le quita al producto de consumo (y al mercado) ese aura mítica con la que parece controlar la vida de los consumidores... pues cuando los productos son tomados a la fuerza, revelan verdaderamente lo que son: meros recursos de los que se apoderan —también— por la fuerza ciertas empresas a expensas de todos nosotros. El mangoneo nos devuelve al mundo físico, en el cual las cosas son reales, con sus características reales (peso, sabor, fácil acceso) y no quedan investidas con cualidades supersticiosas como “el valor de mercado” o “el margen de beneficio”. Nos impulsa a arriesgarnos y a experimentar de nuevo la vida en primera instancia, sin intermediarios. Tal vez tan sólo con el robo no sea posible derrocar al sistema capitalista o a la sociedad industrial... pero mientras tanto es una de las mejores formas (y la más práctica) de protesta y de reivindicación.



DE TRABAJO

trabajo



El trabajo es lo contrario a la creatividad, que es el juego.

El mundo sólo empezó a tener sentido para mí en el momento en que dejé de ser un miembro respetable de la sociedad y pude convertirme en algo más importante: en mí mismo. El Estado, la nación, todas las naciones del mundo no eran más que una suma de individuos que repetían los errores de sus predecesores. No hacían más que darle vueltas a la noria desde que nacían hasta que morían, y esa tarea absurda trataban de dignificarla llamándole “vida”. Si le preguntabas a alguien qué era la vida, cuál era su significado, lo máximo que te daban por respuesta era una mueca de indiferencia, vacía. La vida era algo de lo que trataban los filósofos en libros que nadie leía. Aquellos situados en el meollo de la vida, “los enganchados al arnés”, no tenían tiempo para preguntas ociosas. “De algo hay que comer, ¿no?” Esta máxima, que se suponía la clave de todas las preguntas, y que ya hace tiempo había sido resuelta, si no con una negativa absoluta sí por una moderada, se erigía como una pista a todas las demás preguntas pertinentes en verdadera compostura euclidiana. Aun teniendo pocas lecturas había observado con claridad que los hombres que más estaban inmersos en la vida, que moldeaban la vida, que más vida tenían, comían poco, dormían menos, y nada o casi nada poseían. Pocas ilusiones albergaban respecto a sus deberes, a la perpetuación de su sangre y de su progenie, por no hablar de

la preservación del Estado. A esa gente le interesaba la verdad, y sólo la verdad, y sólo reconocían un impulso: la creatividad. Nadie podía gobernar sus servicios porque ellos estaban dispuestos a darlo todo. Ofrecían lo suyo gratuitamente porque ésa es la única manera de ofrecer. Ése era el tipo de vida que a mí más me atraía: la única que tenía sentido. Eso era la vida, y no el simulacro adorado por todos los que tenía a mi alrededor.

Ernesto José Rubio

“Tratado de la Revolución Cotidiana al alcance de las Generaciones Tardías”

Descubriras que tus únicas

certezas

están en

peligro



CrimethInc.

**CONFUSION ES
EL PEQUEÑO
PRECIO A
PAGAR POR
LA BELLEZA**



tienes que hacerte a la idea
de que algÚn día vas a morir.
hasta que no lo reconozcas,
no servirÁS para nada.



sólo después de haberlo
perdido todo se es libre
para hacer
cualquier cosa.

¿Qué es Crimental SA?

Un fantasma recorre el mundo: el fantasma del crimental, y el frente subversivo que lo anuncia. En cada aséptica oficina, en cada esquina, en cada calle, en cada hogar, en el ghetto, en los suburbios, se oye el mismo susurro: “¿qué es eso del Crimental SA? ¿Quiénes son? ¿Qué quieren?”

Estas preguntas se pueden debatir, aunque tal vez no puedan ser contestadas. Crimental SA es significativo por lo que no es: no es una organización con sus respectivos miembros. Tampoco es una vanguardia elitista que pretenda dirigir a las masas desde la oscuridad hacia la salvación: la experiencia ha demostrado miles de veces que semejantes grupos son los responsables sociales de la creación de masas. Tampoco es un Movimiento: pues los movimientos sólo existen cuando se inscriben en la historia y como tales, están sujetos a sus leyes: gestación, consolidación y declive. Dado que el crimental es una fuerza que existe por encima de los flujos de la historia y más allá de la concatenación de acontecimientos, Crimental SA constituye los preliminares de una revuelta que nos expulsará a todos de la historia.

Crimental SA es invencible por su condición de ameba, sin jerarquía, sin centro fijo, invisible. ¿Quién forma Crimental SA? Cualquiera podría formar parte de él: la señora que viaja a tu lado en el autobús, podría ser una de las nuestras. Tal vez una célula autónoma de Crimental SA planea acciones en tu propia ciudad mientras tú lees esto; o tal vez tú mismo formes una de esas células cuando acabes de leer este libro. Respecto a lo que queremos, eso se debería preguntar a cada uno de nosotros; afortunadamente, ya se sabe qué se puede esperar cuando la gente se pone a contestar a esa pregunta.

Se decía de uno de nuestros predecesores, un grupo de ex-artistas y teóricos activos básicamente durante la década de los sesenta, que su colectivo era único en cuanto representaba una postura más que una ideología (“más una proposición que una posición”). Sería muy tentador afirmar que Crimental SA perfecciona esa proposición porque se funda en un deseo compartido más que en una crítica común. Crimental SA es una red de deseos, todos únicos para los individuos que los albergan; lo que caracteriza a Crimental SA es el método de entrelazar esos deseos, la creación de relaciones benéficas mutuas entre gentes con distintas necesidades. Por eso los empresarios y los burócratas, cuya mera existencia depende de nuestro desconuelo y de nuestra soledad, están ya temblando de miedo. Porque hemos sido los primeros en empuñar las armas en esta Tercera y Última Guerra Mundial: ésta, que libremos en pos de la liberación total.

EPÍLOGO:

**LUCHANDO EN EL
NUEVO TERRENO.
QUÉ HA CAMBIADO
DESDE EL SIGLO XX**



**EL CAPITALISMO
ESTÁ CONDENADO
AL FRACASO**

Hace ya 10 años que publicamos *Days of War, Nights of Love*, uno de los libros anarquistas más influyentes del cambio de siglo. Desde entonces han tenido lugar tremendos cambios tecnológicos y culturales. Al reflexionar sobre ello, parece que muchos de los cambios radicales incidentales que estábamos pidiendo ya hayan tenido lugar, pero que no haya ocurrido ninguna transformación fundamental. Podemos aprender mucho estudiando cómo ha ocurrido esto y qué es diferente hoy en el contexto actual.

Hacia este fin, presentamos *Fighting in the New Terrain: What's Changed since the 20th Century*, producto de meses de debates. Esperamos que inspire nuevos análisis y estrategias, y os invitamos a compartir vuestros avances con nosotros.

Obertura: Cuantas más cosas cambien...

Había una vez en que, el bloque básico del edificio del patriarcado era la familia nuclear, y pedir su abolición era una demanda radical. Ahora las familias están cada vez más fragmentadas ¿esto ha extendido el poder de la mujer o la autonomía de los hijos?

Había una vez en que, los medios de masas eran solamente unos cuantos canales de televisión y varias emisoras de radio. No sólo se han multiplicado en una infinidad, si no que están siendo suplantados por otras formas de comunicación como el Facebook, Youtube y Twitter. ¿Pero ha provocado esto un consumo pasivo? ¿Y cuánto control tienen los usuarios

sobre estos nuevos formatos, hablando estructuralmente?

Había una vez en que, las películas representaban el sumario de una sociedad basada en el espectáculo; hoy, los videojuegos nos hacen ser la estrella en nuestras épicas disparar a todo el mundo, y la industria del videojuego hace casi tanto negocio como Hollywood. En una audiencia, al mirar una película todo el mundo está solo; lo más que puedes hacer es abuchear si el argumento te resulta insultante. En los nuevos videojuegos, por otra parte, puedes interactuar con versiones virtuales de otros jugadores en tiempo real. ¿Es esto mayor libertad? ¿Es esto mayor comunidad?

Había una vez en que, se podía hablar de medios sociales y culturales de masas, y donde las propias subculturas parecían subversivas. Ahora la “diversidad” es un premio para nuestros dominadores, y la subcultura es un motor esencia de la sociedad de consumo: *cuantas más identidades haya, más mercados.*

Había una vez en que, la gente crecía en una misma comunidad igual que sus padres y abuelos, y los viajes podrían ser considerados una fuerza desestabilizadora que interrumpía las configuraciones estáticas sociales y culturales. La vida de hoy se caracteriza por un constante movimiento ya que la gente lucha por mantener las demandas del mercado; en lugar de configuraciones represivas, tenemos un movimiento permanente, una atomización universal.

Había una vez en que, los trabajadores estaban en un puesto de trabajo durante décadas, desarrollando lazos sociales y puntos de referencia comunes que hacían posible los desfados sindicatos. Hoy, el empleo cada vez es más temporal y precario, ya que cada vez hay más trabajadores saliendo de las fábricas y los sindicatos hacia la industria de servicios y la flexibilidad obligatoria.

Había una vez en que, el trabajo asalariado era una esfera diferenciada de la vida, y era fácil reconocer y rebelarse contra las formas en las que se explotaba nuestro potencial productivo. Ahora todos los aspectos de nuestra existencia se están convirtiendo en “trabajo”, en el sentido de actividad que produce valor en la economía capitalista: sólo mirando tu cuenta de email incrementas el capital de los anunciantes. En lugar de

distintos roles especializados en la economía capitalista, vemos cada vez más una producción flexible y colectiva de capital, y una gran parte de ella no se paga.

Había una vez en que, el mundo estaba lleno de dictaduras en las que el poder estaba claramente impuesto desde arriba y podía ser contestado como tal. Ahora éstas han dado paso a democracias que parecen incluir a más gente en el proceso político, legitimando así los poderes represivos del Estado.

Había una vez en que, la unidad esencial del poder estatal era la nación, y las naciones competían entre ellas para imponer sus intereses individuales. En la era de la globalización capitalista, los intereses del poder estatal trascienden las fronteras nacionales, y el modo dominante de conflicto ya no es la guerra, sino el estado policial universal. Se usa ocasionalmente contra las naciones pícaras, pero continuamente se aplica contra la gente.

Había una vez en que, se podía dibujar líneas, sin embargo arbitrarias, entre el llamado Primer Mundo y el Tercer Mundo. Hoy el Primer y el Tercer Mundo coexisten en cada metrópolis, y la supremacía blanca está administrada en los Estados Unidos por un presidente afroamericano.

Luchando en el nuevo terreno

Al comienzo de este siglo, sólo podíamos imaginar el anarquismo como una deserción de un orden social todopoderoso.

Hace diez años, como maníacos de mirada fija, publicamos *Days of War, Nights of Love*, que fue inesperadamente uno de los libros anarquistas bestsellers de la siguiente década. Aunque polémico en el momento, en retrospectiva fue muy representativo de lo que muchos anarquistas estaban pidiendo: inmediatez, descentralización, resistencia al capitalismo *do-it-yourself*.

Añadimos algunos elementos provocativos: anonimato, plagiarismo, delito, hedonismo, rechazo al trabajo, la deslegitimación de la historia a favor del mito, la idea de que la lucha revolucionaria podía ser una aventura romántica. Nuestra visión estaba configurada por un contexto histórico específico. El bloque soviético se había colapsado hacia poco y se habían avistado ya inminentes crisis políticas, económicas y ecológicas; el triunfalismo capitalista estaba en su cima. Nos centramos en minar los valores de la clase media porque parecían definir las aspiraciones de todo el mundo; presentamos la lucha anarquista como un proyecto individual porque era difícil poder imaginar otra cosa. Cuando el movimiento antiglobalización cogió fuerza en los EE.UU. y dio lugar al movimiento anti-guerra, conceptualizamos la lucha más colectivamente, aunque aún vista como una decisión personal para oponerse a un status quo firmemente asentado.

Hoy, mucho de lo que proclamábamos es agua pasada. En cuanto a que el capitalismo ha generado un estado de crisis permanente y las innovaciones tecnológicas han penetrado en cada aspecto de la vida, la inestabilidad, la descentralización y el anonimato son características de nuestra sociedad sin acercar el mundo a nuestros sueños lo más mínimo.

Los radicales a menudo piensan que están en una tierra de nadie, desconectados de la sociedad, cuando de hecho están en su borde –aunque no necesariamente acercándose a las metas que anhelan. Como discutimos más tarde en el *Rolling Thunder*#5, la resistencia es el motor de la historia: trae los desarrollos sociales, políticos y tecnológicos, forzando al orden prevaeciente a innovar constantemente para no ser sobrepasado o absorbido por la oposición. Así podemos contribuir tremendamente a las transformaciones sin siquiera acercarnos a nuestro objetivo.

Esto no es dar crédito a que los radicales puedan determinar los sucesos del mundo, sino dar el apunte de que a menudo somos inconscientes de su brecha. Las medidas contra las infinitudes de la historia, todo sistema es infinitesimal –pero todas las nociones de la teoría política presumen de que es aún posible utilizar el sistema con conciencia.

Cuando trazamos la estrategia de las campañas individuales, debemos tener en cuenta no hacer demandas que puedan ser diluidas por reformas parciales, que no nos neutralicen nuestros opresores simplemente garantizándolas. Algunos ejemplos de programas fácilmente cooptables son tan obvios que es casi vulgar nombrarlos: el fetichismo de la bicicleta, la tecnología “sostenible”, comprar “local” y otras formas de consumo ético, trabajo voluntario para mitigar el sufrimiento causado por el capitalismo global sin oponerse a su raíz.

Pero este fenómeno también puede ocurrir a nivel estructural. Deberíamos mirar las formas que hemos utilizado para un cambio social amplio que podrían realizarse sin romper los cimientos del capitalismo y de la jerarquía –para que la próxima vez nuestros esfuerzos puedan sacarnos del camino.

El hoy debe convertirse en una línea de salida de un mundo en colapso.

No trabajar ¿Funcionó?

La provocación definitiva de nuestros primeros años era tomar literalmente el dicho situacionista de no trabajar nunca. Unos cuantos de nosotros decidimos probarlo en nuestro propio pellejo a ver si esto era posible. Esta bravata mostró toda la genialidad de una juventud sin tutor y todos sus peligros. Aunque incontables más han andado este camino antes, para nosotros era como cuando lanzaron los primeros primates la espacio. En cualquier caso, estábamos haciendo algo, tomándonos los sueños de la revolución en serio, como un proyecto que podíamos iniciar en nuestra propia vida inmediatamente, con –como solíamos decir– un desdén aristocrático por las consecuencias.

Es tentador descartar esto como una mera performance artística. Aún tenemos que comprender que fue un temprano intento de responder la pregunta que aún subyace en los posibles revolucionarios de los EE.UU. y la Europa occidental: ¿Qué puede interrumpir nuestra obediencia? Los insurreccionistas contemporáneos están intentando responder esta pregunta ahora, aunque las respuestas que muchos han ofrecido son igualmente limitadas. Por sí mismos, ni el desempleo voluntario ni el vandalismo gratuito parecen capaces de introducir a la sociedad en una situación revolucionaria. A pesar de todo, seguimos con nuestra idea inicial de que será una nueva forma de vida la que lleve a esta situación; no es cosa de meter horas en las mismas viejas tareas. La fábrica esencial de nuestra sociedad – el muro que está entre nosotros y el otro mundo – está por encima del buen comportamiento del explotado y el excluido.

En una década, la historia probó que nuestro experimento era obsoleto, garantizando perversamente nuestra petición de ser una clase desempleada. Las tasas de desempleo de los EE.UU., que se decía que eran del 4% en el año 2000, ha-

bían llegado al 10% a finales de 2009 – sólo contando la gente que estaba buscando trabajo activamente. El exceso de la sociedad de consumo ofrecía para los marginales un cierto margen de error; la crisis económica erosionó éste y le dio el grado decididamente de involuntario al desempleo.

Parece que el capitalismo ya no tiene más utilidad para nosotros que la que tenemos nosotros para él. No sólo vale esto para los anarquistas automarginalizados, sino para millones de trabajadores en los EE.UU.

A pesar de la crisis económica, las principales compañías están reportando actualmente enormes ganancias –pero en vez de utilizar estos beneficios para contratar nuevos empleados, están invirtiendo en mercados extranjeros, utilizando la tecnología para reducir sus necesidades de empleos, y pagando dividendos a sus accionistas. Lo que es bueno para General Motors no es bueno para el país en absoluto; las compañías con más beneficios en los EE.UU. ahora mismo están enviando tanto la producción como el consumo a los “mercados en desarrollo” de ultramar.

En este contexto, la cultura dropout, la cultura automarginalizadora, parece como un programa voluntario de austeridad; es conveniente para los ricos que rechazamos el materialismo consumista, ya que no hay bastante para todos de todas formas. A finales del siglo XX, cuando la mayoría de la gente se identificaba con sus trabajos, al renunciar a ver el empleo como una autorealización se expresaba un rechazo de los valores capitalistas. Ahora el empleo errático y la identificación con actividades de ocio en vez de con la carrera profesional de uno son normales en una posición económica en vez de una posición política.

El capitalismo también está incorporando nuestra afirmación de que la gente debería actuar de acuerdo con su conciencia en vez de actuar por un salario. En una economía llena de oportunidades para vender tu trabajo, tiene sentido dar énfasis a la importancia de otras motivaciones para una actividad; en una economía precaria, querer trabajar gratis tiene implicaciones diferentes. El Estado cada vez más tiene la misma ética *doityourself* que una vez animaba al punk underground para sobrellevar los efectos del capitalismo. Es más barato dejar que

los ambientalistas se ofrezcan a limpiar el derrame de petróleo de BP que pagar a gente para que haga esto, por ejemplo. Lo mismo va por *Food Not Bombs* si es tratado como un programa de caridad en vez de otra forma de establecer flujos subversivos de recursos y camaradería.

Hoy el reto no es convencer a la gente para que venda su trabajo, sino para demostrar cómo una clase redundante puede sobrevivir y resisitir. El desempleo lo tenemos en abundancia – *necesitamos interrumpir los procesos que producen pobreza.*

Nuevas tecnologías, estrategias desfasadas

En la segunda mitad del siglo XX, los radicales estaban metidos en enclaves subculturales desde los que lanzaban ataques a la sociedad general. La llamada a un desempleo confrontacional presumía de un contexto de espacios contraculturales existentes en los que la gente podía dedicarse a otra cosa.

El paisaje cultural es diferente hoy en día; la propia subcultura parece funcionar de forma diferente. Gracias a las nuevas tecnologías de comunicación se desarrolla y extiende mucho más rápido, y es reemplazada igual de rápido. El punk rock, por ejemplo, ya no es una sociedad secreta a la que estudiantes de instituto eran iniciados por sus compas de clase mediante cintas de cassette. Aún está generado por sus participantes, pero ahora como mercado consumista intermediado por caminos impersonales como los mensajes de un foro y las descargas. No sorprende que la gente sea menos comprometida: tan fácil como la descubrieron, se pueden ir a otra cosa. En un mundo compuesto de información, la subcultura ya no aparece desde fuera de la sociedad, indicando una posible línea

de escapada, sino desde una de las muchas zonas de dentro de ella misma, una simple cuestión de gustos.

Mientras tanto, internet ha transformado el anonimato desde una cosa de delincuentes y anarquistas en una característica de la comunicación diaria. Por eso inesperadamente también fija las identidades y posiciones políticas en un lugar según una nueva lógica. El paisaje del discurso político está mapeado por adelantado por las URLs; es difícil producir una mitología de poder y transformaciones colectivas cuando todos los eslóganes están situados en una constelación conocida. Un cartel en una pared podría haber sido pegado por cualquiera; parece indicar un sentimiento general, incluso aunque sólo presente las ideas de una persona. Una frase en una web, por otro lado, aparece en un mundo permanentemente segregado en ghettos ideológicos. El mito de CrimethInc. como clandestinidad descentralizada en la que todo el mundo podría participar inspiró bastante actividad hasta que la topografía de internet lentamente concentró la atención en una sola página web. Así que internet ha cumplido y conformado simultáneamente el potencial obsoleto que vimos en la subcultura y el anonimato. Se podría decir lo mismo de nuestra apología del plagio; hace una década pensábamos que estábamos tomando una posición extrema contra los derechos de autor y la propiedad intelectual cuando de hecho estábamos poco más allá. Las semanas que pasamos peinando bibliotecas para coger imágenes para reutilizar preconizaban un mundo en el que prácticamente todo el mundo hace lo mismo con Google Image Search para sus blogs. Las nociones convencionales de los derechos de autor están siendo sobrepasadas por nuevas formas de producción, como el crowdsourcing, que apunta a un posible futuro en el que el trabajo voluntario libre será una parte importante de la economía – como parte del capitalismo en vez de en su oposición.

Aquí llegamos a las formas más perniciosas por las que nuestros deseos se han cumplido en su forma en vez de en su contenido. La distribución libre y gratuita, una vez pensada para demostrar una alternativa radical a los modelos capitalistas, es ahora básica en esta sociedad en la que los medios de

producción material aún son rehenes de los capitalistas. Los formatos electrónicos se prestaban a la distribución libre de información; esto fuerza quienes producen material en formatos como periódicos a regalarlos también, o salir del negocio – para ser reemplazados por blogueros felices de trabajar gratis. Mientras tanto, la comida, la vivienda y otras necesidades son tan caras como siempre. Esta situación ofrece una cierta cantidad de acceso a los desposeídos mientras beneficia a quienes controlan ya los grandes recursos; es perfecto en una era de alto desempleo en el que será necesario aplacar el sin-empleo y hacer uso de él. Implica un futuro en el que la élite rica utilizará el trabajo gratis desde un vasto cuerpo de trabajadores precarios y desempleados para mantener su poder y su dependencia. Lo más horrible es que este trabajo gratuito será absolutamente voluntario, y aparecerá como beneficioso para el público general antes que para su élite.

Quizás la contradicción central de nuestra era es que las nuevas tecnologías y las formas sociales horizontalicen la producción y distribución de información, pero nos hacen más dependientes de los productos corporativos.

ALFONSO: ¿Pero la wikipedia no nos da un patrón de anarquismo con el cual dar a conocer nuestra causa al público?



CELESTE: Si no desarrollamos una crítica de cómo la wikipedia forma parte de la incompleta y represiva realización por la que estamos luchando, no seremos capaces de entender los obstáculos del éxito cuando intentemos llegar más lejos.

Descentralizando la jerarquía: Participación como subyugación

En 1990, los anarquistas, hacían bandera de la participación, la descentralización y la acción individual. Hechos en nuestras experiencias en la contracultura doityourself, ayudamos a popularizar el modelo viral en el que un formato desarrollado en un contexto podría ser reproducido a nivel global. Ejemplificados en programas como *Food Not Bombs* y tácticas como el *Black Block*, se expandió una particular cultura antiautoritaria desde Nueva York a Nueva Zelanda.

A la vez estábamos respondiendo tanto a las limitaciones de los modelos políticos y tecnológicos del siglo anterior como a las oportunidades emergentes para trascenderlos. Esto nos puso cerca del meollo de las innovaciones que reformulaban la sociedad capitalista. Por ejemplo, TXTmob, el programa de mensajes SMS desarrollado por el Institute for Applied Autonomy, para las protestas contra las convenciones demócrata y republicana, sirvió de modelo para Twitter. De la misma forma, se pueden interpretar las redes de cultura underground doityourself, fomalizadas en manuales como *Book Your Own Fucking Life*, como precursores del Myspace y el Facebook, mientras que el modelo viral es más conocido mediante el marketing viral.

Así que la cultura del consumo nos ha atrapado, in-

tegrando nuestros intentos de huida en el mantenimiento del espectáculo que rechazábamos y ofreciendo a todo el mundo la oportunidad de “escapar” también. Aburrido por la programación de televisión unidireccional, el consumidor moderno puede hacer su propia programación, estando igualmente a distancia tanto física como emocionalmente de sus compañeros televidentes. Nuestros deseos de más autonomía y participación se han garantizado, pero dentro de un marco que está fundamentalmente determinado por el capitalismo. La demanda de que todo el mundo sea sujeto en vez de objeto se ha cumplido: ahora somos sujetos que administramos nuestra propia alienación, cumpliendo el dictado situacionista de que el espectáculo no sólo el mundo de las apariencias sino un sistema social en el que los seres humanos solo interactúan dentro de roles predeterminados.

Incluso los fascistas intentan entrar en esto de la descentralización y la autonomía. En Europa, los “Nazionalistas Autónomos” se han apropiado de la estética y los formatos radicales, utilizando una retórica anticapitalista y tácticas de black block. No es simplemente una cuestión de que nuestros enemigos intenten disfrazarse de nosotros, aunque ciertamente embarra las aguas: también denota un cisma ideológico en los círculos fascistas en tanto que la generación más joven intenta actualizar sus modelos organizativos para el siglo XXI. Los fascistas en los EE.UU. y en otras partes están involucrados en el mismo proyecto bajo el paradójico título de “Anarquismo nacionalista”; si tienen éxito en convencer a la opinión pública de que el anarquismo es una forma de fascismo, nuestras perspectivas de verdad estarán complicadas.

¿Qué significa que los fascistas, los mayores defensores de la jerarquía, puedan utilizar las estructuras descentralizadas que pregonamos? El siglo XX nos enseña las consecuencias de utilizar medios jerárquicos para perseguir fines supuestamente nojerárquicos.

El siglo XXI puede que nos enseñe cómo con medios nojerárquicos se consigan fines jerárquicos.

Extrapolando de estos desarrollos y de otros, podemos hacer la hipótesis de que nos movemos hacia una situación en la que los cimientos de la sociedad jerárquica no serán una permanen-

te centralización del poder, sino la estandarización de ciertas formas de desempoderación de la socialización, de la toma de decisiones y de los valores. Parece extenderse espontáneamente, aunque de hecho solo parece deseable porque lo que está ausente en el contexto social se nos impone.

Pero...¿jerarquías descentralizadas? Esto suena a diálogo Zen. La jerarquía es la concentración del poder en manos de unos pocos, ¿cómo puede ser descentralizada?

Para que esto tenga sentido, volvamos a la concepción de Foucault del panóptico. Jeremy Bentham diseñó el panóptico como un modelo para hacer las cárceles y los lugares de trabajo más eficaces; es un edificio circular en el que todas las habitaciones se abren hacia un patio, para que puedan verse desde una torre de observación central. Los internos no pueden ver lo que pasa en la torre, pero saben que pueden ser observados en cualquier momento, para que internalicen esta vigilancia y control. En una palabra, el poder nos ve sin mirar, mientras que los observados miran sin ver.

En el panóptico, el poder ya se basa en la periferia en vez de en el centro, ya que el control es principalmente mantenido por los propios internos. Los trabajadores compiten para ser capitalistas en vez de para crear una causa común como clase; los fascistas promueven relaciones de opresión de forma autónoma, sin un estado por encima. La dominación no se impone desde arriba sino que es una función de la participación misma.

Simplemente para participar en la sociedad debemos aceptar la mediación de las estructuras determinadas por las fuerzas fuera de nuestro control. Por ejemplo, nuestras amistades cada vez pasan más a través del Facebook, los teléfonos móviles, y otra tecnología que mapean nuestras actividades y relaciones para las corporaciones así como para la inteligencia del gobierno; estos formatos también conforman el contenido de la propia amistad. Lo mismo va para nuestra actividad económica: en vez de la simple pobreza, lo que tenemos son hipotecas y créditos – no somos una clase sin propiedad, sino una clase dirigida por la deuda. Y una vez más, todo esto es visto como voluntario, o incluso como un “progreso”.

¿Cómo es resistir en en este contexto? Todo parecía mucho más

fácil en 1917 cuando los proletarios del mundo soñaban con tomar el Palacio de Invierno. Dos generaciones más tarde, lo equivalente parece ser tomar los estudios centrales de la televisión; esta fantasía reapareció en una película de acción de Hollywood en 2005. Ahora, es cada vez más obvio que el capitalismo global no tiene un centro, un corazón a donde dirigir la estaca.

De hecho, este desarrollo es una bendición para los anarquistas, ya que cierra las formas de lucha de arriba/abajo. Ya no hay atajos, ni excusas para tomarlos – ya no habrá más dictaduras “provisionales”. Las revoluciones autoritarias del siglo XX han sido dejadas atrás para siempre; si la revuelta tiene que estallar, las prácticas anarquistas se expandirán.

Algunos han dicho que en ausencia de un centro, cuando el mencionado virus es mucho más peligroso que el ataque frontal, la tarea ya no es elegir el objetivo correcto sino la de popularizar la nueva forma de luchar. Esto aún no ha ocurrido, quizás porque es simplemente que los anarquistas aún no han desarrollado una forma de hacer que le parezca a los demás práctica. Cuando demostremos soluciones concretas a los problemas propuestos por el desastre capitalista, quizás éstas serán seguidas.

Pero esto tiene truco. Estas soluciones tienen que resonar más allá de cualquier subcultura particular en una era en la que cualquier innovación genera instantáneamente y es contenida por una subcultura. De alguna manera tienen que rechazar e interrumpir las formas de participación esenciales para mantener el orden, tanto el predicado sobre la integración como el predicado sobre la marginación. Tienen que garantizar a la gente inmediatamente sus necesidades a la vez que levantar deseos insurgentes que lleven a otro sitio. Y si adelantamos soluciones que no vayan a la causa de nuestros problemas –como hicimos hace una década– solamente estaremos vacunando al orden establecido contra la resistencia de esta generación.

Cuando se trata de soluciones contagiosas, quizás los disturbios en Grecia del 2008, durante los que todos los bancos fueron incendiados, fueron menos importantes que las prácticas diarias en Grecia de okupación de edificios, y la toma y re-

distribución de alimentos, y sacarlos públicamente fuera de la lógica del comercio. O quizás los disturbios fueron igualmente importantes: no sólo como un ataque material al enemigo, sino como un festival que afirma una radicalidad diferente de ser.

Desestabilización de la sociedad: doble o nada

En 1990, el capitalismo parecía eminentemente estable, sino inasible. Los anarquistas fantaseábamos con disturbios, catástrofes, y colapsos industriales precisamente porque parecían imposibles y porque, en su ausencia, parecía que sólo podían ser una cosa buena.

Todo esto cambió comenzando en septiembre de 2001. Una década más tarde, las crisis y las catástrofes son demasiado familiares. La noción de que el mundo está llegando a su fin es prácticamente banal; ¿quién no ha leído un informe sobre el cambio climático y se ha encogido de hombros? El imperio capitalista está obviamente sobreextendido y pocos aún creen que vaya a durar para siempre. Por ahora, sin embargo, parece ser capaz de utilizar estas catástrofes para consolidar su control, pasando los costes a los oprimidos.

En tanto que la globalización intensifica la distancia entre las clases, algunos desniveles entre naciones parecen estarse igualando. Las estructuras de apoyo social en Europa y en los EE.UU. están siendo desmanteladas en tanto que el crecimiento económico se va a China y la India; los Guardias Nacionales que sirvieron en Iraq están siendo desplegados en los EE.UU. para mantener el orden durante las protestas de las cumbres y los desastres naturales. Esto va en línea de la tendencia general desde las jerarquías estáticas y espaciales hacia nuevos medios de mantener las desigualdades dinámicas

y descentralizadas. En este nuevo contexto, las nociones del siglo XX sobre el privilegio y la identidad son cada vez más simplistas.

Nuestros enemigos de la Derecha ya han movilizado su reacción contra la era de la globalización y la descentralización. Lo podemos ver a través de los Tea Party en los EE.UU. y en los movimientos nacionalistas de toda Europa y en el fundamentalismo religioso en todo el mundo. Mientras que Europa occidental se ha aglomerado en torno a la Unión Europea, Europa del Este se ha balcanizado en decenas de naciones estado que dejan a los fascistas capitalizar el descontento popular. El fundamentalismo religioso es un fenómeno comparativamente reciente en Oriente Medio, habiendo tomado el relevo de los fracasados movimientos de “liberación nacional” seculares como reacción exagerada al imperialismo cultural Occidental. Si permitimos que los proponentes de la jerarquía monopolicen la oposición al orden establecido, los anarquistas simplemente desapareceremos de la historia.

Otros ya han desaparecido de la misma. Según las clases medias son erosionadas en Europa, los partidos de izquierda tradicional van muriendo con ella, y los partidos de derechas están tomando el terreno que pierden.

Si la Izquierda continúa cayendo en su extinción, el anarquismo será lo único que quede en pie para los radicales. Esto abrirá un espacio en el que podemos hacer causa común para todos los que hayan perdido la fe en los partidos políticos. ¿Pero estamos preparados para combatir contra el capitalismo global por nosotros mismos, sin aliados? Escalar el conflicto es una apuesta: en cuanto atraigamos la atención del estado, tenemos que jugar a doble o nada, intentar movilizar lo suficiente el apoyo popular para esquivar el inevitable contraataque. Todos los disturbios tienen que ser seguidos de una campaña mucho más amplia, no de una retirada a la sombra – una dura recomendación de cara a una retirada y a la represión.

Quizás sería mejor si la historia se moviera lo bastante despacio para tener tiempo para construir un movimiento popular masivo.

Desgraciadamente no tenemos elección. Preparados o no, la inestabilidad que queríamos para nosotrxs está aquí; o cambia-

mos el mundo o pereceremos con él.

Así que llega el momento de tratar estrategias fundadas sobre el estancamiento del status quo. Al mismo tiempo, la crisis nos tiene encerrados en un presente perpetuo, reaccionando a los continuos estímulos en vez de actuando estratégicamente. En nuestra capacidad actual, poco podemos hacer para mitigar los efectos de las catástrofes capitalistas. Nuestro trabajo es iniciar la reacción en cadena de la revuelta; deberíamos evaluar todo lo que tenemos a esta luz.

En este contexto es más importante que nunca no vernos a nosotros mismos como los protagonistas de la insurrección. El cuerpo social existente de anarquistas en los EE.UU. es lo bastante numeroso como para catalizar levantamientos sociales, pero no lo bastante numeroso como para mantenerlos. Como un compa de Void Network nunca se cansa de decir: *“Nosotros no hacemos la insurrección. Nosotros organizamos; todo el mundo es quien hace la insurrección.”*

Este nos pide mucho de nosotros mismos. Diez mil anarquistas queriendo llegar tan lejos como Enric Duran, el santo patrón de los morosos, podría ser una fuerza real, que tome recursos para crear infraestructuras alternativas y haciendo un ejemplo público de desobediencia que se extienda lejos y mucho. Esto traería el “dropping out” (la automarginación) a una nueva era. Es aterrador imaginar llegar tan lejos – pero en un mundo en colapso, el terror nos espera tomemos el camino que tomemos.

Todo el que haya participado en un *black block* sabe que lo más seguro es estar en el frente. Doble o nada.

Conclusión: los placeres prohibidos

Basta de estrategias. Había una exigencia de Days of War, Nights of Love que no puede cumplirse en ninguna forma dentro del capitalismo: la idea de que la vida inmediata puede ser intensa y gozosa. Expresamos esto en nuestra concepción de resistencia como aventureros románticos capaces de cumplir todos los deseos producidos pero nunca consumados por la sociedad de consumo. A pesar de todas las tribulaciones y los corazones rotos de la década pasada, este reto aún se muestra como la esperanza en el fondo de la caja de Pandora.

Seguimos teniendo esta exigencia. No nos resistimos simplemente a nuestra obligación o hábito o a la sed de venganza, sino porque queremos vivir plenamente, realizar la mayoría de nuestro potencial sin límite. Somos revolucionarios anarquistas porque parece que no hay forma de encontrar qué significa esto sin al menos alguna lucha.

A pesar de tantos momentos duros que pueda conllevar, nuestra lucha es una persecución de la felicidad – para ser más precisos, es una forma de generar nuevas formas de gozo. Si perdemos de vista esto, nadie se nos unirá, ni deberían. Divertirnos no es simplemente algo que debemos convertir en estratégico, para ganar adeptos; es una indicación infalible de si tenemos o no algo que ofrecer.

Mientras la austeridad se convierte en la palabra fetiche de nuestros dominantes, los placeres disponibles en el mercado serán cada vez más artificiales. La ida hacia la realidad virtual es prácticamente una admisión de que la vida real no debe – y no puede – cumplirse. Debemos probar, descubriendo los placeres prohibidos, que apunten a otro mundo.

Irónicamente, hace diez años esta petición sensata fue el aspecto más controvertido de nuestro programa. Nada pone a la gente más a la defensiva que una sugerencia de que pueden

y deben divertirse: esto dispara toda su vergüenza cuando fracasan en hacerlo, todo su resentimiento hacia quien creen que deben de estar monopolizando el placer, y destaca un nuevo puritanismo además.

En *Fragments of an Anarchist Anthropology*, David Graeber especulaba que:

Si alguien quiere inspirar un odio étnico, la forma más fácil es concentrarse en las formas raras y perseverar en las que el otro grupo asume la persecución del placer. Si alguien quiere enfatizar la concordancia, las similitudes con este grupo, la forma más fácil es señalar que también sienten dolor.

Esta fórmula le es trágicamente familiar a cualquiera que haya visto a los radicales caricaturizarse unos a otros. Declarar que has experimentando un placer celestial – especialmente en algo que viola realmente el régimen de control, como robar en una tienda o combatir a la policía – es una invitación a que los demás te desprecien. Y quizás esta fórmula también explique porqué lxs anarquistas puedan unirse cuando el estado asesina a Brad Will o a Alexis Grigoropoulos pero no podemos dejar a un lado nuestras diferencias para luchar igualmente con fiereza por lo vivo.

La muerte nos moviliza, nos cataliza. Lo que nos recuerda a nuestra propia mortalidad nos libera, nos permite actuar sin miedo – por eso más aterrador que la posibilidad de que podamos vivir nuestros sueños, es algo que esté verdaderamente amenazando nuestras vidas. Si sólo pudiéramos que el mundo se estuviera acabando, seríamos capaces de arriesgarlo todo – no sólo porque no tendríamos nada que perder, sino porque no tendríamos ya nada que ganar.

Pero si queremos ser anarquistas, tenemos que asumir la posibilidad de que nuestros sueños pueden hacerse realidad – y luchar de acuerdo a ellos. Vamos a tener que elegir la vida sobre la muerte de una vez, el placer sobre el dolor. Vamos a tener que comenzar.

“Si las condiciones de vida han cambiado sustancialmente de unas

décadas hasta la fecha, si el sistema ha integrado ciertas formas de subversión en su seno... quizá sea el momento de replantearnos cómo luchar efectivamente contra él. Luchando en nuevo terreno intenta allanar el camino desde la autocrítica y la duda incesante para la búsqueda de nuevas herramientas y caminos lejos de la fagocitación”.

“Hoy, mucho de lo que proclamábamos es agua pasada. En cuanto a que el capitalismo ha generado un estado de crisis permanente y las innovaciones tecnológicas han penetrado en cada aspecto de la vida, la inestabilidad, la descentralización y el anonimato son características de nuestra sociedad sin acercar el mundo a nuestros sueños lo más mínimo”.



EXCLUIDOS DE AYER



EXCLUIDOS DE MAÑANA





BIBLIOGRAFÍA IMPRESCINDIBLE:

- George Orwell: “1984”, “Homenaje a Cataluña”
- Jeannette Winterson: “La pasión”, “Escrito en el Cuerpo”
- Hermann Hesse: “El Lobo Estepario”, “Demian”, “Bajo las Ruedas”
- Henry Miller: “Sexus”, “Trópico de Cáncer”, “Trópico de Capricornio”
- Jean-Paul Sartre: “La Náusea”
- Guy Debord : « La Sociedad del Espectáculo »
- Raoul Vaneigem: “ Tratado del Saber Vivir para el Uso de las Jóvenes Generaciones”
- Marshall McLuhan: “El Medio es el Masaje”
- Autonomea: “Cracking the Movement”
- Albert Camus: “La Caída”, “La Muerte Feliz”
- Jerry Rubin: “Do it!: Escenarios de la Revolución”
- Abbie Hoffman: “Roba este Libro”
- Aldous Huxley: “Mundo Feliz”
- Clifford Harper: “Anarchy: a Graphic Guide”
- Gabriel García Márquez: “Cien Años de Soledad”
- Milan Kundera: “La Insoportable Levedad del Ser”
- Herman Melville: “Moby Dick”
- William S. Burroughs: “El Almuerzo Desnudo”
- Jack Kerouac: “En el Camino”
- Joseph Heller: “Trampa 22”
- John Gardner: “Grendel”
- T.S. Elliot: “La Tierra Baldía” (poesía)
- Rita Mae Brown: “La Mano que Acuna la Piedra” (poesía)
- Peter Schaffer: “Equus”, “La Caza Real del Sol” (teatro)



